
LIBRO 2
Empresas de nobleza
Son conde
Casado
ELLIE ST. CLAIR

Son conde osado

EMPRESAS DE NOBLEZA

LIBRO DOS

ELLIE ST. CLAIR



Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo
Un anticipo de Su honorable vizconde

Otras Obras de Ellie St. Clair
Acerca de la autora

© Copyright 2024 Ellie St. Clair

© de la traducción 2025

Título original: *Her Daring Earl*

Reservados todos los derechos.

Este libro, tanto completo como sus partes, no puede reproducirse de ninguna forma, ni almacenarse mediante ningún sistema, ni transmitirse por ningún medio, sea electrónico, mecánico, de grabación, en fotocopias, o de cualquier otra manera, sin permiso previo del editor.

Facebook: Ellie St. Clair

Cubierta AJF Designs

¿Quieres conocer mis últimas novedades? ¡Apúntate aquí a mi newsletter en español!

* * *

Empresas de nobleza
El duque que huyó
Son conde osado
Su honorable vizconde
Su pícaro devoto

www.elliestclair.com

Capítulo Uno

Era una tarea imposible.

¿Casar a sus siete hermanas?

¿Hermanas que, aunque todas interesantes a su manera, no eran exactamente lo que la mayoría de los hombres del *ton* considerarían material para el matrimonio?

Haría falta un milagro.

Fitz las observaba mientras bailaban juntas en una esquina del salón. Bueno, cinco de ellas. Dos aún no tenían edad suficiente para asistir a estos eventos.

Menos mal.

Apenas podía manejar a las cinco primeras.

—¿Pasándolo bien?

Fitz se giró al oír la voz, su sonrisa emergiendo cuando reconoció a su viejo amigo, Baxter Munroe. El hombre tenía muy pocos defectos, salvo uno ineludible: su hermana.

Algunos podrían argumentar que su generoso bigote también era sospechoso, pero Fitz apreciaba cómo florecía y cómo Munroe lo lucía sin vergüenza.

—Lo pasaré mucho mejor cuando mi madre se lleve a mis hermanas a casa —dijo Fitz, pasándose una mano por el pelo, sin poder evitar la risa autocrítica que se le escapó. La responsabilidad de sus hermanas debería causarle gran consternación, pero no podía permitir que sus pensamientos sobre el tema se profundizaran, o nunca sería capaz de concentrarse en nada más.

—Son un grupo animado —dijo Munroe, dando un sorbo a su bebida mientras observaba a las chicas. Deberían estar paradas recatadamente a un lado de la pista de baile, esperando a que las invitaran a bailar o a dar un paseo por la sala. Pero no. Las hermanas de Fitz no. En lugar de eso, se movían adelante y atrás al compás de la música, bailando entre ellas, incapaces de esperar en silencio... excepto Sloane, que parecía a punto de quedarse dormida.

—No son muy diferentes a ti —comentó Munroe, mirando a Fitz de reojo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Fitz, aunque ya estaba riendo, sabiendo exactamente lo que significaba. Él tampoco era de los que esperaban ociosamente.

Munroe solo negó con la cabeza. —Gracias a Dios que solo tengo una hermana a quien casar, y mi padre aún está vivo para preocuparse por ella.

Eso acortó la risa de Fitz. No quería pensar en la hermana de Baxter. Ella le causaba más consternación que las suyas propias.

—¿Por qué tu madre tiene tanta prisa de repente? —preguntó Munroe—. ¿Qué ha cambiado?

—Dot tiene veinticuatro años. Mucho mayor de lo que deberían ser las jóvenes para casarse, al menos según mi madre. Todo lo que Dot quiere hacer, desafortunadamente, es convertirse en comadrona. ¿Puedes creer tal cosa? Mi madre está fuera de sí y se niega a permitir que haga un trabajo tan vulgar. Por supuesto, Dot tiene ideas propias, y difícilmente puedes encerrar a una mujer de su edad en su dormitorio, así que mi madre me ha encargado encontrar a alguien para ella... y para las otras que tienen edad suficiente.

—Tienes una tarea bastante difícil por delante.

—¿Acaso no lo sé? He suplicado prácticamente a la mitad de los hombres aquí que bailen con ellas, pero he escuchado todas las excusas posibles para no hacerlo. He perdido toda la humildad que alguna vez tuve.

Munroe rio larga y sonoramente mientras Fitz finalmente suspiraba, negando con la cabeza. —Mis padres realmente deberían haber asegurado que mis hermanas asistieran a todas sus lecciones

de baile en lugar de las otras actividades con las que se ocupaban. Ahora no pueden encontrar pareja de baile debido a todos estos hombres que temen que les pisen los dedos.

—Bueno, por suerte para ti, Fitz, yo soy un hombre valiente.

Fitz miró a Munroe con más esperanza de la que debería haberse atrevido a sentir. —¿Bailarás con ellas?

—Con una de ellas —dijo Munroe, levantando un dedo índice mientras una ligera expresión de horror cruzaba su rostro—. No te emociones demasiado.

—Una es maravilloso —dijo Fitz, efusivamente quitando la bebida de la mano de Munroe y dejándola a un lado antes de que pudiera cambiar de opinión. Condujo a Munroe hasta donde Dot, Henrietta, Sloane, Georgina y Sarah esperaban—. Empieza con Dot.

—¿Empezar? Acabo de decir...

—Aquí estamos. Dot, Lord Anderson tiene una pregunta para ti.

Baxter le lanzó una mirada rápida que era en parte desdén, en parte diversión, antes de extender la mano y tomar la de Dot, haciendo una reverencia.

—Lady Dot, ¿me permitiría un baile?

Dot, con su habitual expresión pragmática, miró primero a Munroe y luego a Fitz con escepticismo antes de asentir con la cabeza. —Muy bien. Complacerá a madre.

Munroe parecía desconcertado, incapaz de articular una respuesta mientras la llevaba a la pista de baile, donde las parejas se reunían para el siguiente conjunto. Se inclinó al pasar junto a Fitz. —Favor por favor, Fitz. Encuentra a mi hermana.

Fitz cerró los ojos por un momento, preguntándose si podría fingir que no había escuchado la petición de Munroe. Pero el hombre tenía razón. Si no le devolvía el favor, ¿cómo podría pedirle algo a Munroe de nuevo?

A regañadientes, se dio la vuelta para buscarla.

Solo para encontrarla de pie detrás de él, con los brazos cruzados y una sonrisa desenvuelta en su rostro, como si lo estuviera esperando y supiera exactamente lo que estaba pensando.

Un pensamiento aterrador, sin duda.

* * *

—Lady Eliza —Fitz tomó aire visiblemente antes de forzar una sonrisa para ella.

De todos los hombres en todo Londres, tenía que ser él. Aquí. Ahora. Si hubiera tenido tiempo una vez que se dio cuenta de que era él quien estaba frente a ella, se habría alejado antes de que la hubiera notado. Había permitido que su intriga por la interacción entre su hermano y Dot la distrajera. —Encantada de verte.

—Oh, Fitz —puso los ojos en blanco, sabiendo que él nunca la habría notado si no hubiera estado tan cerca. Él había dejado muy claro su desinterés hace años—. No hagas eso. No conmigo.

—Estoy seguro de que no sé de qué estás hablando —dijo con sarcasmo, balanceándose hacia adelante y hacia atrás sobre sus talones.

—Déjate de actuaciones, Fitz.

Él la observó momentáneamente antes de que sus labios se curvaran en su sonrisa característica y sus talones cayeran al suelo. —Muy bien. Lady Eliza, no ha pasado el tiempo suficiente desde la última vez que nos vimos. Lamento que nos encontremos de nuevo.

—¿Ves? ¿Fue tan difícil? —Prácticamente resplandecía, aunque sus pies le decían que corriera tan rápido como pudiera lejos de este hombre. Otras partes de ella estaban diciendo algo más, lo cual era precisamente el problema, y por qué no tenía ningún motivo para estar cerca de él.

—¡Eliza! —exclamó Henrietta a su lado, pero Hen no entendía. Nunca lo había hecho. Amaba a su hermano, y con razón. Eliza estaba segura de que Fitz era un hermano maravilloso para sus siete hermanas, dos de las cuales —las gemelas Henrietta y Sloane— eran amigas cercanas suyas. Pero él no era el hermano de Eliza. Ni de lejos. Y no era tan maravilloso con ella.

—¿Te gustaría bailar? —preguntó, claramente doloroso para él formular la pregunta.

—No —respondió honestamente. Tenía otro objetivo esta noche. Estaba de caza. No buscando un marido, sino algo completamente

distinto—. Pero si te rechazo con mi madre y el resto del *ton* observando, entonces habrá, como mínimo, escándalo, y más probablemente y molesto aún, mi madre me acosará para saber por qué rechazaría a un hombre que es tan amigo cercano de nuestra familia y que ha sido tan solidario con nosotros. Odio decepcionar a mi madre después de todo lo que ha hecho por mí.

—Eres una hija tan maravillosa.

—No me trates con condescendencia.

—Muy bien —dijo, levantando las cejas—. Pero te das cuenta de que podrías haber sido como cualquier otra mujer a quien un hombre que desprecia invita a bailar y simplemente haber dicho que sí.

—¿Dónde está la diversión en eso? Además, no estoy haciendo esto por ti. Lo hago por mi hermano. Él necesita hacer ver que está cumpliendo con su deber de intentar casarme y piensa que al pedirte que le devuelvas el favor y bailes conmigo, será suficiente.

—¿Tienes que ser tan directa?

—Debo serlo.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? —preguntó Henrietta, mirando entre Eliza y su hermano—. Bailad o no, pero por favor no me sometáis a tanta tensión.

—Muy bien. Mis disculpas, Hen —dijo Eliza mientras estiraba el brazo y prácticamente arrebataba el de Fitz. Él no dijo nada mientras la conducía al centro de la pista donde los músicos acababan de comenzar un vals. Por supuesto. Tenía que ser un vals. Uno de sus brazos la rodeó, el otro tomó su mano en la suya.

—Ha pasado tiempo desde que bailamos —murmuró contra su oído, su aliento caliente en su cuello. Eliza se odió por el escalofrío involuntario que él provocó en ella. Era el tipo de escalofrío que estaba buscando, pero no de Fitz.

—No el suficiente —replicó con toda la firmeza que pudo, molestándose aún más cuando él la ignoró.

—Creo que no te he visto desde que ambos estuvimos en Greystone con Siena y Levi. Qué época aquella.

—Ciertamente lo fue —dijo, preguntándose si era la primera vez que estaban de acuerdo en algo.

—Espero que notaras lo bien que me comporté durante nuestra estancia allí.

—¿Qué importa lo que yo piense? —Frunció el ceño y se alejó de él para poder mirarle a la cara—. Además, estoy segura de que debió ser difícil para ti pasar tanto tiempo sin una mujer calentando tu cama.

Una sonrisa burlona comenzó a dibujarse en sus labios y Eliza lo conocía lo suficientemente bien como para saber que se le había ocurrido una broma, una que probablemente preferiría no oír.

Finalmente, no pudo contenerse.

—Debió ser difícil para ti resistirte a ofrecerte voluntaria para el trabajo.

—Preferiría dormir en el establo.

Entonces él hizo algo que la sorprendió más de lo que le gustaría.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas.

Su risa era de esas tan abrumadoramente contagiosas, fuerte y retumbante, que todas las parejas cercanas e incluso aquellas al otro lado de la pista de baile se volvieron hacia ellos tanto con asombro como con interés para ver qué había cautivado tanto al conde.

Eliza levantó ligeramente su mano del hombro de él y le dio un golpecito. —Para ya.

—¿Por qué? ¡Tú hiciste la broma!

—Todo el mundo nos está mirando.

—¿Te importa? —preguntó, levantando una ceja, y no por primera vez, Eliza lo maldijo por lo guapo que era.

—A mí no. Pero a mi madre sí. Y a tu madre también. Y luego habrá que pagar el infierno después de esto.

—Soy un hombre adulto, de treinta y dos años. Un conde. No importa lo que piense mi madre.

—¿No lo hace? —dijo Eliza, arqueando una ceja y dando un pequeño paso hacia atrás—. Quizás, entonces, deberíamos ir a buscarla para hablar de tus intenciones de tomar una esposa. Estoy segura de que tiene una opinión. De hecho...

—No harás tal cosa —gruñó prácticamente, atrayéndola tan rápida y firmemente contra él que ella jadeó, sintiendo cada músculo

duro no cubierto por la abundancia de tela amoldarse contra su cuerpo—. Mi madre no necesita saber de tales cosas.

—Porque le tienes miedo —le provocó.

—No es cierto.

—¡Sí que es cierto! De lo contrario, no prestarías atención a su interés por casar a tus hermanas y dejarías que Dot hiciera exactamente lo que quiere hacer.

—¿Y ser comadrona?

—Le encanta.

—Igual que a mí me encantan las nuevas aventuras. Pero no me verás recorriendo el campo día y noche para cumplir mis sueños. Tengo un trabajo que hacer, y no voy a eludirlo. Dot también debe hacer lo que tiene que hacer.

—¿Según quién?

—Según... —parpadeó, y ella supo que lo tenía acorralado por un momento. Sacudió la cabeza bruscamente—. La sociedad. Mi madre. Mi padre.

—Tu padre está muerto, así que no le importa. Tu madre estará bien y, de hecho, me parece que le gusta tener a sus hijas cerca. Simplemente piensa que es apropiado casarlas. Y a ti solo te importa la sociedad por tus ambiciones políticas.

—Soy conde. Tengo mi escaño independientemente de lo que la gente piense de mí.

Ella entrecerró los ojos mirándole. —Te conozco. Quieres que la gente piense que no te preocupa nada en el mundo, pero quieres que te respeten para que escuchen lo que dices y den crédito a tus opiniones.

Él se inclinó hacia ella, con más entusiasmo en su postura del que ella jamás había visto en él. Normalmente era un hombre despreocupado y displicente. —Quiero crear cambios, Eliza. Para eso, necesito que la gente me apoye.

—¿Qué tipo de cambios? —preguntó, de repente intrigada, aunque la canción comenzaba a llegar a su fin.

—¿Qué demonios? —gruñó él, haciendo que Eliza se sobresaltara.

—Ese no es exactamente el lenguaje...

Pero él había soltado sus brazos y la había dejado, alejándose ya sin decir una palabra más.

—¿Pero qué ocurre? —murmuró, sabiendo que debería dejar esto. Estaba aquí esta noche para encontrar a un hombre que le enseñara todo lo que había anhelado saber pero nunca experimentado. Debería centrarse en sus propios objetivos.

Sin embargo, no pudo evitar su curiosidad, mientras seguía a Fitz a través de la pista de baile a tiempo para verlo detenerse frente a Dot, cuya mano estaba atrapada en la de un hombre alto y delgado —Lord Mandrake si no se equivocaba.

—¡Mandrake! —vociferó Fitz prácticamente, haciendo que Eliza saltara. No solía ser un hombre con mal genio, al menos por lo que ella sabía —y lo conocía mejor de lo que le gustaría.

—¡Quita tus manos de mi hermana!

Capítulo Dos

—Fitz. —Mandrake se dio la vuelta con una sonrisa lenta y forzada que crecía en sus finos labios—. Justo el hombre que quería ver.

—Es *Lord Fitzroy* —masculló Fitz entre dientes apretados—. Solo mis amigos me llaman Fitz.

La sonrisa de Mandrake no flaqueó, lo que enfureció aún más a Fitz. Era tan falsa que esperaba que Dot también pudiera verlo claramente.

—Esperemos que con el tiempo entonces.

Fitz le miró fijamente, consciente de que su arrebato inicial había provocado que muchos ojos se volvieran hacia él.

—Fitz —dijo Dot entre dientes apretados—, ¿hay algún problema?

—No bailarás con este hombre.

—Lord Mandrake ni siquiera me ha pedido bailar todavía.

—Estaba a punto de hacerlo —dijo Mandrake con más suavidad de la que a Fitz le hubiera gustado—. De hecho, me gustaría pedir algo más que eso.

—Mandrake...

—Me gustaría pediros permiso para visitar a vuestra hermana. Mañana, si os parece bien, Lady Dot.

—Yo... —Dot miró de él a Fitz, que estaba a punto de interponerse entre ellos—. Creo que quizás deberíamos tener esta conversación en otro lugar. No con todos estos ojos sobre nosotros.

¿Por qué tenía que ser su hermana tan condenadamente sensata?

—Bien —dijo Fitz en voz baja—. Puedes venir a mi residencia mañana. Pero para hablar conmigo. No con Dot. ¿Entendido?

—Muy bien —dijo Lord Mandrake—. Espero volver a veros, Lady Dot.

—Buenas noches.

Mandrake comenzó a alejarse, pero Fitz percibió un movimiento detrás de él y se dio la vuelta para encontrar a Eliza todavía allí de pie, con los ojos muy abiertos, habiendo presenciado aparentemente todo el intercambio. Maldita sea.

—Lady Eliza —dijo Mandrake, deteniéndose frente a ella y levantando su mano hasta sus labios para depositar un beso en ella. Sus ojos se agrandaron, volviéndose el azul de ellos aún más vívido. La ira de Fitz se encendió, aunque esta vez, no podía hacer nada al respecto. No tenía ningún derecho sobre Eliza. Pero su hermano sí. Miró alrededor, intentando encontrar a Baxter, esperando que pudiera venir y poner fin a esto, pero Baxter no estaba a la vista. Típico.

—Sigue tu camino, Mandrake —dijo Fitz con voz monótona y fuerte, haciendo que tanto Eliza como su hermana le miraran boquiabiertas. Maldita sea otra vez.

Mandrake le sonrió con complicidad antes de finalmente hacer lo que Fitz le había pedido, dejándole solo.

Solo que no estaba solo. No solo tres de sus hermanas estaban con él —se dio cuenta tardíamente de que Hen y Sloane estaban allí paradas—, sino que Eliza no parecía tener intención de irse a ninguna parte.

—¿Qué? —resopló al encontrarse con sus miradas—. No soporto a ese hombre.

—¿Y eso por qué? —preguntó Dot.

Fitz la miró boquiabierto. —¿En serio? ¡Solo intenta acercarse a ti para molestarme!

Dot cruzó los brazos sobre el pecho. —Me parece bastante ofensivo, Fitz. ¿Y por qué te importa si habla con Eliza? Hace unos

minutos, parecía que vosotros dos no quisierais nada más que no volver a hablaros nunca.

Fitz cambió el peso de un pie a otro.

—Estaba velando por ella en nombre de su hermano.

Eliza puso los ojos en blanco. —Creo que ya he oído suficiente. ¿Hablaré con vosotras más tarde, señoras?

Ante sus asentimientos, se dio la vuelta y se alejó, y Fitz no pudo evitar observarla y el contoneo de sus caderas, preguntándose qué iba a hacer a continuación. ¿Con quién bailaría? ¿Por qué le importaba?

Cuando se volvió, sus hermanas le observaban atentamente —incluso Sloane, que normalmente apenas le prestaba atención.

—¿Qué está pasando entre tú y Eliza? —preguntó Henrietta, y Fitz negó con la cabeza.

—Nada —murmuró—. Nada en absoluto.

—No parece que sea nada —comentó Dot, y Fitz se preguntó por qué todas las mujeres de su vida eran tan inquisitivas y no podían simplemente aceptar lo que les decía como la mayoría de las mujeres de su condición.

—Estoy cansada —dijo Sloane con un bostezo mientras levantaba los brazos por encima de su cabeza—. Voy a buscar a madre.

—Aún no —dijo Henrietta, su habitual sonrisa convirtiéndose en un mohín—. Me lo estoy pasando tan bien.

—Tú siempre —dijo Sloane—. Además, para cuando madre acepte irse, tú ya estarás lista.

—Muy bien —aceptó Henrietta antes de fijar la mirada en Fitz.

—No sé qué has hecho con mi despreocupado hermano —dijo—. Pero me gustaría recuperarle ahora, si te place.

* * *

Era mucho más tarde de lo que a Fitz le hubiera gustado cuando acompañó a su madre y hermanas a casa. Las condujo hasta la casa antes de volver al carruaje, negándose a responder a sus preguntas

sobre adónde iba o con quién iba a verse, y por qué no podían ir con él. Era hora de que se divirtiera por su cuenta.

Sabía lo que Eliza pensaba de él. Que era un libertino, que iba de una mujer a otra sin tener en cuenta sus sentimientos. En eso, sin embargo, ella se equivocaba. Era un *coqueto*, no un libertino. Disfrutaba de la atención de las damas, pero no llegaba a nada más con la mayoría de ellas. Le gustaba caer bien y disfrutaba de un poco de charla amistosa. ¿Cuál era el problema con eso?

Pero si eso era lo que ella quería pensar de él, entonces bien podría estar a la altura de sus expectativas. Esta noche, iría a ver a Madeline. Ella podría proporcionarle compañía fácil y consuelo que no estaba recibiendo en ningún otro lugar, eso era seguro.

Bajó de su carruaje, instruyendo a su cochero que regresara a casa. Llamaría a un coche de alquiler más tarde en la noche. Empujó la puerta de La Rosa Escarlata, que estaba débilmente iluminada por velas parpadeantes que brillaban frente a paredes de terciopelo rojo. Las mesas estaban llenas de cartas descartadas y vasos vacíos, los altos techos adornados con arañas de cristal de las que goteaban cristales, aunque Fitz dudaba de su autenticidad.

El aire estaba cargado con el aroma de tabaco y alcohol mezclado con un leve rastro de sudor y desesperación. Un aroma dulce pero sofocante de perfumes caros persistía por las esquinas de la sala, no muy diferente del salón de baile que acababa de abandonar.

El ocasional grito de victoria puntuaba la sala junto con la risa forzada de las mujeres a las que se les pagaba por estar allí.

Una de las cuales se había propuesto encontrar.

Se abrió paso entre los caballeros que lanzaban cartas, muchos con mujeres en sus regazos. No estaba allí para juegos. En realidad no era muy jugador, no con las cartas, al menos. Prefería arriesgarse en otras áreas de su vida. Preferiría con mucho un reto con consecuencias, uno que le llevara a una aventura que proporcionara una verdadera emoción, no una superficial como el lanzamiento de una buena carta que servía para engañar a la mayoría de los hombres que estaban allí.

—¡Madeline! —exclamó, con una sonrisa abriéndose paso en su rostro cuando la mujer de cabello oscuro se giró hacia él desde su posición en un taburete alto en la esquina del garito, casi como si le estuviera esperando.

Un lunar que estaba seguro que había sido añadido con carboncillo se situaba sobre sus labios pintados de rojo, el colorete resaltando sus pómulos. No estaba seguro de que se la pudiera llamar hermosa, pero ciertamente era llamativa. Se había sentido atraído por ella en el pasado, pero de repente descubrió que su belleza ya no le resultaba tan atractiva. Anhelaba algo mucho más natural. Más suave. Menos calculador.

Maldita sea Eliza Munroe. ¿Por qué estaba en su cabeza? Era la amiga de sus hermanas. No una mujer a la que debería estar persiguiendo, especialmente después del... incidente.

Sin embargo, aún disfrutaba de la compañía de Madeline. Vivía audazmente, reía con fuerza y nunca tenía miedo de decir las cosas tal como eran.

—Fitz. Hace siglos que no te veo, pero había oído que estabas de vuelta en Londres. Esperaba que pasaras por aquí —dijo, inclinándose hacia delante, sosteniendo su cigarrillo justo más allá de él mientras le besaba ligeramente la mejilla. Tuvo que luchar contra el impulso de limpiarse el lápiz de labios, aunque sabía que era prácticamente parte del atuendo aceptado aquí.

—Ha pasado tiempo —dijo, echándose hacia atrás, encontrando su perfume ligeramente demasiado dulce—. He estado ocupado.

—Ah sí, con tu amigo, el Duque de la Muerte —dijo, arqueando una ceja—. Aquí oímos tanto, si no más, como la mayoría en vuestros salones de baile.

—Probablemente más —estuvo de acuerdo, haciendo una ligera mueca cuando ella mencionó el apodo de Levi. Sabía que se decía por todo Londres, y sin embargo no le gustaba oírlo—. El Duque de *Dunmore*, sin embargo, es más feliz ahora de lo que le he visto nunca, así que ha merecido la pena.

—Bien —dijo, suavizándose un poco antes de mirar alrededor—. ¿Te gustaría un momento a solas?

—Me gustaría —dijo, enderezando la columna, recordando su determinación. Estaba aquí por un propósito. Para rascarse la comezón que le había estado molestando durante demasiado tiempo. Desde que había estado fuera con Levi. ¿De verdad había pasado tanto tiempo? Se frotó la nuca, que había empezado a calentarse mientras intentaba ignorar qué, o más bien, *quién* lo había causado.

—Ven —dijo, inclinando la cabeza hacia la parte trasera de la sala mientras extendía una mano—. Iremos a una habitación privada.

Tomó su mano, siguiéndola, asintiendo a otros caballeros por el camino que lo saludaban con sonrisas cómplices, haciendo que sus hombros se tensaran. ¿Desde cuándo le importaba tanto que la gente supiera sus asuntos?

Desde que empezaste a preocuparte por lo que Eliza pudiera pensar, dijo una vocecita en su cabeza, una que intentó apartar.

Madeline los condujo a una de las pequeñas habitaciones traseras, que Fitz imaginó que había sido un dormitorio en algún momento. Estaba cubierta con aún más terciopelo rojo que la habitación exterior, con la cama situada prominentemente en el centro.

Ella se detuvo, mirándolo por un momento con vacilación en sus ojos. Eso era extraño. —¿Una copa? —preguntó.

—Claro —dijo, secándose la frente ya que el sudor había comenzado a gotear. Una bebida sería más que bienvenida. ¿No debería estar deseando esto? Ciertamente no debería ser una tarea.

Ella se quedó de pie junto al aparador, de espaldas a él, su largo vestido rojo casi confundiéndose con la pared frente a ella.

—¿Whisky? —dijo, con la voz extrañamente distante.

—Lo que tengas.

Ella se dio la vuelta y cuando le pasó el vaso, Fitz notó que su mano temblaba ligeramente.

—¿Estás bien? —preguntó, entrecerrando los ojos para mirarla mejor, pero ella no encontraba su mirada.

—Bien.

—¿Estás segura? —preguntó, y ella asintió con brusquedad.

Levantó el vaso a sus labios, a punto de dar un sorbo cuando ella se dio la vuelta bruscamente, sorprendiéndole al arremeter contra él, apartando el vaso de un manotazo de forma que el líquido se esparció por toda la habitación.

—¿Madeline? —se quedó boquiabierto por el asombro mientras su mano permanecía extendida frente a él, como si todavía estuviera a punto de llevarse la bebida a los labios—. ¿Qué demonios...?

—No puedes beber eso —dijo ella con un respiro entrecortado—. Te mataría.

Capítulo Tres

Fitz continuó mirando boquiabierto con asombro a la mujer que tenía delante.

—Es whisky —dijo, recuperando finalmente la compostura mientras ella permanecía frente a él con el pecho agitado—. Puede que me mate eventualmente, pero no hoy.

—No, no es eso —negó con la cabeza—. Está envenenado.

—¡Tú lo has servido! —no pudo evitar exclamar, poniéndose de pie al sentir repentinamente la necesidad de tomar el control de la situación.

—Lo sé —dijo ella, tomando otra respiración entrecortada mientras una lágrima se deslizaba por su ojo y rápidamente la limpiaba, emborrando el maquillaje—. Nunca debería haberme dejado tentar así.

Fitz dio un paso adelante, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Te sugiero que me cuentes toda la historia de lo que está pasando.

—Muy bien —dijo Madeline, balanceándose de atrás hacia adelante sobre sus talones—. No se lo cuento a mucha gente, pero tengo una hija.

Fitz se sobresaltó sorprendido. La conocía desde hacía tiempo y nunca había oído esto antes. —Entiendo.

—No sé quién es el padre. No te preocupes, la tuve mucho antes de conocerte. La he criado yo sola y no tengo familia. Pago a una mujer para que la cuide mientras trabajo, y es una lucha constante.

—Puedo entenderlo —dijo, compadeciéndose de su situación pero sin comprender aún qué tenía que ver con esta extraña situación.

—Me ofrecieron una gran suma de dinero para envenenar tu bebida.

—¿Quién? —preguntó Fitz, atónito.

—No estoy segura. No me lo pidieron directamente. Fue a través de una nota que me dejaron aquí en el infierno con un adelanto y la promesa del resto una vez que estuvieras muerto.

—¿Ibas a *matarme*? Espero que estés bromeando. —Fitz comenzó a caminar de un lado a otro por la pequeña habitación, sin saber qué creer en ese momento.

—Era una gran suma de dinero —dijo ella, teniendo al menos la cortesía de parecer avergonzada—. Podría mantener a mi hija por el resto de su vida. Pero al final, no pude hacerlo.

—Qué maravilloso por tu parte —entonó él, y ella inclinó la cabeza.

—Fue un error siquiera considerarlo, lo sé. Pero al menos ahora sabes, Fitz, que alguien te quiere muerto.

—¿Para qué? —dijo, levantando los brazos a los costados.

—No tengo ni idea —dijo ella—. No sé nada de tu vida. Pero será mejor que estés alerta.

—Oh, no te preocupes —dijo él—. Lo estaré.

Simplemente no estaba seguro de si creer o no esta ridícula historia.

Ella se acercó a él, deslizando seductoramente los dedos por su pecho.

—¿Deberíamos volver a donde estábamos?

—¡No! —dijo él, apartando de un manotazo la mano de ella—. Creo que es mejor que te mantengas muy lejos de mí.

A decir verdad, se había estado forzando a seguir adelante con cualquier cosa con ella. Cada vez que se le acercaba, todo lo que podía ver era el rostro de Eliza, lo que le causaba no poca vergüenza. Porque no debería tener nada que ver con la mujer. Lo sabía con cada parte de su pensamiento racional y, sin embargo, su cuerpo no parecía entenderlo.

—Lo siento, Fitz —dijo Madeline, con el rostro ligeramente descompuesto, trayéndolo de vuelta al momento presente—. Nunca quise...

—Mira —dijo él, levantando un dedo hacia ella—. No estoy totalmente seguro de qué quieres de mí ahora mismo. ¿Un agradecimiento por no matarme? Me alegro de que tu conciencia haya prevalecido al final, pero en este momento, estoy algo más preocupado por el hecho de que estuviste, por un tiempo, dispuesta a provocar mi muerte por una recompensa. Ahora, me voy a marchar. No te delataré ante nadie, por lo que deberías estar agradecida, ya que una palabra mía podría arruinar tu vida. Sin embargo, no le haría eso a tu hija.

—Gracias —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas. Fitz sabía que estaba siendo duro con ella, y entendía su dolor, y sin embargo, estaba más conmocionado de lo que le gustaría admitir de que casi hubiera muerto a manos de ella.

Negó con la cabeza mientras abría la puerta de golpe y salía. ¿Quién podría quererlo muerto? Sí, podría haber motivos políticos, pero en este momento, él tenía el *deseo* de hacer cambios, pero aún no estaba llevando a cabo las acciones para hacerlo. Nadie tendría más razones para eliminarlo que a cualquier otro miembro de la Cámara de los Lores.

Ridículo.

Mientras se abría paso por la parte del garito de juego del establecimiento, evitaba el contacto visual lo mejor que podía, sin detenerse pero levantando la mano en señal de saludo cada vez que veía una cara conocida. No parecía tener ánimos para mantener una conversación jovial en ese momento. No después de la noche que había tenido.

La única persona que vio fue a Baxter, sentado cerca de la salida, observando los procedimientos de la noche con una sonrisa bajo su bigote.

—Baxter —le saludó con un gesto de cabeza.

—¿Adónde vas? —preguntó Baxter—. Acabo de llegar.

—He tenido suficiente diversión por esta noche —gruñó Fitz.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Pregúntale a Madeline. Está venenosa esta noche. Literalmente.

Dicho esto, salió por las puertas. El aire de Londres era tan fresco y agradable como podía ser, al menos en comparación con el humo y los aromas que había dentro del garito. Levantó la mano, a punto de llamar a un coche de alquiler, cuando decidió que la noche era lo suficientemente agradable como para que un paseo le despejara la cabeza.

Necesitaba librarse del peso que había descendido sobre sus hombros, en forma de siete hermanas que necesitarían o pronto necesitarían maridos, un condado, sus objetivos políticos y cierta mujer de ojos verdes que su cuerpo se negaba a ignorar.

Y ahora estaba este supuesto complot para matarlo.

Sacudió la cabeza con incredulidad, elevando la mirada al cielo, donde la luna brillaba en cuarto creciente, rodeada de estrellas. Era mucho más fácil contemplarlas cuando estaba en su finca, pero últimamente parecía pasar cada vez menos tiempo allí. Era difícil participar en política y casar a sus hermanas desde el centro de Essex.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no prestaba mucha atención a dónde iba. Aunque tampoco lo necesitaba. La Rosa Escarlata estaba en el límite de Soho, así que no había tardado mucho en cruzar Regent Street y entrar en Mayfair, donde había muy poco riesgo de ser abordado por alguien peligroso. Quizás algún pilluelo callejero intentando robarle la cartera, pero podría con uno de esos jóvenes si llegara el caso.

Por eso le pilló desprevenido cuando se topó de frente con el hombre, y con algo frío y duro que le atravesó la chaqueta.

—Ay —dijo, retrocediendo y frotándose el pecho, mirando al hombre que tenía delante.

Pero no solo miró hacia arriba. Tuvo que seguir estirando el cuello mientras el hombre se alzaba sobre él.

—Si me disculpa —dijo Fitz, intentando rodearlo, y fue solo entonces cuando se dio cuenta de lo que inicialmente había pasado por alto en la oscuridad: el objeto que le había golpeado en el pecho

no lo había hecho accidentalmente. Era una pistola, sostenida frente al hombre, apuntando directamente a Fitz.

—Vaya, vaya —dijo sobresaltado—. ¿Qué estás haciendo?

—Sigue caminando —dijo el hombre, con voz baja, casi un gruñido—. Entre esos edificios.

—Creo que no —dijo Fitz indignado, consciente de que hacerlo sería firmar su propia sentencia de muerte—. Debo decir que me estoy hartando bastante de estos atentados contra mi vida. Dime, ¿quién te envió y cuánto te está pagando? Duplicaré la cantidad a cambio de su nombre.

No estaba seguro de poder hacerlo realmente, pero valía la pena intentarlo. Mejor estar sin dinero y vivo que bajo tierra con una fortuna que dejar atrás.

—No puedo hacer eso o estaría muerto yo mismo —dijo el hombre, negando con la cabeza—. No tengo otra opción. Habría preferido hacer esto donde no causara tanto desorden.

Mientras levantaba lentamente la pistola, Fitz miró alrededor con desesperación. ¿Seguramente habría alguna otra alma perdida vagando por Mayfair a estas horas de la noche? Este no podía ser el final. Aún tenía mucho que hacer. Casar a siete hermanas. Ser un campeón del cambio para aquellos cuyas voces habían sido silenciadas durante demasiado tiempo.

Solo tenía una opción. Tendría que abalanzarse sobre el hombre.

Se preparó, listo para placarlo, sabiendo que probablemente le alcanzaría una bala perdida, pero dispuesto a arriesgarse. Con un grito, se lanzó hacia delante justo cuando el hombre apretó el gatillo.

* * *

—Bueno, ha sido un evento de lo más interesante —dijo la madre de Eliza, divagando mientras el carruaje traqueteaba por el camino. Normalmente, Eliza estaba tan animada como su madre al comentar un evento que acababan de dejar, pero esta noche se sentía diferente.

Y sabía exactamente por qué.

Fitz.

Maldito hombre. La verdad —una que nunca había compartido con otra persona, ni siquiera con Siena, su amiga más cercana en el mundo entero— era que siempre había sentido cierta debilidad por él. No era un sentimiento que ella hubiera elegido. Era como si su cuerpo se sintiera atraído hacia él por sí solo, a pesar de todas sus protestas que habrían preferido que fuera de otra manera.

Su baile solo había aumentado su confusión. Le había recordado lo frustrante que podía ser *y* había servido además para hacerle desearlo aún más.

Eran como el agua y el aceite: hechos del mismo estado, pero cuando intentaban mezclarse, por muy cerca que estuvieran el uno del otro, siempre se repelían, incapaces de combinarse realmente.

Quizás habría sido diferente, si él no hubiera hecho lo que hizo.

Pero el pasado no podía cambiarse, por mucho que a ella le gustaría, por muy educados que hubieran sido el uno con el otro en Greystone. Tenían amigos y familia en común. Eso era todo.

—¿Estás bien, querida? —preguntó su madre, dándose cuenta por fin de que su conversación se había convertido en un soliloquio.

—Bien —dijo Eliza, forzando una sonrisa para su madre. Verdaderamente era la mejor madre que Eliza podría haber pedido jamás. Pensó en los padres de Siena y se estremeció, sabiendo exactamente cómo podría haber sido su vida si hubiera nacido de otros no tan comprensivos—. Solo estoy cansada.

—Nos quedamos demasiado tarde, ¿verdad? —dijo su madre con un suspiro—. Tu padre estará esperándonos despierto, preguntándose dónde nos hemos metido.

El padre de Eliza prefería no acompañarlas a tales eventos a menos que fuera una ocasión de cierta importancia a la que se esperara que asistiera. Era mucho más un hombre de libros, callado y reservado, muy diferente a la madre de Eliza. Sin embargo, de alguna manera, se complementaban mejor que la mayoría de las parejas de su posición. Lo habían hecho funcionar, que era todo lo que Eliza podría pedir para sí misma.

—Me gustaría saber dónde se ha metido Baxter —dijo su madre, ahora algo contrariada—. Se suponía que debía acompañarnos a casa.

—Se marchó incluso antes que nosotras —dijo Eliza, poniendo los ojos en blanco—. Creo que su noche aún no había terminado.

Su madre resopló, lo que decía mucho más que cualquier palabra. Eliza sabía que su madre no aprobaba la vida nocturna de Baxter, pero él era demasiado mayor para que ella le dijera qué hacer, no es que lo hubiera hecho antes, lo que podría ser parte del problema.

De repente, un golpe las sorprendió a ambas, haciéndolas saltar en sus asientos. Se miraron la una a la otra por un momento antes de que la curiosidad de Eliza la dominara y sacara la cabeza por la ventana mientras su madre la llamaba.

—¡Eliza! ¡Vuelve adentro!

—Hay alguien ahí fuera —respondió mientras el cochero miraba por encima de su hombro.

—Disculpe, mi señora, intenté detener los caballos demasiado bruscamente cuando vi gente en el camino adelante. Estamos aminorando ahora.

Eliza escrutó en la oscuridad, tratando de distinguir quién era y qué estaba viendo. Las calles estaban por lo demás desiertas, pero podría jurar que era Fitz quien estaba frente a ellos, a menos que se hubiera arraigado tanto en sus pensamientos que lo estaba viendo en todas partes.

Él estaba de pie en el lado más cercano a los edificios detrás de él, y otro hombre, mucho más corpulento, estaba a su lado, sosteniendo algo hacia él.

En ese momento, la luz se reflejó en el objeto entre ellos, y Eliza jadeó al darse cuenta de lo que era: una pistola. Apuntando a Fitz. Era él. Estaba segura.

—¡Sigue adelante! —le gritó al cochero.

—Pero...

—¡Va a matar a Fitz! —exclamó ella—. Sigue adelante.

El cochero no la cuestionó, sabiendo exactamente quién era Fitz y sus vínculos con la familia. Chasqueó las riendas, animó a los

caballos y, a pesar del objeto en su camino, continuaron hacia delante.

El hombre levantó la mirada en el último momento, disparando su arma mientras intentaba apartarse, esquivando los caballos pero no la rueda del carruaje.

Eliza miró hacia atrás mientras el carruaje seguía adelante, solo para ver a ambos hombres tendidos en el suelo.

Y con ellos, el corazón de Eliza.

Capítulo Cuatro

Fitz parpadeó rápidamente mientras el cielo nocturno muy por encima de él volvía a enfocarse.

Por un momento, pensó que había dejado este mundo, despertando en cualquier otro que le esperara después, pero entonces las piedrecillas del camino bajo él se clavaron en su espalda, indicándole que su hora aún no había llegado.

Pasó las manos por su cuerpo, buscando sangre o agujeros de bala, pero no encontró nada. Gracias a Dios.

—¡Fitz!

Se incorporó apoyándose sobre los codos, sobresaltándose al notar al hombre corpulento tendido en el suelo junto a él. Ignorando la llamada por un momento, deslizó su brazo bajo el hombre, gruñendo mientras su mano agarraba la pistola. La sacó con cuidado, receloso de que el hombre corpulento pudiera despertar y terminar el trabajo.

Sin embargo, el gran corte en el lateral de la cabeza de su atacante podría significar que estaba a salvo.

Con la madera de la pistola, aún caliente, en su mano, Fitz finalmente se permitió mirar hacia arriba mientras una avalancha de faldas y preocupación se abalanzaba sobre él.

—¿Eliza? —dijo confundido mientras ella le agarraba los hombros con fuerza, inclinándose hacia atrás y recorriéndolo con la mirada.

—¿Estás vivo? ¿Te han disparado? ¿Estás herido? —le disparó.

No pudo evitar una ligera risa en respuesta a su andanada de preguntas.

—Estoy bien. Al menos, por lo que puedo notar.

Fue solo entonces cuando notó la mancha roja de sangre en su mejilla, y alzó la mano, con el ceño fruncido, para limpiarla.

Al hacerlo, se dio cuenta de que no era su sangre la que la marcaba sino la suya propia, y le goteaba por el brazo.

—¡Estás herido! —dijo ella, con más acusación en su tono que preocupación.

—Solo un rasguño —dijo él, quitándole importancia—. Estoy bien. Mejor que este bellaco de aquí —añadió, señalando con la mano al hombre a su lado.

—¿Te estaba robando? —preguntó ella, ahora de pie mientras su madre se acercaba.

—Supongo —dijo Fitz, sin querer compartir la verdad.

—¡Lord Fitzroy! —exclamó Lady Willoughby, con una expresión que coincidía con la de su hija mientras se apresuraba hacia él, aunque se detuvo sin llegar a tocarlo como había hecho Eliza—. ¿Está usted bien?

—Justo estábamos evaluando eso —dijo mientras se levantaba cuidadosamente del suelo para ponerse de pie ante ellas—. Creo que estaré bien.

Miró una vez más al hombre en el suelo, deseando comprobar si seguía con vida y, de ser así, interrogarle sobre quién era y qué hacía allí.

Sin embargo, si lo hacía, tendría que explicarse ante las mujeres que tenía delante, y no tenía ningún interés en hablarles de este aparente complot para acabar con él, ni de cómo lo había descubierto.

Había pensado que Madeline podría estar tomándole el pelo, pero esto no era ninguna broma.

De repente, los últimos minutos volvieron a su memoria, al recordar la determinación que cruzó el rostro del hombre momentos antes de apretar el gatillo. Luego, cómo se había abalanzado sobre él justo en el momento en que la pistola se disparaba, y después cómo su atacante había salido repentina e inesperadamente volando

hacia él, todo parecía suceder a la vez. Había estado tan concentrado en su muerte inminente que no se había dado cuenta consciente de que había un carruaje dirigiéndose hacia ellos. Lo que significaba...

—¿Le... atropellasteis?

Madre e hija intercambiaron una mirada antes de comenzar su historia juntas.

—No estoy segura de si "atropellar" es la expresión que yo utilizaría —dijo Eliza con franqueza.

—Quizás tuvo la mala fortuna de ser rozado por la rueda de nuestro carruaje —dijo su madre, con una expresión de inocencia fingida cruzando su rostro—. Me alegro mucho de que esté bien, Lord Fitzroy.

—Sí, por supuesto —murmuró, tratando de no reírse de las dos mujeres que tenía delante, que probablemente podrían suponer una amenaza mayor para el mundo criminal que cualquier agente de Bow Street, si se lo propusieran—. Bueno, entonces me pondré en camino. No querremos que vuelva a la consciencia y se encuentre con dos hermosas damas ante él.

—Oh, Lord Fitzroy, es usted demasiado amable —dijo Lady Willoughby con una gran sonrisa, mientras Eliza ponía los ojos en blanco—. Debemos acompañarle a casa después de esta experiencia por la que ha pasado. Suba al carruaje. No vive usted lejos de nosotras.

—Gracias, pero estaré bien caminando.

—No quiero ni oírlo —dijo Lady Willoughby, colocando las manos en sus caderas—. ¿Cómo podría mirar a los ojos a su madre si le dejara aquí después de un incidente tan traumático? Venga. Ahora.

Parecía que no tenía elección. Se rió mientras seguía a las mujeres hasta el carruaje. Antes de subir los escalones, se detuvo y puso rápidamente una mano en el hombro del conductor. —Gracias —dijo en voz baja—. De verdad.

El hombre asintió en respuesta antes de que Fitz se uniera a las damas en el interior, tomando asiento junto a Eliza mirando hacia delante mientras su madre se acomodaba en el asiento opuesto.

—¿De dónde venías caminando? —Eliza no era de las que se andan con rodeos.

—De un club —respondió honestamente.

—¿Estaba Baxter allí? —preguntó su madre, cortando afortunadamente a Eliza.

—Ahh, hay muchos clubes por todo Londres —dijo, no queriendo responder afirmativamente—. Baxter... —se detuvo, dándose cuenta de repente de que estaba hablando con la madre y la hermana del hombre— ...disfruta visitando una gran variedad de ellos.

Eliza bufó ante eso, sabiendo obviamente exactamente lo que quería decir, mientras que su madre apretaba los labios.

—Hueles a perfume —dijo Eliza, arrugando la nariz.

Se apartó ligeramente de él, y de inmediato echó de menos su presencia. ¿Por qué sentía la necesidad de explicar que el perfume no era motivo de preocupación?

—Pasé gran parte de la noche bailando —dijo, aclarándose la garganta—. Debe de ser de alguna de las damas.

—Huele barato.

—¿Ahora eres perfumista?

—No, pero soy una mujer que usa perfume.

Eso lo sabía. El suyo olía a jazmín: dulce, exótico y aventurero. Justo como ella.

—No deberíamos juzgar, Eliza —dijo su madre suavemente, y Fitz de repente se sintió extremadamente agradecido de que estuviera allí, aunque eso significara que lo hubiera visto en un momento tan bajo.

—No hay nada de qué preocuparse, señoras. Simplemente estaba apostando.

—A ti no te gusta apostar —dijo Eliza, y él se volvió hacia ella con asombro.

—¿Por qué pensarías eso? —preguntó, principalmente sorprendido de que ella supiera tanto sobre él y preguntándose por qué había prestado tanta atención.

—A Baxter le encanta jugar a las cartas y tú siempre te niegas a participar —dijo ella. Estaba demasiado oscuro para ver su expresión, pero su tono lo desafiaba a demostrar que estaba

equivocada—. Solo apuestas si estás apostando por ti mismo en una competición de habilidad.

Abrió la boca para responder, antes de cerrarla firmemente una vez más. Tenía razón. Y sin embargo, no creía que fuera algo que alguien más hubiera notado.

—Bueno —dijo Lady Willoughby mientras se detenían frente a la casa de Fitz—. No más apuestas tardías caminando solo, ¿me oye, Lord Fitzroy?

—De acuerdo, Lady Willoughby —dijo él—. Gracias por la escolta. Y gracias de nuevo por su ayuda.

—¿Ayuda? —repitió Eliza, con sus ojos azul-verdosos muy abiertos bajo la luz que emergía de la puerta abierta de su casa. No necesitaba darse la vuelta para saber que al menos una de sus hermanas estaba en el umbral, probablemente preguntándose de quién era el carruaje que lo había traído a casa a esa hora de la noche—. ¡Te salvamos la vida!

—Muy bien —dijo con un suspiro—. Gracias por salvarme la vida.

Se dio la vuelta, encontrándose con cuatro ojos fijos en él, y dejó a las dos mujeres atrás para enfrentarse a los ocho que le esperaban dentro.

Ya había sido una noche larga, y tenía la sensación de que aún no había terminado.

* * *

Eliza paseaba por el salón a la mañana siguiente.

El sol brillaba a través de la ventana principal, los arreglos florales que su madre se aseguraba de que estuvieran bien cuidados enmarcaban el paisaje más allá, y tenía todas las razones para dar la bienvenida al día que tenía por delante.

Sin embargo, no podía quitarse de encima la sensación de que había algo más en la historia de Fitz de anoche.

No debería importarle. Debería dejarlo estar y permitirle lidiar con ello.

Y, sin embargo, era amiga de sus hermanas. Les debía asegurarse de que todo estuviera bien.

Al menos, eso es lo que se decía a sí misma.

—¡Madre! —llamó por la escalera, deseando que su madre bajara más temprano por las mañanas. Eliza pasaba demasiado tiempo esperándola.

—¿Sí? —llegó la voz de su madre, cantarina desde arriba.

—¿Tienes planes para hoy?

—No de momento.

—Deberíamos visitar a Lady Fitzroy.

Su madre apareció en lo alto de las escaleras, una visión en rosa oscuro, con el pelo todavía tan oscuro y rizado como el de la propia Eliza. Eliza tenía la suerte de compartir tantos rasgos de su madre.

—¿Lady Fitzroy? —repitió su madre, alzando las cejas.

—Me gustaría asegurarme de que todo esté bien después de lo de anoche. Y tuve conversaciones tan agradables con Henrietta y Sloane en el baile. No me importaría verlas de nuevo.

Su madre descendió lentamente por la escalera, deteniéndose finalmente en el rellano inferior. —¿Esto no tiene nada que ver con Lord Fitzroy?

—No —dijo Eliza, tratando de parecer ofendida—. ¿Por qué habría de tenerlo?

Su madre la miró con conocimiento mientras pasaba a su lado. —Estabas muy preocupada cuando apareció herido anoche.

—¡Es un amigo de la familia! —protestó Eliza.

—Sí, eso es —dijo su madre, entrando en el comedor de desayunos, aunque ya era pasado el mediodía. Eliza la siguió, tomando asiento mientras observaba a su madre llenar su plato del aparador—. Sin embargo, un amigo de la familia puede ser tan buen partido, si no mejor, que la mayoría de los caballeros. Lo conocemos, conocemos a su familia, y es un buen hombre.

Eliza miró boquiabierta a su madre. —¿Pero lo es de verdad?

—Es un coqueto, sí —dijo su madre, mirándola con los labios curvados en una sonrisa—. Pero eso no significa que sería un mal marido.

Eliza resopló mientras se sentaba frente a su madre.

—Podría serlo —replicó—. No quiero un hombre que coquetee con cada mujer que se encuentra. Quiero un hombre como padre, que esté completamente dedicado a su esposa.

—Así soy yo —dijo su padre, eligiendo ese momento para unirse a ellas. Dio un beso primero en la cabeza de Eliza y luego en la mejilla de su esposa antes de tomar asiento. Eliza sabía que llevaba horas levantado y que ésta era ya su segunda comida del día, pero disfrutaba pasando tiempo con ellas, así que siempre procuraba reunirse con su esposa cuando ella se levantaba—. ¿Dónde está Baxter? —dijo, mirando alrededor.

—¡Aquí estoy! —dijo Baxter, entrando tranquilamente en la habitación. Eliza arrugó la nariz al oler a humo, alcohol y perfume barato que le recordaba al que estaba impregnado en Fitz.

—¿Acabas de volver a casa ahora? —preguntó, horrorizada.

—No —dijo a la defensiva, obviamente mintiendo.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella, y él la miró antes de observar a los tres alrededor de la mesa.

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

—Supongo que no —dijo Eliza, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Has hablado con Lord Fitzroy?

—¿Con Fitz? No desde anoche. ¿Por qué? —Levantó la vista de la tostada que estaba comiendo, probablemente para aliviar cualquier malestar de la noche anterior, dándose cuenta de repente de que podría haber un asunto preocupante.

—Vaya por Dios —dijo su madre, abandonando su evidente desaprobación hacia su hijo—. No te vas a creer lo que ocurrió.

Procedió a contarle a Baxter los acontecimientos de la noche anterior, exagerando cómo habían acudido al rescate de Fitz, aunque Eliza lo recordaba de manera diferente. Ciertamente no recordaba que su madre fuera quien instó al conductor a seguir.

—Cielos —murmuró Baxter mientras se llevaba un bollo a la boca —. Y yo que pensaba que solo estaba oyendo rumores.

—Entonces, ¿sabías algo? —intentó aclarar Eliza, pero él negó con la cabeza.

—No sobre un hombre intentando matar a Fitz. Oí otro rumor. De alguien intentando envenenarle.

—¡Envenenar! —exclamó Eliza—. ¿Quién?

—No importa —dijo Baxter, negando con la cabeza—. Lo que importa es que obviamente alguien va a por él.

—¿Por qué? —dijo Eliza, con el estómago empezando a revolverse—. ¿Está alguien intentando reclamar el título?

—Lo dudo —dijo Baxter—. Ni siquiera estoy seguro de quién heredaría.

—Si tuviera que adivinar —intervino su padre, lo que hizo que todos se volvieran hacia él, pues sus contribuciones a las conversaciones eran tan raras que siempre merecían ser escuchadas —, tiene algo que ver con lo que está proponiendo llevar a la Cámara de los Lores.

—¿Que es...? —preguntó su esposa expectante.

—Realmente no debería decirlo.

—Oh, por el amor de Dios, Clifford, si lo mencionas, debes terminar la historia.

Eliza tuvo que ocultar su sonrisa tras la mano, pues sabía que su padre no iba a ganar esta. Debería haberlo sabido antes de sacar el tema.

—Muy bien. Ha estado reuniéndose con un reformador social y activista político, así como con un miembro del parlamento, sobre la derogación de las Leyes de Combinación.

—¿Perdón? —dijo Baxter, quien no tenía conocimiento previo de las opiniones de su amigo a juzgar por la expresión de su rostro.

—Está intentando reunir a algunos de los otros lores para que también brinden su apoyo. Los sindicatos sienten que han sido reprimidos por las leyes, y Fitz está de acuerdo en que esto solo ha llevado a actividades clandestinas.

—¿Por qué le importa? —preguntó Baxter con un resoplido, ganándose la ira de su madre y su hermana. A veces Eliza se preguntaba si ella y su hermano habían sido realmente criados por los mismos padres.

—Supongo que siempre ha preferido que las cosas salgan a la luz —Eliza no pudo evitar señalar.

—No le matarían por eso, en cualquier caso. No es como si fuera irreemplazable en este asunto —dijo Baxter, recostándose en su silla.

—Bueno —dijo la madre de Eliza, dejando su tenedor y juntando las manos mientras miraba al resto—. Solo hay una cosa que hacer al respecto.

Todos esperaron expectantes, sabiendo que terminaría su idea en breve.

—Visitamos su casa de la ciudad y lo averiguamos.

Capítulo Cinco

Fitz se despertó aquella mañana con dolores en músculos cuya existencia ni siquiera conocía. Se sentía como un hombre de el doble de su edad mientras bajaba las escaleras, solo para encontrarse con toda su familia, todos con muchas preguntas y sin ofrecerle tregua alguna.

—¿Vas a contarnos qué ocurrió, Fitz, o no? —preguntó Georgina con el ceño fruncido mientras cruzaba los brazos sobre el pecho. Todos se habían reunido en la sala de estar, esperándole hasta que finalmente descendió. Se había tomado su tiempo, tanto porque le dolía todo el cuerpo como porque esperaba que, si esperaba lo suficiente, todos se habrían marchado a sus propias ocupaciones.

Se había equivocado.

—No ocurrió nada. Hubo un incidente de camino a casa —explicó con toda la paciencia que pudo—. Un hombre intentó robarme y luego hubo un accidente con un carruaje. Salí ileso, salvo por algunos moratones. No perdí nada y todas mis partes están intactas.

Excepto, quizás, su honor.

—Intuyo que hay algo más —dijo Dot, pero antes de que pudiera continuar, se oyó un golpe en la puerta.

—¿Sí? —llamó la madre de Fitz, y el mayordomo entró en la habitación.

—Lady Willoughby y Lady Eliza han venido de visita.

—Oh —dijo su madre, apretando los labios mientras intentaba decidir qué hacer—. Resulta que estamos en medio de algo.

—Mejor hazlas pasar —dijo Fitz con un suspiro—. Ellas forman parte de esto y probablemente tendrán las mismas preguntas.

Además, podría mantener su historia coherente si solo tenía que contarla una vez.

—¿Qué tienen que ver ellas con todo esto? —preguntó Henrietta, y apenas tuvo tiempo de explicar su presencia en el carruaje —pues sabía que Eliza se lo contaría a sus hermanas de todos modos— cuando las mujeres en cuestión entraron.

—Oh, Lady Willoughby, muchísimas gracias —dijo su madre, caminando hacia su amiga y envolviéndola en un abrazo muy poco habitual—. Salvó usted a mi hijo.

Lady Willoughby se abanicó las mejillas, que se estaban sonrojando.

—Oh, yo no diría tanto —dijo, aunque claramente quería decir lo contrario—. Nuestra llegada fue oportuna, eso es todo.

La madre de Fitz condujo a las recién llegadas a la esquina del sofá donde Fitz había estado sentado previamente, dejándolo de pie frente a todos ellos como si estuviera en un escenario, allí para entretenerlos.

No es que hubiera podido quedarse quieto mientras contaba esta historia. Intentó permanecer en una posición, balanceándose de los talones a la punta de los pies y viceversa mientras se aclaraba la garganta, pero pronto se encontró rebotando y descubrió que la mejor manera de contener toda la energía que intentaba convencerlo de salir corriendo de allí y alejarse de todos esos ojos inquisitivos era caminar de un lado a otro.

—Entonces, como decías, ¿un ladrón te abordó en medio de la calle —justo a las afueras de Hanover Square— sin nadie más alrededor, y luego Lady Willoughby y Lady Eliza aparecieron de casualidad, derribaron al hombre y te salvaron la vida? —preguntó Sloane, apoyando la barbilla en el puño, con el codo descansando en el brazo del sofá.

Fitz comenzó a morderse nerviosamente la uña del pulgar.

—Sí, supongo que así es.

—Pero eso no es todo —dijo Eliza casi triunfalmente, y un escalofrío recorrió la espalda de Fitz. ¿Sabía ella el resto? No. No

podía ser. No había forma posible de que su vida pudiera cruzarse con la de Madeline, y aunque así fuera, ¿cómo podrían las actividades de anoche haber llegado hasta ella?

—Lady Eliza —dijo entre dientes, dirigiéndole una mirada que esperaba le indicara que no dijera ni una palabra más, aunque probablemente todos los pares de ojos en la habitación vieron su cara y sabían que había más en esta historia—. No creo que haya nada más que compartir.

—¿No? —dijo ella, arqueando una ceja, desafiándolo abiertamente—. ¿No estuviste a punto de ser envenenado?

—¡Envenenado! —Fitz no podía estar seguro de quién lo dijo. Parecía una melodía de su madre y sus hermanas expresando todas juntas su preocupación.

Suspiró, resignado a su destino.

—Cuando salí anoche, me ofrecieron una bebida. Alguien pagó para intentar envenenarme —dijo, finalmente aceptando que no tenía más remedio que contar la verdad, pues parecía que estaba destinada a salir a la luz, sin importar lo que hiciera—. ¿Cómo supo de esto, Lady Eliza?

—Baxter —dijo ella, incluso mientras su madre intentaba hacerla callar.

Eliza se volvió hacia ella.

—Si todos estamos diciendo la verdad, entonces debo unirme, ¿no es así?

Su madre pareció resignarse ante esa lógica, ya que asintió lentamente. Maldito Munroe.

—¿Bebiste algo? —preguntó Dot, que ya se había levantado y caminaba hacia él, pero él apartó las manos de su hermana.

—¡No! —exclamó—. Estoy bien. Sano como siempre. No tomé ni una gota.

—Estás sano por ahora —dijo Georgina, siempre buscando el peor resultado posible de cada situación—. Pero eso ciertamente podría cambiar, ya que quien tenga malas intenciones hacia ti parece decidido a continuar.

—Desafortunadamente, tiene razón —dijo Dot, mirando con preocupación a sus hermanas menores, Betsy y Daphne—. ¿Qué vas

a hacer?

—¿Hacer? —repitió Fitz—. Pues voy a intentar llegar al fondo de este asunto, para determinar quién querría deshacerse de mí y por qué se ha tomado tantas molestias en intentarlo.

—¿Cómo piensas llevar a cabo este trabajo de detective? —preguntó Dot, cruzando los brazos sobre su pecho, mirándole fijamente.

—¿No tienes fe en mí, Dot?

—¿Qué vas a hacer, *encandilar* a tu asesino?

—Asesino en potencia.

Ella puso los ojos en blanco, y él suspiró, frotándose la cara con una mano.

—Hablando de detectives —intervino Eliza—, ¿por qué no contratas uno?

—¿Un detective?

—Sí —dijo ella lentamente, como si estuviera hablando con un niño—. Alguien que tenga la experiencia para realizar este trabajo.

Debería haber pensado en eso. Aunque no iba a admitirlo.

—Quizás lo haga.

—Mejor que sea pronto, antes de que este *supuesto* asesino tenga éxito.

—Mientras tanto —dijo Henrietta—, deberíamos irnos al campo, ¿no creéis?

—Deberíamos —dijeron Sloane y su madre al mismo tiempo que él respondía—: Absolutamente no.

—¿Cómo que no? —dijo Sloane, boquiabierta—. Fitz, esto es serio. No eres invencible.

—He escapado de dos intentos, ¿no?

—Pero podrías no tener tanta suerte la próxima vez —dijo su madre, con voz baja y expresión grave—. ¿Qué haríamos sin ti, Fitz?

Eso le detuvo. No había pensado mucho en qué sería de todas sus hermanas —y de su madre— si este complot contra él tuviera éxito. Solo había considerado cuánto tenía que hacer antes de que su tiempo aquí terminara.

—Supongo que solo podríamos esperar que el siguiente heredero sea más responsable —dijo, intentando bromear, pero no tuvo

gracia. Levantó las manos en señal de súplica—. Tengo trabajo importante que hacer. Todavía estamos en temporada. El Parlamento está en sesión. Yo...

—Hay algo más que no estás considerando.

Todas las miradas se dirigieron hacia Eliza, incluida la suya. ¿Por qué tenía que verse tan impresionante sentada allí, vistiendo nada más que un sencillo vestido de mañana? Era como si cuanto menos adornos llevaba, más resplandecía su belleza natural. Irritante.

—¿De qué se trata, Eliza? —preguntó antes de que su madre girara bruscamente la cabeza hacia él—. Lady Eliza —corrigió.

—Si permaneces en Londres, no eres solo *tú* quien podría estar en peligro. Toda tu familia podría estar en riesgo.

Abrió la boca para ofrecer una respuesta, pero lo único que salió fue un suspiro. Por mucho que odiara admitirlo, ella tenía razón. Y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Excepto llevarse a su familia a Essex.

* * *

Eliza siguió a Sloane y Henrietta fuera del salón después de que Fitz les dijera a ambas que era hora de hacer las maletas. Justo cuando llegaron al rellano, sonó un golpe en la puerta, y Eliza se quedó atrás, asomándose por la barandilla, fuera de vista, para ver quién había venido.

—Lord Mandrake para Lord Fitzroy —llegó una voz apagada que reconoció—. O Lady Dot, si está en casa.

—Un momento, mi lord —dijo el mayordomo antes de dejar al hombre en la puerta principal. Regresó momentos después, con pasos rápidos y eficientes—. Mis disculpas, mi lord, pero ni Lord Fitzroy ni Lady Dot están actualmente disponibles para recibir visitas.

Se escuchó un fuerte resoplido que Eliza supuso era Lord Mandrake mostrando su descontento.

—Mañana, entonces.

—Quizás —respondió el mayordomo—, aunque Lord Fitzroy y su familia pueden abandonar Londres por un tiempo. ¿Puedo

transmitirle un mensaje?

Hubo un chasquido de la lengua de Lord Mandrake contra sus dientes antes de responder:

—Dígale que debo hablar con él. Tengo intenciones hacia Lady Dot, y pretendo actuar en consecuencia. Dígale que si desea casar a sus hermanas, tengo una oferta perfectamente buena para la primera. Dígale que debería dejar a un lado su antipatía hacia mí y hacer lo correcto por su familia.

—Ah... muy bien, mi lord. Así lo haré —dijo el mayordomo antes de acompañar al hombre a la salida. Lord Mandrake no tenía idea de con quién estaba tratando. Dot no era de las que se doblegaban ante un hombre que le daba órdenes, ni Fitz era el tipo de hombre que permitiría que alguien a quien despreciaba se acercara a su familia.

—¡Eliza! ¿Dónde estás?

Dejó a un lado sus reflexiones para apresurarse tras Henrietta, que la esperaba al final del pasillo, con las manos en las caderas. Entraron en la gran habitación que compartían las hermanas gemelas, y Eliza se sentó en el borde de la cama mientras una doncella se afanaba por la habitación, ayudando a sus señoras. Henrietta participaba activamente en los preparativos mientras Sloane estaba tendida sobre una de las camas.

—Por mucho que adore nuestra casa de campo, te echaré terriblemente de menos —dijo Henrietta, revisando su armario.

Aunque sabía que su argumento había conseguido que Fitz aceptara llevar a su familia al campo, a Eliza le fastidiaba que se marcharan. Henrietta y Sloane eran dos de sus amigas más cercanas además de Siena, a quien ahora veía con tan poca frecuencia, ya que vivía a las afueras de la ciudad.

Eliza echó un vistazo a la otra cama, comprobando que Sloane no parecía excesivamente preocupada por su inminente partida, con los brazos y las piernas extendidos como una estrella y los ojos cerrados.

—¿Sloane? —preguntó—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió Sloane desde su posición postrada —. Solo estoy haciendo el equipaje.

—No te estás moviendo.

—Primero visualizo en mi mente lo que podría necesitar. Después tardo mucho menos en empaquetarlo todo junto.

—Eso se llama pereza —comentó Henrietta, haciendo reír a Eliza. Siempre se preguntaba cómo dos hermanas podían parecerse tanto y haber nacido al mismo tiempo, y sin embargo ser tan increíblemente diferentes la una de la otra.

—Respeta mi proceso, Hen.

Eliza pensó en lo bien que siempre lo habían pasado las tres juntas —cuatro, cuando Siena se les unía— y se preguntó cuándo volvería a verlas.

—¿Crees que os aburriréis en el campo? —preguntó, dirigiendo su pregunta a Henrietta, ya que Sloane parecía ocupada en otros menesteres.

Henrietta se encogió de hombros. —No estoy del todo segura. Normalmente lo disfruto, pero es que solemos pasar bastante tiempo en bailes, fiestas y cosas por el estilo. Con la mayoría de la gente en Londres para la temporada, imagino que será mucho más aburrido. Dicho esto, somos afortunadas de ser tantos para entretenernos unos a otros.

Un ronquido procedente de la cama de Sloane hizo que una expresión de dolor cruzara el rostro de Henrietta. —Quizás me aburra, después de todo.

Eliza no pudo evitar reírse, y por muy grave que fuera la situación que amenazaba la vida de Fitz, abrazó a sus amigas y les deseó la mejor de las suertes para resolver esta situación rápidamente y que pudieran volver a Londres.

A este paso, no le quedarían conocidos en la ciudad.

Quizás debería ir a quedarse con Siena por un tiempo, reflexionó una hora más tarde mientras seguía a su madre al carruaje.

Pero no, Siena y su nuevo marido estaban demasiado absortos el uno en el otro. No querría perturbar su reciente felicidad. Todavía no.

Luego estaba su plan. Se había marcado un objetivo al comienzo de esta temporada. Uno que había mantenido en secreto para todos, incluso para Siena. Si alguien descubriera lo que estaba decidida a

conseguir, se convertiría en el mayor escándalo de la temporada sin siquiera haber actuado.

Había tropezado con un libro que Baxter había introducido a escondidas en la casa. De dónde lo había sacado, no tenía ni idea, pero le intrigaba por qué de repente su hermano, que casi nunca cogía un libro, parecía tan cautivado por este.

Cuando se lo robó un día, se quedó conmocionada al descubrir su contenido y se fascinó con experimentar el placer que podía existir entre un hombre y una mujer. Después de superar su sorpresa, sin embargo, se mostró interesada.

Huelga decir que Baxter nunca recuperó su libro.

Eliza seguía sintiendo curiosidad. Y su curiosidad aún no había sido satisfecha.

Aunque suponía que podía esperar. Había pasado tanto tiempo sin descubrimientos. ¿Qué importaba un poco más?

—¿En qué estás pensando? —preguntó su madre, y Eliza se atragantó ante la idea de compartirlo realmente con ella, disimulando su sorpresa con una tos fingida.

—Solo en que ahora tendré más amigas que abandonan Londres en mitad de la temporada.

—Haces amigas dondequiera que vayas —dijo su madre, agitando la mano en el aire.

—Sí, pero me gustan *mis* amigas —dijo Eliza—. ¿Cuánto tiempo crees que estarán fuera?

—Supongo que hasta que determinen quién está intentando acabar con la vida de Lord Fitzroy —dijo su madre con un escalofrío, y Eliza sintió una punzada de inquietud ante la idea de que alguien fuera tras él. Había pensado que era porque le preocupaba lo que podría significar para sus hermanas.

Pero, ¿y si había algo más? Era un hombre atractivo, sin duda. Aunque a veces fuera un completo patán.

Quizás podría encontrar respuestas a todos sus problemas al mismo tiempo, pensó. Solo que requeriría algo de persuasión.

Pero la persuasión se le daba bien.

Capítulo Seis

Fitz estaba aburrido.

Normalmente no le importaba pasar tiempo en su finca. Le proporcionaba un respiro, un descanso donde podía recuperarse y simplemente ser él mismo.

Pero claro, nunca solía estar aquí mientras el Parlamento estaba en sesión, y se estaba perdiendo algunas de las discusiones más importantes del país.

Discusiones que estaban muy lejos de aquellas en las que participaba actualmente, centradas, en este momento, en si una de las criadas y el mozo de cuadra estaban involucrados en un tórrido romance.

—Me aburro —declaró su madre, haciéndose eco de sus propios pensamientos, una vez que la conversación había concluido. Arrojó su libro frente a ella, haciendo que todos la miraran con sorpresa.

—¿Aburrida? —repitió Sloane—. ¿Por qué?

—No hay ningún sitio al que ir, nada que hacer, nadie a quien ver —dijo con un suspiro—. Todos con los que normalmente pasamos tiempo están en Londres.

—Podríamos ir al pueblo —sugirió Henrietta, pero su madre chasqueó la lengua.

—No podemos. Entonces todo el mundo sabrá que estamos aquí.

—Estoy segura de que ya lo saben —dijo Georgina—. Los sirvientes hablan.

—Cierto, pero estar a la vista sería mucho más peligroso —argumentó Henrietta, a lo que Dot asintió en señal de acuerdo.

Todas las hermanas de Fitz habían aceptado su estancia en el campo, excepto Dot. Aunque finalmente había accedido, eso no significaba que estuviera particularmente contenta por dejar a las mujeres con las que se había comprometido. Fitz había sugerido que esas mujeres quizás podrían encontrar una comadrona a la que tendrían que pagar realmente, a lo que Dot le dijo que estaba perdiendo el sentido de todo, y él había levantado las manos en señal de rendición y abandonado la discusión.

—Quizás alguna de mis amigas venga a quedarse con nosotros —dijo su madre, haciendo que Fitz arqueara las cejas.

—¿Y a quién piensas invitar? —preguntó.

—¿Acaso importa?

Él se rio ante su pregunta.

—¡Por supuesto que importa! Estoy residiendo aquí sin ningún otro sitio adonde ir.

—Muy bien —dijo ella con expresión severa—. Envié algunas cartas, pero supongo que nadie va a responder. ¿Quién querría venir a una casa de campo en plena temporada cuando hay tanto aconteciendo en Londres y la mayoría de las amigas tienen hijas que casar?

Inmediatamente su estómago comenzó a revolverse mientras se preguntaba si Lady Willoughby habría recibido una de esas cartas. No estaba seguro de poder soportar más tiempo con su hija, Eliza, especialmente si iban a estar tan cerca.

—No estoy seguro...

—¡Oh, sí, por favor, hazlo, madre! —dijo Henrietta—. Nos divertiríamos mucho.

—Quizás invite a *algunas* de mis amigas —continuó su madre—. O siempre está Lady Nottingham y sus hijas...

Su madre pareció ligeramente mareada por un momento y con razón. Lady Nottingham era absolutamente aburrida, y su madre solía evitarla. Debía estar desesperada si estaba considerando su compañía. Las chicas, sin embargo, disfrutaban con las hijas de Lady Nottingham, y las visitaban de vez en cuando.

—Preferiría que no informaras a toda la *ton* sobre dónde estamos y por qué estamos aquí —dijo Fitz entre dientes.

—Por supuesto que no —dijo su madre, girando bruscamente la cabeza hacia él—. ¿Me crees estúpida?

—Nunca.

—No he dicho a ninguna de ellas que estás aquí, fingiendo que estás en Londres.

—¿Y si deciden visitarnos? ¿Voy a esconderme todo el tiempo?

—No —dijo su madre con un bufido—. Entonces diremos que acabas de llegar.

—¿Es tan terrible pasar tiempo entre familia en esta hermosa finca? —preguntó Fitz, aunque él mismo casi se moría de aburrimiento.

—Sí, Fitz. Lo es —dijo Sarah antes de estornudar dramáticamente, como siempre hacía cuando estaban en el campo, aunque Fitz no tenía ni idea de por qué.

—Bueno —dijo, levantándose y dando palmadas contra sus piernas—. Voy a dar un paseo a caballo. Os veré a todos a la hora de la cena.

Se marchó, frotándose la sien con la mano, esperando que el detective privado que había contratado completara pronto el trabajo.

Porque no estaba seguro de cuánto tiempo más podría soportar esto.

* * *

Eliza balanceaba el pie sobre su rodilla, con las piernas cruzadas mientras se apoyaba contra el respaldo del carruaje.

—Debería estar diciéndote que tu postura debería ser mucho mejor —murmuró su madre mientras miraba por la ventana, aunque no parecía particularmente inclinada a hacer cumplir sus palabras.

—La mejoraré si estoy en compañía de alguien más —dijo Eliza —. Sabes que me comporto cuando es necesario.

—Cierto —dijo su madre, inclinando la cabeza, y Eliza cedió a su impulso de inclinarse y besar a su madre en la mejilla.

—¿Por qué ha sido eso? —preguntó su madre, abriendo ligeramente los ojos.

—Por ser tú —dijo Eliza con una sonrisa de afecto—. Soy muy consciente de lo afortunada que soy de tenerte.

—Eso es muy amable, Eliza —dijo su madre, inclinándose hacia delante y dándole una palmadita en la pierna—. Gracias.

Cuando Appleton Manor apareció a la vista, el corazón de Eliza comenzó a latir rápidamente y, según pensó, de manera algo errática.

—¿Le dijiste a Lady Fitzroy que vendríamos? —preguntó, preguntándose qué estaría pensando Fitz sobre su llegada. No es que importara. No eran nada el uno para el otro.

—Le escribí, pero no estoy segura de si habremos llegado antes que la carta —dijo su madre—. Parecía tan preocupada que pensé que lo mejor sería venir casi de inmediato.

Eliza asintió distraídamente. Esto era lo que había deseado: volver a ver a sus amigos mucho antes que después, y Appleton era un lugar hermoso.

No hacía falta mucha inteligencia para saber cuál era el problema.

Fitz. El mismísimo señor de la mansión.

Contuvo un suspiro mientras el carruaje comenzaba a subir por el largo camino, y Eliza se preguntó cuánto le vería. Supuso que pronto lo descubriría.

Para cuando el carruaje se detuvo, el mayordomo y el ama de llaves ya estaban en la entrada, y cuando Eliza y su madre empezaron a subir los escalones, Lady Fitzroy se les había unido.

—¡Lady Willoughby! —exclamó, extendiendo las manos, tomando las de la madre de Eliza en un firme apretón antes de que se besaran mutuamente en las mejillas—. ¿Qué hacéis aquí?

—¡Me escribiste! —exclamó la madre de Eliza con una risa—. Dijiste que debías verme inmediatamente.

—¿Lo hice?

—Sí, lo hiciste.

Miró a Fitz, quien levantó las cejas como diciendo que veía claramente a través de la pretensión de su madre, aunque había una

sonrisa en su rostro pues Eliza era consciente de que, a pesar de cualquier fanfarronería que pudiera tener, sentía debilidad por su madre y sus hermanas.

—¿Baxter no ha venido? —preguntó él, avanzando para darles la bienvenida a ambas.

—¿Baxter? —dijo Eliza con un resoplido—. Por supuesto que no. No estamos ni remotamente cerca de ninguna taber...

—¡Eliza! —intervino su madre, y Eliza cerró la boca de golpe, dándose cuenta de que se estaba convirtiendo en una mentirosa, pues acababa de decirle a su madre que sabía comportarse.

—Baxter está ocupado en otros asuntos —sustituyó con una sonrisa recatada que hizo que su madre pusiera los ojos en blanco, pero no se perdió la sonrisa burlona de Fitz, que rápidamente borró de su rostro antes de que su madre lo notara.

—Lady Fitzroy, es un placer veros —dijo Eliza, cambiando de tema—. He echado tanto de menos a todas vuestras hijas.

—¡Oh querida, ojalá hubiera recibido vuestra carta primero! —dijo Lady Fitzroy con una expresión de dolor en su rostro—. Acaban de marcharse, excepto Betsy y Daphne.

—¿Marcharse? —repitió Eliza, decayendo su rostro, tratando de contener su decepción, ya que no sabían que ella vendría, así que no era culpa de ellas—. ¿Adónde han ido?

—A la finca de Lady Nottingham. Está solo a unas horas de viaje. Se estaban aburriendo tanto aquí que pidieron pasar algún tiempo allí con sus hijas, y yo... —agitó las manos en el aire—, decidí que no podía acompañarlas en este momento.

Eliza lo entendía perfectamente. Conocía a Lady Nottingham y no podía imaginarse pasar mucho tiempo en su presencia, especialmente sin nadie más que le hiciera compañía. Una de sus hijas se había casado por debajo de su posición —había algo de escándalo allí si recordaba correctamente— y su familia vivía en la finca.

—Bueno, espero que vuelvan pronto —dijo en cambio, tratando de ocultar su decepción. Betsy y Daphne eran mujeres maravillosas, pero eran precisamente eso: jóvenes. Al menos diez años menores que ella, si recordaba correctamente.

Y luego estaba Fitz. Le lanzó una mirada mientras él permanecía de pie, balanceándose sobre sus talones como siempre hacía. ¿Le importaría que ella y su madre hubieran llegado tan repentinamente y sin previo aviso? Sabía que podían ser algo impulsivas, pero había pensado que serían recibidas calurosamente. ¿Qué pensaría él de que ahora pasaran tiempo en Appleton sin la presencia de sus hermanas, lo que siempre había impedido que Fitz le hablara a solas?

Eliza había acompañado a su madre porque se aburría sin sus amigas. Ahora parecía que iba a seguir aburriéndose sin ellas, solo que ya no tenía las distracciones de Londres. Iba a tener que encontrar distracciones de otro tipo.

Miró a Fitz mientras una idea tomaba forma en su mente. Una que probablemente no era aconsejable, pero... quizás podría vencer su aburrimiento mientras cumplía sus objetivos simultáneamente.

Eliza era consciente de que pronto tendría que casarse y sentar cabeza. Solo quería divertirse un poco primero.

Y si había algo que se podía decir de Fitz, era que era divertido.

Estaba a punto de descubrir cuán divertido podía ser.

* * *

—Mantente alejado de Lady Eliza.

Era un mantra que Fitz había seguido murmurando para sí mismo una y otra vez desde que ella y su madre habían aparecido en Appleton el día anterior.

Tenía su plan. Divertirse un poco y luego establecerse con una joven recatada que cuidaría de su madre y sus hermanas, las casaría y le aportaría toda la respetabilidad que él mismo no era capaz de conseguir.

Eliza no encajaba en ese plan.

No podía divertirse con ella; era una joven inocente de la nobleza y, además, amiga de sus hermanas. Tampoco podía casarse con ella: era exactamente lo contrario de lo que necesitaba.

Era ruidosa, exuberante, aventurera... demasiado parecida a él.

Y sin embargo, no podía evitar sentirse atraído hacia ella.

Prácticamente la había evitado en Greystone. Podría hacer lo mismo aquí también.

Solo que, ahora, algo había cambiado. Se había vuelto consciente de ella, y no podía estar completamente seguro del motivo. Quizás era porque había empezado a considerar casarse y sabía que su tiempo para apreciar a una mujer como ella estaba llegando a su fin. Quizás fue por su baile. Había sentido su cuerpo contra el suyo, y le había gustado mucho más de lo que habría preferido.

O quizás era porque, por mucho que no quisiera admitirlo, ni siquiera a sí mismo, había pasado el tiempo suficiente con ella para saber que apreciaba su sentido del humor, su ingenio, su encanto, su manera de ver la vida.

Su belleza no ayudaba en absoluto.

Con todo esto en mente, hizo lo único que se le ocurrió para enfriar su ardor. Tomando una ruta indirecta por la casa para poder salir por las puertas de la terraza, dejó a las mujeres con su labor de aguja o su té o lo que fuera con lo que se ocupaban, y marchó a través de los jardines que rodeaban la casa para buscar el único lugar donde podía encontrar tanto consuelo como descanso.

El lago.

Estaba escondido lejos de la casa, lo suficientemente cerca como para que el agua fuera visible desde las ventanas del piso superior, pero no tan cerca como para que alguien pudiera ver exactamente lo que estaba haciendo. Había suficientes árboles alrededor del lago para que supiera qué partes le proporcionaban cobertura suficiente para ocultarse de las miradas, que era exactamente lo que necesitaba en ese momento.

Se deslizó entre los árboles, apartando las ramas que amenazaban con golpearle en la cara, sabiendo de alguna manera que estaba comportándose como un idiota. Pero no importaba.

Alrededor de los bordes del lago, florecían flores silvestres en colores vibrantes, creando una escena pintoresca. Una suave brisa agitaba los altos juncos a lo largo de la orilla, el sonido tranquilizador calmaba su corazón que latía más rápido de lo que debería, y los frondosos árboles verdes que rodeaban el lago se reflejaban en la

superficie del agua en calma. El cielo estaba un poco gris hoy, y sin embargo, los colores de este descanso en medio del caos de su vida eran suficientes para brindarle paz.

No dudó mientras se quitaba la chaqueta, su corbatín cuidadosamente anudado, su chaleco y su camisa, deshaciéndose de sus calzones sin preocuparse de que alguien lo viera desnudo. Y si lo hacían, bueno, estaba orgulloso de su apariencia. A menos que fuera un miembro de su familia quien se topara con él, podían darse un festín visual.

Conociendo dónde comenzaban las partes profundas del lago, Fitz ejecutó un salto perfecto, luego se impulsó hacia adelante, permitiendo que el agua fresca lo bañara hasta que atravesó la superficie, emergiendo para tomar aire cuando ya no pudo contener la respiración más tiempo.

Parpadeó, aclarando el agua de sus ojos, sacudiendo la cabeza de un lado a otro para apartar el pelo de su cara.

De repente se detuvo, sintiendo que ya no estaba solo. Giró la cabeza de un lado a otro hasta que la figura entró en su campo de visión.

Allí, en la orilla opuesta, estaba una mujer. Vestido lila. Pelo oscuro. Una sonrisa que no podía ver pero que sabía que cubría su rostro.

Eliza.

Capítulo Siete

Eliza se había preguntado si esto era una mala idea.

Pero entonces había visto a Fitz de pie en la orilla sin nada entre él y el sol sobre ellos.

Y tuvo la sensación de que esta era una de las mejores ideas que había tenido nunca.

No había pretendido espiarlo sin revelarse. Le había visto salir de la casa a pesar de sus obvios intentos de hacerlo sigilosamente. Le había seguido, considerando que este podría ser el único momento en que podría tener esta conversación con él.

Entonces, antes de que pudiera alcanzarle y anunciar su presencia, él había comenzado a desnudarse, y ella se había quedado allí tras un árbol, incapaz de moverse por miedo a que, al hacerlo, se anunciara, y tenía la sensación de que a él no le complacería que le hubiera seguido hasta allí cuando prefería la soledad.

Porque no podría nadar desnudo a solas en su presencia.

Al menos, todavía no.

Sonrió con malicia mientras tomaba asiento en una gran roca en la orilla. Podía ver lo que le había atraído a esta zona de la finca. Realmente era hermoso aquí, las aguas reflejando el gris del cielo, fundiéndose con el verde de los árboles circundantes. Golpeó el suelo con el pie impacientemente, preguntándose si ahora era el momento de tener esta conversación, o si debía marcharse antes de que él la notara.

Sin embargo, tardó demasiado en decidirse, pues de repente él rompió la superficie, sobresaltándola, y ella apretó las manos con fuerza cuando él posó sus ojos sobre ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gritó él, y ella no podía distinguir si había enfado en su tono. Más bien resignación sorprendida, decidió.

—He venido a hablar contigo —dijo, diciéndose a sí misma que no era el tipo de mujer que se acobarda ante la respuesta de un hombre. Especialmente un hombre que nunca se enfadaba. Este era Fitz. Estaba segura de que él estaría feliz una vez que supiera por qué había venido.

—¿No podrías haberme hablado en cualquier momento en la casa? ¿Cuando estuviera vestido? —preguntó mientras pisaba agua. El lago debía ser bastante profundo allí.

—Podría haberlo hecho, pero esta no es una conversación que quisiera que alguien escuchara.

—Eso es una perspectiva aterradora.

—¿Te gustaría acercarte más? Preferiría no gritar —dijo ella, ya ligeramente avergonzada por lo que estaba a punto de pedir. No necesitaba que toda la finca la escuchara.

—Muy bien —refunfuñó él, nadando hacia ella hasta que se detuvo aproximadamente a mitad de camino, lo suficientemente cerca para que ella pudiera hablar en tonos más bajos, y él pudiera pararse en lo que parecía ser el fondo del lago bajo él, pero no tan cerca como para que ella pudiera ver lo que se ocultaba bajo la superficie.

Una lástima.

—¿Qué puedo hacer por ti, Lady Eliza? —preguntó como si estuviera en un evento social. Eso la hizo reír.

—¿Estás aburrido, Fitz? —preguntó, de repente incapaz de ir directamente al grano. Parecía demasiado atrevido, incluso para ella.

—¿Aburrido? ¿Ahora? Eliza, estoy nadando en el lago de la finca de mi familia en medio de una Temporada en la que se supone que debo encontrar esposa e introducir cambios en la ley nunca antes vistos. Ayer mantuve una conversación sobre qué sirviente prefiere la fregona de la cocina. Así que sí, estoy aburrido.

Levantó las manos y las arrojó al agua, provocando que las salpicaduras llegaran al borde de su vestido.

—Lo siento —murmuró—. Y por si te lo preguntabas, *yo* creo que le gusta el mozo de cuadra.

—No pasa nada —dijo ella, tratando de mantener su tono alegre —. Da la casualidad de que estoy de acuerdo contigo en eso. Ahora bien, también pensé que mi tiempo aquí sería diferente. Puedes entender que supuse que Henrietta y Sloane estarían aquí, así como el resto de tus hermanas.

—Por supuesto —dijo él, obviamente curioso sobre adónde iba con esto.

—Bueno, tengo una proposición para ti. Una que resolvería el aburrimiento con el que cada uno de nosotros está lidiando.

Él esperó, con una ceja levantada.

Ella tomó aire, las palabras salieron precipitadamente.

—Verás, desde hace algún tiempo, he estado muy interesada en los placeres que pueden encontrarse entre un hombre y una mujer.

Su mandíbula cayó tan repentinamente que ella se preguntó si iba a desmayarse. Sabía nadar, pero no estaba segura de poder nadar lo suficientemente bien como para rescatarlo del fondo del lago.

—Sé que tendré que casarme pronto, y entiendo que las relaciones entre marido y mujer pueden ser... rutinarias.

—S-supongo que depende de con quién te cases —dijo él, finalmente encontrando su voz, aunque sus ojos seguían abiertos como platos.

—Sí, supongo, pero el problema es que una no sabría qué tipo de marido tiene hasta que sea demasiado tarde. —Suspiró—. Bastante molesto.

Él asintió lentamente, de forma entrecortada, y ella lo tomó como una señal para continuar.

—He decidido que, antes de casarme, me gustaría explorar los placeres que pueden encontrarse para no pasar toda mi vida sin experimentarlos. Dicho esto, me gustaría hacerlo de forma segura y con un hombre en quien pueda confiar. He estado considerando opciones durante algún tiempo.

Él pareció entender de repente adónde quería llegar, pues negó con la cabeza y Eliza intentó reprimir el dolor que le causaba que la rechazara tan rápidamente.

—Eres el hermano de mis amigas. Tu familia está cerca de la mía. Tienes experiencia, así que supongo que eres competente en tales relaciones. Y espero que sepas cómo prevenir el embarazo, dado que no he oído hablar de que tengas hijos bastardos por ahí. Dicho esto, me preguntaba si, durante el tiempo que ambos estemos aquí en Appleton, ¿compartirías algo de tu experiencia conmigo?

Parecía tan atónito que Eliza se puso de pie, preparada para entrar en el agua e intentar salvarlo de ahogarse si llegaba a ese punto.

—¿Vas a estar bien, Fitz? Quizás deberías salir del agua antes de que te desmayes.

—No estoy a punto de desmayarme —argumentó—. Estoy... estoy... sorprendido.

—Es comprensible —dijo ella, entrelazando sus manos—. Si quieres algo de tiempo para pensarlo, tómatelo, aunque no podemos tardar demasiado, ya que pronto podrían volver tus hermanas o tu detective podría hacer su trabajo y tendríamos que regresar a Londres.

—Tienes las mismas perspectivas que cualquier otra joven. ¿Por qué esta repentina necesidad?

—Siento curiosidad. Y siempre me gusta satisfacer mi curiosidad.

—Has enumerado todas las razones por las que yo, pero... me odias.

Levantó la mirada hacia ella, y Eliza se sorprendió al encontrar cierto dolor en sus ojos.

—No te *odio* —dijo ella, diciendo la verdad—. Y aunque lo hiciera, podría odiarte por dentro y acostarme contigo por fuera.

Él levantó sus manos mojadas y se las pasó por la cara.

—Todas las razones que has enumerado para que seamos... íntimos son también las mismas razones por las que no deberíamos serlo. Tu familia confía en mí. Estoy intentando ser un respetado miembro del Parlamento, lo cual no es fácil con mi reputación de ser algo así como un sinvergüenza.

El corazón de Eliza se hundió.

—Entonces, te preocupa que yo te cause un escándalo mayor.

—Sí. No. No lo sé.

Eliza asintió, con el corazón palpitándole mientras hacía la siguiente pregunta.

—¿Podrías desearme?

—¿Que si qué?

—¿Te sientes atraído por mí? —preguntó, sabiendo que si decía que no, la destrozaría, pero necesitaba saberlo para entonces renunciar a esto por completo—. ¿Estás diciendo que no porque sientes que te repelería?

—En absoluto —dijo con tal convicción que ella le creyó y el alivio la inundó como una ola—. Eres... muy atractiva.

—Menos mal —dijo ella, sonriendo más ampliamente de lo que probablemente debería.

Miró a su alrededor por un momento, sabiendo que esta era su única oportunidad. Si se alejaba ahora, sería fácil para él decir que no de pasada, y entonces cualquier oportunidad que tuviera de alcanzar este objetivo se arruinaría.

Extendió la mano hacia atrás, agarrando el lazo en la parte inferior de los cierres de su vestido y liberándolo antes de quitárselo, deslizando primero los brazos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él con voz ronca.

—Voy a darme un baño.

—No, no lo harás.

—Sí, lo haré. Soy bastante buena nadadora, y el clima es muy cálido.

—Sí, pero tú... yo estoy... Eliza, esto no es una buena idea.

Sin embargo, por la forma en que la miraba, ella tuvo la sensación de que sus palabras estaban en desacuerdo con sus verdaderos sentimientos sobre el asunto. Se quitó el vestido y las ballenas, dejando solo su camisa interior. Sabía que una vez mojada, la fina tela no proporcionaría barrera alguna, pero si él decía que sí a su petición, ¿qué importaba?

Se quitó los zapatos y las medias, metiendo los dedos de los pies en el agua, cerrando los ojos con un grato alivio mientras el agua los

cubría. Celestial.

Comenzó a adentrarse y notó que en lugar de alejarse de ella, Fitz daba pequeños pasos hacia ella.

—¿Estás segura de que sabes nadar? —preguntó él, y ella se rio.

—Por supuesto.

Él se acercó, extendiéndole una mano. Ella la tomó y permitió que la guiara hacia el agua hasta que estuvieron de pie juntos, a una distancia de un brazo entre ellos. Él respiraba pesadamente, sus ojos oscurecidos por el deseo.

—Esto es una mala idea —murmuró, pero interiormente, Eliza ya había comenzado a celebrar, pues podía notar que sus reservas habían comenzado a desvanecerse.

—¿No te encantan las malas ideas? —preguntó ella.

—Sí —admitió—. Pero he estado intentando dejarlas atrás.

—A veces una mala idea puede convertirse en la mejor que hayas tenido —replicó ella, dando un pequeño paso hacia él, notando que él hacía lo mismo, acortando el espacio entre ellos muy lentamente—. Ahí es donde ocurre toda la diversión.

—No eres buena para mí —murmuró él, levantando los dedos y recorriéndole el costado de la cara mientras ella se inclinaba hacia su caricia, sorprendida de cómo su contacto permanecía en su rostro y, sin embargo, los estremecimientos recorrían todo su cuerpo, calentándola desde dentro hacia fuera en contraste con el agua fría que los rodeaba.

—Dime que no, entonces —le desafió, y él gimió mientras movía las manos a sus caderas y la atrajo hacia sí, eliminando cualquier espacio entre ellos. Sus duros y musculosos muslos se amoldaron contra los suaves de ella, su pecho ancho y húmedo, cubierto de vello rizado bajo sus dedos.

Era tan... *masculino*, y a pesar de lo difícil que había sido acercarse a él, ahora estaba bastante orgullosa de haberlo hecho, porque realmente merecía la pena.

Estaba desesperada por sentir sus labios sobre los suyos. Él sabría cómo besarla adecuadamente, no como los castos experimentos robados en rincones que había intentado antes.

—Muy bien —suspiró contra sus labios, que estaban a apenas un centímetro—. Buscaré a otro que me ayude en mi búsqueda.

Eso fue suficiente; en el momento en que las palabras salieron, él gruñó, extendiendo los brazos para rodear su espalda, manteniéndola inmóvil mientras sus labios se estrellaban contra los de ella.

Fue solo entonces cuando se dio cuenta exactamente de en qué se había metido.

No estaba segura de si debía sentir miedo o euforia.

En cualquier caso, esta era una aventura que se alegraba de no haberse perdido, y una cosa era cierta: había elegido al hombre adecuado.

De eso estaba segura.

Capítulo Ocho

Fitz nunca había sido el más racional de los hombres.

Era algo que estaba intentando cambiar.

Eliza, sin embargo, había quebrado toda la resistencia que había estado construyendo dentro de sí mismo con su única petición.

Una petición que no tenía dentro de sí la capacidad de rechazar.

Se había quedado absolutamente atónito cuando ella se le acercó con su proposición, pero pensaba que había manejado bien su respuesta.

Hasta que ella se unió a él en el agua.

Sin nada más que su camisola.

Podía sentir las puntas de sus pezones endurecidos contra su pecho desnudo ahora, su camisola no dejaba nada a la imaginación mientras la besaba con un fervor que nunca antes había conocido.

Tenía que ser porque estaba prohibida, incluso si él había sido quien se la había prohibido a sí mismo.

Sin embargo, no podía considerarlo más. No ahora. Por ahora, su mente se había apagado, su deseo tomando el control para tomar todas las decisiones de su cuerpo. Los labios de Eliza eran suaves y dóciles bajo los suyos, un marcado contraste con el calor que ardía entre ellos, enfriado solo por el agua que lamía sus cinturas. Cada caricia, cada suspiro que escapaba de ella le enviaba escalofríos por la columna, diciéndole que quizás ella tenía razón. Quizás una mala idea podía convertirse en una de las mejores.

Porque en ese momento, nada más importaba excepto Eliza en sus brazos. Fitz profundizó el beso, vertiendo todo su anhelo y pasión en él, saboreando la dulzura de su rendición.

Sus manos recorrían su pecho como si estuviera memorizando cada contorno de su cuerpo con un entusiasmo que igualaba al suyo.

Un impulso primario despertó dentro de Fitz, una necesidad de poseer y proteger a esta mujer que se había atrevido a desafiarlo de maneras que nunca creyó posibles. De dónde había surgido, no estaba seguro, pero debía haber estado ahí, dormido, reprimido por sus mejores intenciones.

Se separaron para respirar, jadeando mientras se miraban el uno al otro, y Fitz extendió la mano y limpió las gotas de agua en la nariz de Eliza que habían goteado de su pelo hasta su rostro.

—Esto es una locura —dijo con voz ronca, incapaz de evitar la necesidad que impregnaba sus palabras.

La risa de Eliza resonó como música en el aire nocturno. —La locura es solo otra palabra para aventura, Fitz —susurró, su aliento cálido contra su piel, sus ojos conteniendo una fiereza que reflejaba la suya propia.

Ella era todo lo que podría desear en una mujer y, sin embargo, la última mujer que necesitaba.

Quizás ella tenía razón, sin embargo. Quizás podrían divertirse sin necesidad de nada más.

Nunca había podido evitar sentirse atraído por ella y se había preguntado si besarla le daría claridad y aliviaría la necesidad de ella que había estado creciendo tan desesperadamente en su pecho.

Pero en cambio, tuvo exactamente el efecto contrario, porque ahora, esa desesperación había crecido casi hasta el punto de no poder contenerla más.

—He estado tratando de evitar la aventura —dijo con dolor—. Pero parece que me ha encontrado de todas formas.

—Entonces, ¿qué piensas? —preguntó ella, mirándolo a través de sus espesas pestañas. Él sabía que ella nunca había sido de las que actuaban con coquetería fingida, y sin embargo, nunca había visto a

una mujer tan seductora. Pero era simplemente ella, en su forma más puramente natural—. ¿Lo harás? ¿Me ayudarás?

Su risa fue más bien un ladrido de asombro, y antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo, bajó las manos.

—Después de ese beso, Eliza, ¿cómo podría negarme?

La alegría que iluminó su rostro valió la pena cuando ella lo rodeó con sus brazos y lo atrajo hacia sí en un abrazo, uno que estaba seguro que pretendía agradecerle pero que tuvo en él un efecto mucho mayor que la gratitud.

—¡Gracias! —dijo ella—. Te lo agradezco mucho. No te arrepentirás.

Esas no eran las palabras que él quería escuchar, porque de alguna manera, casi parecían un presagio de su futuro. Sin embargo, la idea de una joven agradeciéndole por mostrarle el placer? Parecía una propuesta casi demasiado buena.

Fitz sería un tonto si rechazara algo que los favorecería tanto a ambos.

Así que decidió atraerla hacia sí y sellar su acuerdo con un beso.

* * *

Cuando sus labios se encontraron de nuevo, el mundo que les rodeaba pareció desvanecerse, dejando solo a los dos en esta burbuja donde nadie más podía tocarlos. El agua que les rodeaba se ondulaba en reacción a su pasión como si intentara imitar el ritmo de sus latidos.

Si el corazón de Fitz latía tan fuerte como el suyo, entonces Eliza se preguntaba cómo no estaban causando maremotos.

Siempre había sido de las que expresaban sus pensamientos en voz alta, y aunque Fitz no la había rechazado, podía admitir que le había dolido un poco que él la considerara una decisión tan pobre.

Estaba decidida a demostrarle que estaba equivocado, que podía estar con él y disfrutarlo sin entregar su corazón.

Una emoción de anticipación recorrió a Eliza mientras gemía suavemente en el beso, sus manos vagando por la espalda de Fitz,

sus músculos tensándose bajo su tacto.

Él respondió profundizando el beso, sus dedos extendiéndose por la parte baja de su espalda con la presión justa para mantenerla firme contra él, permitiéndole sentir su grosor presionando contra la parte inferior de su estómago.

¿Cómo sería tenerlo dentro de ella? ¿Tener sus cuerpos unidos?

Aquel pensamiento la hizo apretarse aún más contra él.

Lentamente, las manos de Fitz comenzaron a descender, trazando una línea sobre sus caderas, hasta detenerse a un centímetro por encima de donde ella anhelaba sentirlo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella con voz entrecortada, agarrándole los brazos.

Él retiró inmediatamente las manos, que era lo último que ella deseaba que hiciera.

—Lo siento, pensé que tú...

—¡Me preguntaba por qué te habías detenido! —exclamó ella, dándole un golpecito en el hombro, lo que le hizo dar un respingo mientras la miraba sorprendido.

—Oh —dijo él—. Pensé que...

—Lo sé —dijo ella, apiadándose de él—. Por eso te estoy diciendo lo que siento. *No* te detengas.

—¿Esto es lo que realmente quieres? —insistió él—. Iremos despacio, te lo prometo. No quiero asustarte y antes de que vayamos más lejos, debes saber en qué te estás metiendo.

—Soy muy consciente —casi gruñó ella, frustrada por tanta conversación. Necesitaba más acción—. ¿Pueden comenzar ya nuestras lecciones?

Él asintió lentamente, sus mejillas enrojeciéndose ante sus exigencias a pesar del agua fría que los rodeaba.

Ella lo miró fijamente, esperando que pudiera sentir su confianza en él, y él asintió, más para sí mismo que para ella. Levantó las manos de sus caderas, extendiéndolas hacia ella en una invitación, y ella tomó su palma sin vacilar. Él la guio hacia la orilla, su cuerpo completamente desnudo ante ella, su desnudez pareciendo casi un motivo de orgullo más que de humildad.

La orilla era herbosa, con arena oscura que descendía hasta el agua. Fitz había venido preparado, pues se acercó a su montón de ropa y sacó un trozo de lino que estaba debajo, extendiéndolo sobre la hierba suave justo lejos del agua, bajo el saliente de las ramas del árbol que los cubría.

—Túmbate —dijo con voz ronca, recorriendo su cuerpo con la mirada, y Eliza bajó la vista para ver que, aunque no se había adentrado en el agua más allá de la cintura, sus pechos se transparentaban bajo la camisa al haber estado tan apretada contra el pecho mojado de Fitz. En cuanto a sus partes íntimas, bueno, nada quedaba oculto para Fitz ahora.

Eliza se alegró cuando él se tumbó a su lado, porque por muy valiente que fuera, estaba un poco preocupada por el tamaño de él. Cómo se suponía que su virilidad iba a encajar en ella, no lo sabía, pero su libro había mostrado una gran variedad de formas en que podía hacerlo.

Mientras se acostaban lado a lado, con sus cuerpos todavía tocándose, él extendió la mano y trazó círculos en su palma con los dedos, una sensación que la hizo estremecer. Cerró los ojos, saboreando la sensación de su tacto, notando que ciertamente él sabía lo que estaba haciendo para relajarla.

Fitz debió de sentir que ella se estaba entregando a lo que le ofrecía, porque sus dedos viajaron, explorándola más.

—Antes de empezar, es mejor que entiendas lo que estás pidiendo —dijo, tomando su mano y levantándola, haciendo que todo su cuerpo se sobresaltara cuando la colocó sobre su dura longitud.

Sus ojos se abrieron de golpe, dilatándose por la sorpresa.

—¿Lo sientes? —dijo él, con voz baja y seductora.

—Sí —respondió ella, apenas en un susurro.

—Lección número uno. Esto es lo que le pasa a un hombre cuando le haces desearte.

Ella asintió, sintiendo aún más calor ante la idea de que podía provocar tal reacción en él.

—¿Lección número dos? —dijo él—, es cómo puedo hacerte sentir.

Estaba tumbado de lado junto a ella, dejándola expuesta y desnuda para él. Le acarició la cara una vez más antes de recorrer con su mano su cuello, sobre su clavícula, bajando por el esternón hasta que sus dedos acariciaron su estómago, y luego sobre su camisa donde ella estaba abierta y esperándole. Rápidamente abandonó la zona para continuar hacia abajo hasta llegar al dobladillo.

Lo subió poco a poco, su palma áspera contra la suavidad de sus piernas mientras ella lo esperaba.

—¿Cómo se siente eso? —preguntó en tono bajo.

—Bien —dijo ella, sin aliento por la anticipación, hasta que su mano se posó entre sus piernas.

Él la acarició con los dedos, su pulgar rozando su entrada, haciéndola estremecerse y al mismo tiempo abrir más las piernas.

Al principio fue extraño que la tocara tan íntimamente, pero a medida que continuaba, ella se fue amoldando a su contacto, permitiendo que las sensaciones de placer la inundaran.

—Te gusta —afirmó él con satisfacción, y ella abrió un ojo para mirar su sonrisa de suficiencia.

—Sí —dijo ella, manteniendo un tono de fastidio ante el hecho de que estuviera tan complacido consigo mismo.

—Perfecto —dijo él—, porque apenas estamos empezando.

Con cada caricia, su contacto se intensificaba, y entonces sus dedos se deslizaron dentro de ella, haciéndola gritar de placer. Continuó sus exploraciones mientras profundizaba, encontrando un lugar dentro de ella al que no habría podido guiarle aunque lo hubiese intentado.

Eliza gimió suavemente, su cuerpo arqueándose hacia su contacto, sus caderas moviéndose al ritmo de sus caricias. Estaba conmocionada y asombrada por las sensaciones que la atravesaban y, aun así, sentía que su cuerpo buscaba algo más, una liberación que anhelaba desesperadamente.

—Fitz —exclamó cuando él se inclinó y tomó sus labios con los suyos, amando su boca al mismo tiempo que sus dedos empujaban dentro de ella. Cuando sus dientes mordisquearon su labio inferior, fue suficiente para hacerla volar más allá del límite.

Fue algo que Eliza nunca había sentido antes, ni algo que jamás hubiera podido imaginar. Una ola de puro éxtasis recorrió todo su cuerpo, sus gemidos mezclándose con el gruñido de Fitz mientras se daba cuenta, con pensamientos que parecían fuera de su cuerpo, que él parecía disfrutar de esto tanto como ella.

Mantuvo los ojos fuertemente cerrados mientras la intensidad del placer finalmente disminuía, dejándola débil y sin fuerzas, su cuerpo temblando por las réplicas mientras se preguntaba cómo iba a ser capaz de levantarse y alejarse de él.

Podía sentir que Fitz la observaba, pero no estaba segura de cómo volvería a mirarlo después de haberse deshecho completamente frente a él.

—Lo has hecho muy bien —le susurró al oído, con la voz llena de admiración, haciendo que abriera los ojos de golpe.

—¿Siempre es así? —preguntó, a lo que él sonrió.

—¿Conmigo? Sí. No puedo hacer promesas respecto a otros hombres.

Ella resopló hasta que sintió la dureza de él presionando contra ella, y entonces se dio cuenta de que esto era solo el principio. Había más por venir.

Mucho más.

Él le tomó la mano y la levantó, guiándola hasta una posición sentada.

—¿Qué tal ha sido?

—Ha sido... —se detuvo, no queriendo alimentar su ego, pero también quería más de esto, y supuso que la verdad era la mejor manera de empezar—. Increíble.

—Bien —dijo él, con esa sonrisa descarada cruzando su rostro.

—¿Hay una lección tres? —preguntó ella. Aunque no estaba segura de que su cuerpo pudiera soportar más, ciertamente podía dar. Sabía lo suficiente por sus libros para ser consciente de que esto podía ser un evento de dos direcciones.

Cuando se encontró con sus ojos, estaban oscuros y llenos de deseo, pero él negó con la cabeza—. Creo que es suficiente por hoy para ti.

La decepción la invadió.

—¿No hay nada que pueda hacer por ti?

—No se trata de eso —dijo él con el ceño fruncido.

—Son lecciones, Fitz —dijo, mirándolo desde debajo de sus pestañas—. Quería experimentar placer, pero también me gustaría darlo.

Lo miró con lo que esperaba fuera una sonrisa convincente—. ¿Por favor?

Él suspiró, poniendo los ojos en blanco hacia el cielo.

—¿Nunca aceptas un no por respuesta? —dijo, pero no había malicia en su tono. De hecho, parecía bastante entusiasmado.

—No realmente —dijo ella, sonriendo.

—Muy bien —dijo con lo que ella sabía que se suponía era un suspiro de resignación, pero claramente no estaba demasiado molesto por la idea.

—Lección número tres, entonces.

Capítulo Nueve

Esta mujer iba a ser su perdición o le llevaría a experimentar un placer superior a cualquiera que hubiera conocido antes.

Aunque a estas alturas, estaba dispuesto a sacrificarse.

—¿Debería ponerte la boca? —preguntó ella con entusiasmo, y él tuvo que hacer todo lo posible para contener un gemido.

—Aunque me encantaría eso más de lo que puedo expresar con palabras —dijo mientras le perlaba la frente de sudor—, empecemos con algo un poco más sencillo. —Extendió la mano hacia ella—. Dame tu mano.

Ella hizo lo que le pidió, y su completa confianza casi lo quebró cuando él la colocó sobre su miembro y luego se tumbó ante ella como ella había hecho con él. Lo acarició suavemente, poniendo todos sus nervios a flor de piel.

—¿Qué hago?

Al darse cuenta de que apenas podría articular palabras, puso su mano sobre la de ella, apretándola con la presión adecuada antes de moverla arriba y abajo, desde la base hasta la punta.

—Sí —gimió mientras ella continuaba, y muy pronto ella captó el ritmo y él pudo retirar su mano, permitiéndole continuar por su cuenta. Lo que le faltaba en experiencia lo compensaba con su esfuerzo, y Fitz se preguntó si alguna vez habría existido una mujer más dispuesta.

Fitz quería disfrutar de esto y esperaba que durara.

Pero parecía que su entusiasmo era demasiado para él.

Fitz contuvo un gemido mientras su cuerpo se tensaba, la familiar sensación acumulándose en su interior. Bajó la mirada hacia la mano de Eliza, que seguía moviéndose arriba y abajo sobre su miembro mientras él se acercaba al límite.

Sus ojos se cerraron brevemente mientras intentaba desesperadamente prolongar el placer, pero aún podía imaginar la curva de sus labios, sus mejillas sonrojadas y la forma en que sus músculos ondulaban bajo su piel mientras movía la mano. Se entregó a todas las sensaciones, perdido en ella, tan absorto en su presencia que apenas notó el paso del tiempo.

Un suave gemido escapó de sus labios, y agarró con fuerza la sábana bajo él. Su cuerpo se llenó de calor, y el aroma de ella lo envolvió, una embriagadora mezcla de su perfume y su transpiración. Podía sentir el inevitable clímax acercándose con cada caricia de su mano, y sabía que tenía que detenerla antes de sorprenderla.

—Eliza —murmuró, abriendo los ojos de golpe y encontrándose con los de ella. Ella observaba sus movimientos con una pequeña sonrisa de satisfacción en el rostro—. Para ahora.

—¿Parar? —dijo, echándose hacia atrás, con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué?

—Porque voy a... voy a terminar, y no quiero...

—Pues termina —dijo ella, desafiándolo.

—Pero...

Era demasiado tarde, sin embargo. Ya no había tiempo para advertirle que se alejara y muy pronto estaba terminando. Esperaba que ella se apartara, que se sintiera asqueada o, al menos, sorprendida, pero no Eliza. No, ella simplemente continuó, bombeándolo hasta que terminó y no pudo hacer nada más que recostar la cabeza sobre la sábana detrás de él.

—Lo siento —murmuró, con los ojos aún cerrados, sin querer mirarla.

—¿Por qué? —dijo ella, moviéndose a su alrededor, y cuando finalmente tuvo la fuerza para apoyarse en los codos, fue para verla limpiarse las manos en el lago, secárselas en la sábana y luego

comenzar a vestirse de nuevo, como si esto fuera algo que hiciera todos los días.

—Por ensuciarte.

—Es fácil de limpiar —dijo alegremente—. Además, yo lo pedí. —Se detuvo y se dio la vuelta para mirarlo por encima del hombro—. ¿Podrías, por favor, abrocharme el vestido?

Él se pasó una mano por la cara y se puso de pie. —Por supuesto.

Le abrochó la parte trasera del vestido, con los dedos extrañamente temblorosos mientras abrochaba los botones antes de limpiarse a sí mismo y comenzar a vestirse.

—¿Has terminado de nadar? —preguntó ella, y él asintió, ya que su razón para nadar en el lago frío estaba ahora de pie frente a él.

—Probablemente deberíamos volver a la casa por separado —dijo él—. Ve tú primero.

—Muy bien. —Se colocó algunas horquillas más en el pelo—. Gracias, Fitz. No puedo esperar para volver a hacer esto. Bueno, esto... y más.

Con una última sonrisa pícara, se alejó entre los árboles hacia la casa, dejando a Fitz de pie, atónito, preguntándose en qué lío se había metido.

Era o la mejor decisión que había tomado... o la peor.

* * *

Eliza había sido una tonta.

Había leído un libro —*uno solo*— sobre las intimidades que podían ocurrir entre hombres y mujeres y de repente pensaba que era una especie de experta.

Un encuentro con Fitz había bastado para demostrar que no sabía nada en absoluto.

Hasta ahora.

Después de haber disfrutado de su placer, completamente desnudos en medio del bosque, ella corrió de vuelta a la casa como si la estuvieran persiguiendo.

Pues había temido que si se hubiera quedado, habría sido incapaz de evitar pedirle más.

Una cosa era experimentar.

Otra muy distinta era convertirse en una completa libertina.

Durante el resto del día, no había podido pensar en otra cosa que no fuera Fitz, lo que le había hecho y cómo la había hecho sentir. Ahora, no deseaba nada más que volver a hacerlo.

Deseaba no haberse marchado como lo hizo, sino haber hablado con él sobre cuándo volverían a encontrarse. Ahora, no tenía ni idea de qué se suponía que debía hacer. ¿Debía proponérselo ella de nuevo? Si esperaba a que él preguntara primero, ¿esperaría eternamente? Solo podía imaginar todas las amantes experimentadas que habría tenido en el pasado. Probablemente se estaría riendo para sus adentros de lo inexperta e ineficaz que era ella.

Eliza sacudió la cabeza bruscamente. No era propio de ella cuestionarse a sí misma. Maldita sea, pero lo había hecho bien. Él había terminado, ¿no?

Si hubiera sido con cualquier otro, sabía que no habría problema, que estaría tan segura de sí misma como siempre lo estaba.

Pero este era Fitz. El hombre que la ignoraba, que ella estaba segura de que aún la veía como una niña, cuyos ojos pasaban sobre ella cada vez que se encontraba con ella en el salón de baile, a menos que se viera obligado a bailar con ella porque su hermano había hecho algún trato.

Se dejó caer en su cama, esperando a que su doncella viniera a atenderla para la cena.

Una cena en la que probablemente tendría que sentarse en la misma mesa que Fitz y fingir que nada había ocurrido entre ellos.

Deseaba desesperadamente tener a alguien a quien pudiera pedir consejo. Si tan solo Siena estuviera aquí. Pero no, Siena estaba felizmente casada, a horas de distancia, y completamente ajena a todas las dinámicas entre Fitz y Eliza.

Cielos, deseaba haberle contado a Siena la historia entre ellos dos. O la *falta* de historia, para ser exactos. Que había tenido tanta

inclinación por él. Que ella era la única dama a la que Lord Fitzroy no veía como una mujer.

Hasta que prácticamente le había obligado a hacerlo.

Se sentó de golpe en la cama.

Puede que no pudiera sentarse y tener la conversación con Siena que tanto anhelaba, pero aún podía contarle todo sobre su difícil situación.

Decidiendo que la cena y su doncella podían esperar un rato, saltó de la cama, buscando la biblioteca, donde seguramente habría papel y pluma. Appleton presumía de una biblioteca más pequeña, pero por lo que recordaba, era tranquila, cómoda y contenía un pequeño escritorio que daba a las ventanas corredizas con vistas al hermoso jardín floreciente y al huerto que se encontraba a lo lejos.

Eliza sacó la ornamentada y elegante silla, riéndose para sí misma ante la idea de Fitz sentado en ella, antes de encontrar el papel. Mojó su pluma en la tinta y comenzó a escribir, desahogando su corazón en la página, contándole a Siena todo lo que debería haber compartido con ella antes.

Tuvo cuidado al describir su acuerdo con Fitz. Aunque Siena nunca traicionaría sus secretos, siempre existía la posibilidad de que una carta cayera en las manos equivocadas.

Un encaprichamiento era una cosa. Un affair escandaloso era otra.

Pero tendría que arriesgarse. Volvió a colocar la pluma y dobló su carta, encontrando un sello y cera en el cajón del escritorio. Una vez que estuvo segura de que su carta privada estaba sellada, escribió cuidadosamente la nueva dirección de Siena en el exterior antes de buscar a uno de los sirvientes para pedir que la enviaran inmediatamente.

Tal vez Siena pudiera responder a tiempo con respuestas.

Solo podía esperarlo, porque en este momento Eliza, la mujer que afirmaba saberlo todo, estaba completa y absolutamente perdida.

* * *

Fitz había evitado la cena de la noche anterior.

No a propósito —en verdad, tenía asuntos que atender—, pero no creía que fuera capaz de mirar a Eliza toda la noche, sabiendo lo que se escondía bajo su vestido.

Pechos plenos y exuberantes.

Caderas que podía agarrar y usar para su ventaja.

Piel suave, salpicada de diminutas pecas oscuras.

Le odiara o no, su cuerpo ciertamente le había acogido, y se preguntaba cuándo sería demasiado pronto para pedirle que se reuniera con él para su próxima lección.

Se excitaba solo de pensar en lo que sería esa lección.

Esa tarde, al día siguiente de su encuentro, estaba de vuelta en su despacho, atendiendo varios asuntos de la finca. Arrojó una carta en el montón para ser enviado y luego vio que las cartas de su madre estaban sobre su escritorio, esperando a ser franqueadas.

Decidiendo que merecía un descanso, extendió la mano y comenzó a poner sus iniciales en ellas, hasta que se dio cuenta de que la carta que sostenía no era en absoluto la letra de su madre. Era mucho más firme, con trazos amplios y ondulados, nada parecido a la delicada caligrafía de su madre.

Sostuvo la carta en su mano, viendo el sello así como el nombre de la esposa de Dunmore en el exterior. Era de Eliza.

Pasó la carta de una mano a otra.

No debería. Esta era una carta privada de Eliza, escrita únicamente para su amiga.

Y sin embargo... se preguntaba, ¿qué tendría que decir que fuera tan importante como para tener que escribir a su amiga inmediatamente? ¿Se atrevería a poner algo sobre su acuerdo por escrito?

Una cosa era tener un escarceo con una viuda o una dama que no fuera de alta cuna. Era completamente distinto hacerlo con una joven dama de la que algún día se esperaría que entrara en su matrimonio completamente inocente. Si ella se lo contaba a alguien...

Eso lo decidió. Mejor abrirla y descubrir exactamente qué había dicho. Siempre podría volver a sellarla.

Abrió la carta, descubriendo que era una página escrita por Eliza a Siena, quien ahora estaba casada con el Duque de Dunmore, su mejor amigo en el mundo.

Y vaya, qué carta tan intrigante parecía ser.

Se recostó en su silla, cruzó una pierna sobre la otra mientras las apoyaba en el escritorio, y comenzó a leer.

Mi queridísima Siena,

Lamento mucho molestaros a ti y al duque. Tenías razón al intuir que había algo más entre Lord Fitzroy y yo, y solo desearía haberme confiado a ti antes de marcharme. Habías enfrentado tantas dificultades que no quería añadir más preocupaciones a tu lista.

Pero déjame primero contarte por qué importa todo esto.

Procedió a explicar cómo había llegado a la finca de Fitz, así como el hecho de que la mayoría de sus hermanas habían dejado su casa de campo para visitar a amigos.

Como sabes, conozco a Lord Fitzroy desde hace tiempo, siendo amiga de sus hermanas. Cuando era niña, me gustaba muchísimo.

Interesante*.*

No, por supuesto, que esperara jamás que él se fijara en mí. Era bastantes años mayor que yo, y normalmente estaba fuera en la escuela. Cuando nos encontrábamos, estoy segura de que me veía como una niña pequeña.

Eso era cierto.

Luego llegué a la mayoría de edad. Sabía que él estaría en mi primera fiesta, y aunque nunca esperé que surgiera nada, ni conservaba ya mi infantil inclinación por él, aun así esperaba que me notara.

Ni siquiera miró en mi dirección.

En eso, estaba equivocada.

En lugar de eso, pasó el resto de la noche encantando a todas las demás debutantes, bailó con cada una de ellas, y probablemente se fue a casa con una de las viudas que lo había estado observando toda la noche.

Equivocada otra vez, al menos en la parte de la viuda.

Cuando la noche llegaba a su fin, vino a recoger a sus hermanas, con quienes yo estaba. Tú estabas siendo encantada por algún joven lord demasiado ansioso, probablemente rechazándolo educadamente. Cuando Lord Fitzroy finalmente me miró, fue solo para decir buenas noches, y, Siena, lamento decir que permití que mi espíritu franco tomara el control y fui bastante grosera con él.

Fitz sonrió ampliamente cuando leyó eso. Había sido grosera. Nunca olvidaría cómo le había hablado: —Vos, Lord Fitzroy, podéis coger vuestra buena noche y ponerla donde...— Se había detenido antes de terminar, pero ciertamente le había dejado una impresión, incluso mientras se preguntaba todos estos años después qué había hecho para merecer su burla. Ahora lo sabía.

Lo vi una y otra vez después, pero siempre era lo mismo. Se esforzaba por evitarme, y me di cuenta de que a pesar de que otros pretendientes mostraban interés en mí, debía haber algo malo conmigo. El hombre ama todo lo que se mueve y tiene pechos... ¿qué había en mí que lo alejaba?

Si ella supiera.

Esto causó una gran ira en mí, y debo decir que nunca he sido demasiado agradable con Lord Fitzroy. Por eso estaba molesta con él cuando apareció en Greystone al mismo tiempo que yo. No tenía más remedio que ser educada, como lo fue él cuando se vio obligado a estar cerca de mí.

Estoy segura de que habríamos vivido el resto de nuestros días cruzándonos educadamente de no haber llegado yo aquí a Appleton.

Estaba aburrida, Siena. Es mi única excusa. Entre mi aburrimiento y mi objetivo de obtener experiencias sobre las que solo había leído antes, le pregunté si me ayudaría.

Me temo que no le di muchas opciones en el asunto.

Fitz se rio a carcajadas ante eso.

Accedió a asociarse conmigo para aprender sobre los diversos asuntos que te he contado que surgieron en el libro de Baxter que encontré.

La pequeña descarada, robando el libro de su hermano. Su risa continuó.

Cuando terminamos nuestra primera sesión, me fui. Me marché sin más. Ahora, no tengo ni idea de si está realmente interesado o solo me sigue la corriente. ¿Habré cometido un error? Oh, Siena, ojalá estuvieras aquí para decirme qué hacer.

Espero que estés disfrutando de tu tiempo con tu marido.

¡Te quiero siempre!

Eliza

Fitz dejó la carta frente a él, juntando las yemas de los dedos bajo su barbilla. Así que ella tenía la impresión de que él pensaba que había algo malo en ella, ¿no es así?

Bien, ahora que disponía de esta información, tendría que demostrarle que muchas de sus suposiciones eran erróneas.

Excepto una: que había tomado la decisión correcta al proponérselo.

Capítulo Diez

—Debo tener esta reunión, madre. Si no es lo bastante seguro que yo vaya a Londres, entonces estos hombres vendrán aquí a verme. No estarán mucho tiempo, y luego seguirán su camino.

—No me importa recibirlos, Fitz, pero ¿no resultará extraño, sin mujeres para equilibrar los números?

—Quizás, pero es solo por una noche. Me reuniré con estos caballeros, firmaré algunos documentos, ofreceré la cena, y al día siguiente se habrán marchado. Sencillo.

Eliza se asomó por la esquina. No debería estar escuchando la conversación de Fitz con su madre, pero pasaba por el despacho cuando oyó sus voces dentro. Cuando escuchó la palabra "recibir", se interesó y se detuvo fuera de la puerta, justo fuera de su vista.

—Ojalá estuvieran aquí tus hermanas —suspiró Lady Fitzroy.

—No, no lo deseas —replicó Fitz—. No hay necesidad de que estén en la casa con hombres solteros. La única socialización será durante la hora de la cena. El resto será puramente asunto parlamentario.

—Muy bien —dijo su madre—. Supongo que será emocionante para el personal. —Y para Lady Fitzroy, imaginó Eliza, aunque no lo admitiera—. ¿Cuándo llegarán?

—A mediodía.

—¿Qué día?

—Hoy.

—¡Hoy! Fitz, ¿desde cuándo lo sabes?

—Desde que salimos de Londres. Pero no quería que te preocuparas, así que nunca dije nada.

—Pero la cocinera...

—Ya le avisé, y al mayordomo —dijo Fitz—. No hay nada de qué preocuparse.

—Oh, cielos. —Eliza casi podía oír a Lady Fitzroy retorciéndose las manos—. Tendré que ir a decírselo a Lady Willoughby.

—A Lady Willoughby le encanta la compañía. No creo que sea un problema. Además, es tu casa. Puedes hacer lo que quieras, sin importar lo que piense Lady Willoughby.

—Sí, pero...

—Gracias, madre —dijo con firmeza—. Te prometo que apenas notaréis que están aquí.

—Está bien —dijo ella, comenzando a salir de la habitación, y Eliza se escabulló, agradecida por la alfombra que cubría el suelo y sus zapatillas de cabritilla, que le impedían hacer ruido.

Sin embargo, cuando se dio la vuelta, fingiendo que acababa de entrar en el vestíbulo, no pasó por alto la expresión de Fitz mientras la observaba, con una ceja levantada como si supiera exactamente lo que estaba haciendo.

Ella levantó la barbilla, diciéndose a sí misma que debía mantenerse firme mientras pasaba junto a él por el pasillo.

—Buenos días, Lord Fitzroy —dijo, esperando sonar normal—. Lady Fitzroy.

—Buenos días, Lady Eliza —dijo su madre, acompañándola hacia el salón, donde Eliza sabía que su madre esperaba—. Espero que esté disfrutando de su estancia.

Eliza continuó charlando, pero no pudo evitar mirar atrás hacia Fitz. Sus ojos parecían estar perforando un agujero en su espalda, y un temblor de anticipación la recorrió.

Atrevida o no, iba a tener que acercarse a él de nuevo.

A menos que... una idea comenzó a formarse en su mente. Una que hizo que sus labios se curvaran de alegría.

Fitz solo había accedido a esto con ella cuando ella había sugerido que encontraría a otro para asumir el papel en su lugar.

Quizás podría aprovechar esta visita política a su favor.

* * *

Resultó que Eliza no tenía dentro de sí la capacidad para urdir juegos.

Se había vestido aquella noche con uno de sus vestidos favoritos: un rosa intenso, uno que su madre había sugerido que debería haber encargado en un tono más claro, pero Eliza había insistido en que prefería con mucho el tono más joya.

Unas flores estaban suavemente incrustadas a lo largo del dobladillo del vestido, con cintas rosa pálido entrelazando el corpiño y las mangas.

Esperaba que los amigos de Fitz se fijaran en ella, lo que le facilitaría coquetear con ellos, pero en el fondo, sabía la verdad: que el único que le importaba que se fijara en ella era Fitz.

Betsy y Daphne, las hermanas menores de Fitz, permanecieron arriba con la institutriz cuando llegaron los caballeros, dejando a Lady Fitzroy, Lady Willoughby y Eliza para recibir a los visitantes junto con Fitz.

Los dos caballeros llegaron a caballo, formando una pareja muy gallarda mientras cabalgaban por la entrada de Appleton. Eliza se giró para susurrarle a una de sus amigas lo que pensaba de ellos, pero se dio cuenta rápidamente de que estaba sola. Extraño, para ella. Suspiró, captando la atención de Fitz, que se volvió para mirarla fijamente.

—¿Ocurre algo? —preguntó, con esa ceja torcida que tenía más expresión que la que la mayoría de los hombres mostraban en toda su cara.

—En absoluto —contestó, forzando sus labios en la sonrisa más recatada que pudo esbozar. Él continuó mirándola con sospecha, pero ella simplemente se encogió de hombros mientras consideraba que este era el comienzo de su plan.

—¡Fitz! —exclamó uno de los caballeros mientras se acercaban—. Nos has complicado bastante unas simples firmas.

—Podríais haber enviado a un empleado o secretario —respondió, con una amplia sonrisa partiendo su rostro, recordándole a Eliza quién era él y cuánto significaba para tantas personas que también tenían exigencias sobre su tiempo.

—Ah, te hemos echado de menos, Fitz —dijo el otro hombre alto, rubio y barbudo—. También parece que somos los afortunados, ya que nos has recibido con unas damas tan hermosas.

Aquello provocó un sonrojo en Lady Fitzroy y Lady Willoughby, quienes rieron y le hicieron un gesto para quitarle importancia, mientras Eliza tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco. Otro seductor. Sin embargo, estaba complacida, pues esto podría funcionar a su favor.

Tras entregar las riendas de sus caballos, los dos caballeros subieron las escaleras. Eliza reconoció al primero, un hombre de pelo oscuro con un peinado severo, largas patillas y rasgos angulosos.

—Lord Whitby —dijo con una reverencia cuando llegó su turno para saludarle—. Me alegro de verle.

—Y yo a usted, Lady Eliza —respondió él—. ¿Cómo está su hermano?

—Está... tan prolífico como siempre —dijo con una sonrisa, lo que provocó un resoplido de Fitz a su lado, aunque lo disimuló con una tos.

—Ya veo —dijo Lord Whitby educadamente, aunque no parecía comprender por qué el otro hombre lucía una sonrisa socarrona.

—Creo que no hemos tenido el placer —dijo el segundo hombre a quien Fitz presentó como Lord Brighton—. Estoy *muy* complacido de conocerla, Lady Eliza.

Tomó su mano, inclinándose sobre ella antes de depositar un suave beso en su guante. Los ojos de Eliza se ensancharon mientras Fitz prácticamente se erizaba a su lado. Ella sonrió ampliamente. Ni siquiera tenía que jugar.

A decir verdad, aunque estos caballeros deberían ser candidatos tan ideales como cualquier otro, ya fuera para el cortejo, para captar atención o incluso para su gran experimento, no había necesidad de que ella diseñara un plan.

Eran apuestos, encantadores y muy respetados.

Pero no parecían captar su atención como lo hacía Fitz.

Lo cual era tan desconcertante como cualquier otra cosa.

Quizás sus intenciones para esta noche habían sido mal concebidas. Quizás, en lugar de intentar que Fitz la notara como mujer, debería ver si podía convencerse a sí misma de otorgar su atención a otro. Un hombre que no fuera Fitz. Alguien con quien no estuviera en riesgo de perder su corazón.

—¿Entramos? —preguntó Fitz, con irritación impregnando su voz habitualmente jovial. Cuando todos estuvieron de acuerdo, Lord Brighton ofreció su brazo a Eliza, que ella tomó rápidamente, dejando a Fitz para que escoltara a su madre y a Lord Whitby con Lady Willoughby.

—Fitz, antes de entrar, tengo noticias que compartir —dijo Lord Brighton, con inquietud en su rostro.

—Suéltalo ya, Brighton.

—Lord Mandrake también viene hacia aquí.

—¿Qué? —exclamó Fitz tan fuerte que su madre dio un respingo.

—No se pudo evitar —dijo Brighton, encogiéndose de hombros y extendiendo las manos en gesto de súplica mientras Fitz miraba a Lord Whitby en busca de evidente ayuda—. Está en este comité y no confiaba en que lo hiciéramos sin él.

—Maldi... —comenzó Fitz, pero luego miró hacia las mujeres que le observaban antes de suspirar y pasarse la mano por el pelo—. ¿Por qué no os ha acompañado?

—Dijo que tenía asuntos que atender primero y que vendría desde otra de sus propiedades. —Lord Brighton escudriñó la distancia—. Creo que ya está llegando.

—Fitz —advirtió su madre—. Le recibiremos como a cualquier otro invitado.

—De acuerdo —dijo Fitz, frotándose un punto en medio de su frente—. Pero mantened a las chicas arriba. Gracias a Dios que Dot no está aquí.

Eliza tenía que preguntarle a Fitz por qué odiaba tanto a ese hombre. Lord Mandrake no era el más agradable, ciertamente, pero tampoco era el peor que ella había conocido.

Mandrake bajó por el camino hacia ellos, mientras Fitz esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Mandrake —pronunció.

—Ah, la cálida bienvenida que esperaba —dijo Mandrake con desdén.

—Bueno, cuando un hombre se presenta sin invitación...

—Creo que os dejaremos con vuestros asuntos —interrumpió su madre, probablemente para evitar que las animosidades se desbordaran.

—Muy bien. Celebraremos nuestras reuniones durante unas horas antes de reunirnos para la cena —dijo Fitz—. Las veremos entonces, señoras.

Se despidieron antes de que Eliza siguiera a su madre y a Lady Fitzroy al salón. Apenas había tomado asiento cuando notó que ambas mujeres se inclinaban hacia delante desde el sofá, mirándola fijamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó, llevando instantáneamente una mano a sus mejillas—. ¿Tengo crema en la cara? —Había robado un profiterol de una bandeja antes y esperaba que nadie se hubiera dado cuenta.

—Eliza, creo que Lord Brighton se ha prendado bastante de ti —dijo su madre, con el pecho hinchado de orgullo.

Eliza hizo un gesto desdeñoso con la mano. —Lo dudo —dijo—. Simplemente estaba siendo encantador.

—En las ocasiones en que he estado en su compañía, nunca le he visto tan interesado en ninguna joven antes, incluyendo a mis hijas —dijo Lady Fitzroy.

—Y yo preocupada por dejar Londres en un momento en que deberías estar buscando marido —dijo su madre—. ¡Poco sabía yo que todo lo que teníamos que hacer era venir a Essex con Lord Fitzroy!

La risa de Eliza fue forzada mientras se preguntaba qué diría su madre si supiera la verdad sobre lo que había ocurrido entre ella y Lord Fitzroy, y lo que esperaba que volviera a ocurrir pronto.

La tarde avanzada se convirtió en noche, pasando el tiempo más lentamente de lo que a Eliza le hubiera gustado, pero al poco rato

aparecieron los hombres, con el cansancio reflejado en sus ojos mientras conducían a las damas a cenar. Eliza volvía a ir acompañada de Lord Brighton. Lord Mandrake les seguía sin acompañante, aunque no parecía importarle.

No pasó por alto la mirada de Fitz sobre ella y, a decir verdad, apenas podía apartar la suya de él. Lord Brighton charlaba en su oído, y ella sonreía y asentía como si estuviera escuchando cada palabra que salía de su boca, pero la verdad era que le resultaba difícil concentrarse cuando Fitz caminaba delante de ella.

Lo único en lo que podía concentrarse era en cómo sus musculosos muslos llenaban sus calzones, cómo los pantalones se ajustaban a sus nalgas, lo anchos que eran sus hombros en relación con el resto de su cuerpo, y cómo sus fuertes dedos le recordaban la magia que podían obrar.

Estaba tan absorta que casi choca contra la espalda de su madre cuando ella y Fitz se detuvieron bruscamente delante.

—Veamos —dijo Lady Fitzroy, con un brillo en los ojos—. Lady Eliza, ¿por qué no te sientas aquí junto a Lord Brighton? —señaló al extremo opuesto de la mesa donde Fitz había tomado asiento.

—Pueden sentarse aquí —dijo Fitz, señalando a su lado para que Eliza quedara a su izquierda.

—Muy bien —dijo Lady Fitzroy con una mirada de interés a su hijo—. Entonces cambiaremos.

Lord Brighton *era* bastante entretenido. Conocía a Fitz desde hacía bastante tiempo, y le gustaba contar historias sobre sus hazañas juntos, aunque Eliza estaba segura de que estas eran solo historias inofensivas debido a la presencia de damas. Lord Mandrake se sentó junto a Lord Whitby, silencioso y hosco, comprendiendo evidentemente que no era del todo bienvenido allí. Lord Whitby no tenía las historias de Lord Brighton, y cuando tenía la oportunidad de hablar, divagaba interminablemente hasta que Eliza casi se dormía.

Debían de haber abierto el mueble bar porque, por lo que Eliza podía apreciar, la lengua de Lord Brighton estaba mucho más suelta de lo que debería en su compañía. No es que le importara, pues

disfrutaba bastante de las historias, con la atención completamente captada.

Lo único que la distraía era la presión de la pierna de Fitz contra la suya. No tenía idea de si lo estaba haciendo a propósito o si pensaba que ella era parte de la mesa, pero tenía que admitir que le gustaba un poco.

Lord Brighton tomó otro sorbo del oporto que parecía rellenarse mágicamente gracias a la diligencia del lacayo que estaba detrás de él.

—Luego, hubo una vez en la escuela cuando Fitz y yo apostamos a ver quién de nosotros podía poner una prenda particular ondeando en el asta de la bandera. Estaba seguro de que podía ganar esta, pero Fitz se esforzó al máximo para convertirse en el vencedor. Él...

—Creo que es suficiente —dijo Fitz con firmeza, dejando su bebida sobre la mesa frente a él.

—Oh, pero justo estábamos llegando a la mejor parte —dijo Lord Brighton antes de que Lord Whitby interviniera—, probablemente sea mejor no contar esa historia en compañía de las damas.

—Ah —dijo Lord Brighton, reclinándose en su asiento como si hubiera olvidado con quién estaba sentado. Eliza supuso que podía perdonarse ya que las tres mujeres presentes no eran exactamente las damas más decorosas que jamás hubieran hecho su conocimiento.

—No me importa —dijo Eliza, sabiendo que probablemente se estaba excediendo, pero tenía una necesidad indescriptible de saber más sobre los extremos a los que Fitz había llegado. Tenía la sensación de que involucraba a una mujer. Por qué quería más información sobre Fitz con otra mujer, no tenía idea, pero era como una necesidad perversa de saber más.

—Debería importarte —dijo Fitz, pero no fue eso lo que hizo que dejara de hablar. Fue su mano, que había llegado por debajo de la mesa y agarrado su muslo.

Lo había agarrado lo suficientemente alto como para hacerla tragar saliva con sorpresa.

—Lord Whitby, ¿por qué no nos cuenta sobre sus tierras? —dijo Lady Fitzroy—. Tengo entendido que recibió una herencia inesperada

recientemente.

—Sí, así es —dijo Lord Whitby mientras comenzaba a divagar, solo que Eliza no habría podido repetir nada de lo que hablaba.

Estaba demasiado concentrada en la mano de Fitz.

Y en la forma en que se movía por su pierna.

Capítulo Once

Fitz estaba jugando con fuego.

Pero entonces, también lo estaba Eliza. Verla sentada junto a Brighton, con una sonrisa en su rostro mientras escuchaba sus historias, le estaba acercando más al límite de lo que le gustaba.

Qué límite era ese, no estaba seguro, pero se sentía a punto de explotar entre su ira y su necesidad de tener a Eliza debajo de él otra vez.

Era como si cada uno de sus movimientos, cada una de sus palabras, cada maldita respiración le llamara, haciéndole desearla más intensamente de lo que jamás había deseado a otra persona antes.

En algún lugar en el fondo de su mente donde residía el pensamiento racional, sabía que parte de la razón por la que ella disfrutaba tanto de las historias de Brighton era porque eran sobre él, pero aun así tenía esta intensa y repentina necesidad de poseer todas sus sonrisas, de protegerlas con otra.

Así que decidió que era hora de divertirse un poco.

Tomó posesión de su muslo, deslizando sus dedos hacia arriba, disfrutando al observar su cara mientras ella intentaba ocultar su reacción ante él.

Primero abrió mucho los ojos, lo que pronto fue seguido por un trago que provocó un movimiento en la larga columna de su garganta, y luego la sonrisa forzada para ocultar lo que realmente sentía.

Pero ni una sola vez bajó la mano para cubrir la suya, ni le dio ninguna señal de que quisiera que se detuviera. Lo cual le hizo desearla aún más. Pasó sus dedos sobre la sedosa tela de su vestido. Debería saber qué material era, teniendo siete hermanas, pero a decir verdad, no le importaba demasiado si era seda, satén o muselina. No suponía diferencia alguna para él.

Lo que más le importaba era que envolvía su cuerpo, abrazando sus curvas, ocultándole esa hermosa piel.

Era suave, de eso estaba seguro, y recibía con agrado sus dedos mientras se deslizaban sobre ella hasta llegar al pliegue donde comenzaba su pierna. Pasó ligeramente los dedos sobre su centro antes de alejarse de nuevo, inundado de satisfacción cuando ella prácticamente dio un respingo.

—¿Se encuentra bien, Lady Eliza? —dijo Lord Whitby, interrumpiendo su relato sobre sus tierras para mirarla de cerca.

—Perfectamente —dijo ella, con voz prácticamente aguda, y Fitz tuvo que ocultar su sonrisa tras su otra mano mientras el hombre continuaba.

Deseaba poder encontrar una forma de atravesar esta tela para tocarla realmente, pero no había manera de hacerlo, no aquí, no ahora.

Solo había una cosa que hacer al respecto: conseguir que todos se fueran a la cama y esperar poder encontrar el camino hasta su dormitorio sin que nadie lo notara.

La cuestión era si alguno de los dos aguantaría hasta ese momento. Ella se estaba mordiendo el labio ahora, un ligero brillo de sudor reluciendo en su frente.

Fitz comenzó a frotar más rápido, los músculos de su mano tensándose mientras mantenía su brazo tan quieto como era posible para que sus acciones no fueran obvias.

—Eliza, digo, te ves bastante pálida —dijo su madre, y cuando Eliza asintió, Fitz tuvo que morderse el interior de la mejilla para no sonreír, aunque decidió que sería mejor apiadarse de ella y se detuvo, permitiéndole finalmente un respiro. Pensó que ella se sentiría aliviada, pero su ceño solo se frunció más.

Tenía una idea bastante buena de por qué.

—Tienes razón, madre. Creo que simplemente estoy cansada. No me gustaría arruinar la noche, pero creo que debería ir a acostarme —dijo, abanicándose la cara con una mano.

A Fitz le gustó cómo sonaba eso.

—Debería ir contigo —dijo su madre, echando hacia atrás su silla.

—¡No! —exclamó Eliza antes de suavizar su voz—. Es decir, estoy bien. Gracias, madre.

—Muy bien —dijo su madre—. Sin embargo, si me necesitas, por favor envía a alguien a buscarme.

—Por supuesto —dijo Eliza, comenzando a empujar su silla. Brighton intentó ponerse de pie, pero la copiosa cantidad de oporto que había consumido ralentizó sus movimientos, y Fitz se sintió orgulloso de sí mismo por levantarse lo suficientemente rápido como para adelantarse a Brighton para ayudarla.

—Permítame —dijo, retirando su silla, deslizando discretamente sus dedos sobre la piel desnuda de su cuello, notando cómo se estremecía.

—Buenas noches a todos —dijo ella, asintiendo hacia ellos mientras salía de la habitación.

Fitz esperó solo un momento antes de tocarse la barbilla y decir:

—Sabéis, tengo una botella de vino que he estado queriendo probar desde hace tiempo y esta parece la ocasión perfecta.

El lacayo asintió y se dispuso a marcharse, pero Fitz levantó una mano.

—La tengo guardada en un lugar especial. Iré yo mismo a buscar la botella exacta. Disculpadme un momento —dijo, antes de salir de la habitación tan rápido como pudo, complacido de encontrar que Eliza no había ido muy lejos. Ella se dio la vuelta cuando él cerró la puerta del comedor.

—Fitz —siseó ella mientras él se acercaba—. Tú...

—Ven conmigo —murmuró él, y ella parpadeó mirándole, sus grandes ojos azules tan abiertos que casi se perdió en sus profundidades.

—¿Adónde?

—¿Confías en mí?

—No.

Rio suavemente. —¿Vienes conmigo de todos modos?

—Está bien —dijo ella con cautela, y él le tomó la mano, guiándola a través de la habitación hasta el otro lado para que nadie pudiera verlos desde el salón.

La condujo por el comedor de desayunos, hacia la cocina y bajando una escalera que ella estaba segura era para el servicio. Antes de doblar la esquina en la parte inferior, la detuvo, colocando un dedo contra sus labios mientras echaba un vistazo alrededor de la esquina para descubrir que solo la cocinera estaba presente, de espaldas a ellos. Fitz inclinó la cabeza y Eliza le siguió, comprendiendo la necesidad de silencio.

Afortunadamente, la puerta que le interesaba estaba sin llave, probablemente debido a su uso durante la hora de la cena, y al poco tiempo entraron en la fresca y oscura habitación llena de barricas de vino de suelo a techo.

Él agradeció la frescura de la bodega, pues se había acalorado bastante arriba. Se volvió hacia Eliza, apenas pudiendo verla en la tenue luz, y sin embargo sus rasgos parecían haberse grabado en su mente.

—¿Qué estamos haciendo? —susurró ella, y él la atrajo hacia sí.

—No podía esperar más. La despensa del mayordomo tenía demasiados objetos delicados y nuestras habitaciones estaban demasiado lejos —dijo, sorprendido por la desesperación en su voz.

—¿Esperar para qué?

—Para ti —dijo mientras tomaba sus labios con fiereza, reclamándola como había querido hacer arriba cuando Lord Brighton la había mirado con tanta admiración.

La hizo retroceder hasta que ella quedó presionada contra la gruesa piedra detrás, llamándole la atención una mesa de roble en la esquina preparada para catas de vino. Una solitaria vela parpadeante, obviamente dejada por el mayordomo que había estado seleccionando sus bebidas para la noche, proyectaba sombras danzantes en las paredes, añadiendo un toque de misterio al íntimo escenario.

Las manos de Fitz recorrieron las curvas de Eliza con un hambre que había estado creciendo toda la noche. Su piel era como seda bajo sus dedos, que ansiaban más.

La respiración de Eliza se entrecortó bajo sus labios mientras sus dedos acariciaban su pecho, sobre muchas más capas de las que a él le hubiera gustado.

El aroma del vino añejo, mezclado con el embriagador perfume del deseo, los rodeaba. Sus besos se volvieron más profundos, más urgentes, cada uno una promesa de su pasión desplegándose.

Fitz la hizo girar y la condujo hacia la mesa antes de barrer con su brazo sobre la superficie, enviando el libro de cuentas y una copa de vino al suelo con estrépito. Fitz se inclinó para levantar a Eliza, sentándola en el borde de la mesa, con las rodillas separadas para que él pudiera encajar entre ellas y trazar besos urgentes a lo largo de su mandíbula y bajando por su cuello.

Ella jadeó, aferrándose a sus hombros mientras él exploraba cada centímetro de su delicada piel con fervor. Su sabor era como un vino de buena cosecha, embriagador e inolvidable.

Fitz desató hábilmente los cordones de su vestido uno a uno hasta que la tela cayó, revelando la cremosa extensión de su piel desnuda. El pecho de Eliza subía y bajaba rápidamente mientras se arqueaba hacia su tacto en una súplica silenciosa por más.

Fitz se tomó un momento para apreciar sus generosos pechos, acunándolos antes de trazar con su lengua alrededor de cada pezón, apreciando cómo respondían a él.

—Fitz —gimió Eliza, su nombre en sus labios solo estimulándolo aún más.

Las manos de Fitz se movían con propósito, deslizándose por sus muslos bajo la tela de su vestido. La respiración de Eliza se aceleró mientras él subía la tela más arriba, exponiendo su piel a su mirada hambrienta.

Los labios de Fitz encontraron los suyos en un beso ferviente, su deseo por ella palpable en cada caricia de su lengua.

Se apartó de ella, sus ojos encontrándose mientras la comprensión los invadía: no había vuelta atrás una vez que dieran el siguiente paso.

—¿Es esta la lección cuatro? —preguntó Eliza sin aliento.

Fitz rio con voz ronca. —Creo que nos estamos saltando varias lecciones —dijo—. A menos que prefieras que no lo hagamos.

—Oh, lo prefiero —dijo ella—. Lo prefiero muchísimo.

Él inhaló con dificultad mientras se sentía sobrecogido, no por la pasión entre ellos sino por cuánto apreciaba a esta mujer y sus maneras francas. No necesitaba preguntarse o cuestionarse cuando ella no tenía reparos en decirle exactamente lo que quería y necesitaba.

¿Y el hecho de que fuera *él* a quien ella necesitaba ahora? Bueno, eso era más de lo que jamás podría desear.

Ya sin poder contenerse, deshicieron ansiosamente los cierres restantes de sus ropas, y sus respiraciones se aceleraron al unísono ante la anticipación de lo que estaba por venir.

Fitz no pasó por alto las manos temblorosas de Eliza mientras desabrochaba los botones de sus pantalones, revelando la dura evidencia de su deseo.

Ella lo contempló, con ojos grandes y excitados, la luz parpadeante de las velas bailando en sus profundidades. Su mirada reflejaba su hambre, acelerando aún más su corazón.

Sus labios se encontraron una vez más con una fiereza que los hizo a ambos jadear por aire. Mientras sus lenguas bailaban y se entrelazaban, sus dedos exploraban las curvas y huecos de los cuerpos del otro.

La mano de Fitz se deslizó hacia la parte baja de la espalda de Eliza, atrayéndola más cerca de él, con el corazón latiendo al ritmo del de ella. Mantuvo su tacto ligero como una pluma, bailando sobre la delicada piel de la nuca de ella, y el escalofrío que provocó en su cuerpo con su caricia le produjo una sensación de orgullo.

Deslizó las manos por los costados de ella, rozando sus caderas y luego rodeándola para acariciar sus nalgas. Ella gimió suavemente, arqueándose contra él, y aunque Fitz quería saborear este momento, también sabía que no podía esperar más.

Le levantó el vestido, colocándolo sobre la mesa junto a ellos lo mejor que pudo, arrugando el resto alrededor de su cintura.

Deseaba tenerla completamente desnuda bajo él, pero su tiempo era limitado y tendría que conformarse con lo que pudiera conseguir.

Deslizó las manos por sus sedosos muslos hasta encontrar el centro mismo de ella, pasando los dedos por encima antes de introducirlos en su interior, asegurándose de que estuviera lista para él.

Descubrió que no había motivo de preocupación al respecto.

—¿Estás lista para mí, Eliza? —preguntó una vez más, necesitando saberlo.

—Sí, Fitz, por favor —exclamó ella, clavando los dedos en sus hombros.

Abrazándola con fuerza, tomando sus labios con los suyos, se posicionó contra ella y, con una poderosa embestida, se hundió en su interior.

Capítulo Doce

A Eliza se le escapó el aire de los pulmones de golpe.

Por un momento, se preguntó si su mente y su cuerpo seguían conectados. Era placer y dolor, todo mezclado, y Fitz se quedó inmóvil contra ella, como si percibiera su incomodidad.

Rodeó sus hombros con los brazos, manteniéndolo cerca, intentando extraer fuerza de él para superar este momento.

—Eliza, ¿estás bien? —preguntó él con una voz casi irreconocible, tan ahogada por el deseo, y ella asintió contra él.

—Solo necesito un momento.

—Tómate todo el tiempo que necesites.

Respiró profundamente varias veces, permitiendo que su cuerpo se acostumbrara a él. Concentrándose en su aliento, cálido en su mejilla, y en su cuerpo firme contra ella, finalmente logró relajarse, sorprendida de que al hacerlo el dolor desapareciera, dejando solo el placer.

Placer y algo de incertidumbre, pero supuso que eso era parte de la aventura.

—Estoy lista —dijo con voz ronca.

—Dime si quieres que pare —dijo él.

—Lo haré.

Comenzó a moverse dentro de ella, con embestidas que empezaron suaves y lentas, aumentando gradualmente en velocidad e intensidad hasta que ella misma se encontró moviéndose contra él,

buscando ese pináculo que él le había proporcionado antes y que tanto anhelaba de nuevo.

La mesa estaba fría bajo sus muslos, en total contraste con su cuerpo ardiente, y mientras Fitz se mecía más rápido, la mesa también empezó a moverse hasta que las patas delanteras se levantaban del suelo con cada uno de sus movimientos.

Eliza se aferraba con fuerza a él, necesitándolo como su punto de apoyo, y él la sujetaba firme contra su cuerpo, sin dejarla ir.

La tensión de toda la noche parecía haber disparado su necesidad de él fuera de control, la emoción de hacer esto en un lugar tan prohibido aumentaba su excitación, y pronto se encontró alcanzando ese límite una vez más, estremeciéndose alrededor de él.

—Eliza —oyó decir a Fitz en la distancia, pero estaba tan absorta en su necesidad de caer por el precipicio de su deseo que no le hizo caso, solo lo abrazó con más fuerza contra ella, necesitando que permaneciera exactamente donde estaba, para permitir que su placer alcanzara su plenitud.

—Eliza, necesito... —las palabras de Fitz se interrumpieron con un grito mientras comenzaba a quedarse inmóvil contra ella, sus únicos movimientos eran espasmos temblorosos que le indicaban que estaba llegando junto con ella, su pulsación sincronizada con la suya.

No habría podido decir cuánto tiempo duró, solo que todo lo que podía oír era su respiración entremezclada... hasta que se volvió más consciente de un sonido tenue más allá de ellos. Un golpe.

Ambos dieron un respingo, Fitz susurró una maldición: —Mierda —mientras salía de ella y comenzaba a abrocharse los pantalones tan rápido como podía antes de extender la mano para ayudarla a recomponer su ropa.

—¿Mi señor? ¿Está usted dentro? —se oyó una voz desde fuera, una que Eliza no reconoció, pero Fitz susurró: —El mayordomo — antes de mirar frenéticamente a su alrededor.

—Sí, estoy aquí —dijo, haciendo que Eliza girara la cabeza hacia él, porque ¿cómo iba a explicar ella su presencia allí? —Parece que me he quedado encerrado.

—Un momento, mi señor. Necesito encontrar la llave y entonces le sacaré de aquí en seguida.

El tintineo de las llaves solo puso más al límite los nervios ya alterados de Eliza, y Fitz siseó: —Escóndete —mientras la bajaba de la mesa y la arrastraba hacia la pared del fondo, señalando un espacio en la parte inferior entre los barriles de vino.

Ella abrió la boca, dispuesta a decirle exactamente lo que pensaba de esconderse en los rincones oscuros de una húmeda bodega, pero entonces la puerta comenzó a abrirse y tuvo que actuar sin pensarlo más, metiéndose en el estrecho espacio, agradecida, al menos, por la tenue luz de la habitación.

—Disculpe, mi señor —dijo el mayordomo, permitiendo que la luz de la cocina entrara en la habitación—. Sus invitados y su madre estaban preocupados por su ausencia. Si hubiera sabido que estaba usted aquí...

—No es problema, Hastings —dijo Fitz, su silueta visible desde el escondite de Eliza. Se pasó una mano por el pelo, que estaba de punta en ángulos extraños después de que ella hubiera pasado sus dedos por él tan agresivamente—. Gracias por rescatarme.

—Por supuesto, mi señor —dijo el mayordomo, deteniéndose un momento—. ¿Está todo bien?

—Oh, sí —dijo Fitz, siguiendo la mirada de Hastings hacia la mesa, que estaba bastante... torcida. Incluso la vela se había caído, lo que explicaba por qué la habitación se había quedado a oscuras—. Me temo que moví la mesa de cata. Colocaré todo como estaba.

—Lo haremos nosotros, mi señor.

—No, no, ahora que tengo luz, encontraré la bebida en cuestión y la subiré.

—¿Cuál es? La recogeré para usted.

—Hastings, preferiría hacerlo yo mismo. A veces me gusta sentirme... útil, si sabe a lo que me refiero.

—Sí, mi señor —dijo Hastings, aunque era obvio que estaba desconcertado por el extraño comportamiento de su señor. Pero si Fitz se marchaba, probablemente significaría que ella quedaría encerrada allí o sería descubierta por el personal.

—Dejaré una cuña en la puerta para que no te quedes encerrado de nuevo —dijo el mayordomo antes de retirarse.

—Gracias, Hastings —dijo Fitz, permaneciendo donde estaba hasta que se pudieron oír los pasos del mayordomo alejándose, momento en que Fitz corrió hacia donde ella estaba agachada, atrapada en la estantería de vinos.

Metió las manos y la ayudó a salir, mientras Eliza trataba de no enfadarse con él. Sin embargo, su enfado se disipó rápidamente cuando vio lo angustiado que estaba.

—Eliza, lo siento muchísimo —dijo él, con la frente arrugada de preocupación—. Nunca debería haber...

—No pasa nada —dijo ella, desestimando sus palabras con un gesto—. Yo tampoco quería que me descubrieran aquí. ¿Me gustó esconderme como si debiera avergonzarme? No. Pero no habría tenido ninguna excusa para mi presencia aquí de haber sido descubierta.

—No es eso —dijo él, negando con la cabeza con urgencia, y ella lo miró más de cerca, pues nunca había visto este lado de Fitz antes, tal preocupación en su rostro, causando que todo su cuerpo estuviera en tensión.

—¿Entonces qué es?

Un ruido sonó desde fuera de la habitación, y él negó con la cabeza, aunque su consternación permaneció.

—No tenemos tiempo para hablar ahora. Iré a verte esta noche, ¿de acuerdo?

Ella asintió brevemente antes de que él caminara hacia la puerta, mirando de un lado a otro antes de hacerle un gesto, y ella caminó hacia él, deteniéndose cuando él le agarró la mano.

—Cuando llegues a tu habitación, cierra la puerta con llave y no dejes entrar a nadie excepto a mí, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? —no pudo evitar preguntar, nunca dispuesta a hacer lo que le decían sin cuestionar.

—Sé que estos caballeros son mis invitados, pero no confío del todo en ellos —dijo antes de hacer una pausa y añadir con el ceño fruncido—, no es que yo sea mucho mejor.

—La diferencia es que yo deseaba esto contigo —dijo ella, depositando un rápido beso en sus labios y apretando su mano brevemente antes de escabullirse y subir las escaleras para encontrar su habitación.

Agradecida cuando llegó sin ser vista, cerró la puerta tras ella y se dejó caer contra ella, deslizándose hasta el suelo mientras llevaba las manos a su pecho, respirando profundamente mientras todo lo que acababa de ocurrir la invadía.

Había imaginado este día durante tanto tiempo: hacer el amor con un hombre, sentir ese inmenso placer y convertirse en una mujer completa.

No fue nada como lo había imaginado.

Fue mucho mejor.

* * *

Debería haber sido más prudente. Después de su pasado, permitir esto... en fin. Tenía que hablar con Eliza, aunque no podía arreglar nada ahora. Era demasiado tarde. Todo lo que podían hacer era esperar.

Se había preocupado por cuánto tardaría en convencer a los otros caballeros de que se retiraran por la noche.

Afortunadamente, su madre y la de Eliza dieron por terminada la velada poco después de que él reapareciera, y el estado de embriaguez de Brighton lo envió temprano a la cama. Fitz estaba seguro de que Whitby se habría quedado despierto durante horas y habría divagado sobre las más mínimas circunstancias, repasando cada palabra pronunciada en el Parlamento mientras Fitz estuvo ausente, pero afortunadamente, Fitz había podido excusarse y marcharse pronto.

Sus pasos eran pesados mientras subía las escaleras, deteniéndose frente a la alcoba de Eliza. Apoyó la cabeza contra la puerta, preguntándose cómo iba a enfrentarse a ella.

Lo que había hecho era inexcusable. Aunque unirse a ella había sido uno de los —si no *el*— mejores momentos de su vida, nunca

debería haber terminado dentro de ella. No tenía idea de si ella era consciente siquiera de lo que él había hecho o de lo que podría significar para ambos.

Llamó a la puerta tan silenciosamente como pudo, y ella la abrió de golpe como si hubiera estado esperándolo.

Él se deslizó dentro, encontrando que ella ya estaba preparada para la noche. Se acercó a ella, deslizando sus manos sobre sus hombros y sus brazos desnudos. —¿Estás bien? —preguntó, a lo que ella le frunció el ceño.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Bueno, después de que nosotros... es decir...

—Fitz —dijo ella, sus labios deslizándose hacia la sonrisa que tanto le gustaba a él, con los hoyuelos de sus mejillas asomándose —. Fue increíble. No hay nada por lo que disculparse.

—Pero sí lo hay —dijo él, tomando sus manos y llevándola hasta la cama, sentándose ambos en el borde—. Yo... terminé dentro de ti —dijo, mirándola profundamente a los ojos—. ¿Sabes lo que eso podría significar?

—Sí —dijo ella, bajando las pestañas para cubrir su mirada—. Existe la posibilidad, una ligera posibilidad, de que pueda quedarme encinta. Lo sé. No soy estúpida.

—Nunca he dicho que lo fueras. Pero fue culpa mía. Nunca debería haberme permitido...

Ella levantó una mano. —Ya está hecho, Fitz —dijo suavemente —. Supongo que descubriremos a su debido tiempo si algo resultará de ello. Pero no hay nada que podamos hacer ahora.

—Supongo que no.

Ella se acercó, tomando sus mejillas entre las manos. —Me gusta pensar en todo lo que podría surgir de esto. Para mí, fue increíble. ¿Lo sabes?

Una oleada de paz lo invadió. Si ella podía ver esto con tanta positividad, entonces él también podría.

—Absolutamente —dijo él—. Increíble es una palabra maravillosa para describirlo.

—¿Crees que... podríamos repetirlo en algún momento?

Una carcajada escapó de su boca. —¿En la bodega?

Ella bajó las manos y negó con la cabeza, con la risa iluminándole los ojos. —Quizás no en la bodega. ¿Qué tal en una cama?

—Creo que eso podría arreglarse.

—Bien —dijo ella con una sonrisa traviesa—. Parece que sabes dónde encontrarme.

—Así es —dijo él, deteniéndose un momento, preguntándose si debería decirle lo que pensaba o si eso revelaría demasiado—. Dime por qué me odiabas.

Él ya lo sabía, pero quería escucharlo de ella.

—Nunca te odié.

—Ciertamente actuabas como si lo hicieras.

Ella suspiró mientras se ponía de pie y comenzaba a dar pequeños pasos de un lado a otro frente a él, recordándole a sí mismo y a todas las veces que él caminaba así.

—No estoy segura de si debería admitir esto... pero tenía cierta debilidad por ti cuando era joven.

—¿Solo cuando eras joven? —dijo él en tono burlón, y ella le lanzó una mirada de fastidio.

—Pensé que se había desvanecido hasta que debuté en sociedad y me ignoraste por completo. Supongo que siempre hubo una parte de mí que seguía interesada en ti, que quería tu aprobación si no otra cosa.

Él la miró fijamente, preguntándose cómo no podía darse cuenta de lo cautivadoramente hermosa que era.

—Me fijé en ti —dijo en voz baja.

Ella resopló. —No lo hiciste. Me ignoraste completamente.

—Eso fue a propósito.

—¿De qué estás hablando?

—Me fijé en ti y te admiré mucho más de lo que debería. Eras joven, amiga de mis hermanas y... —no podía decirle que ella era completamente inadecuada para él. No deseaba herirla—. ...y no podía permitirte ver cuánto te deseaba.

—Entonces, ¿decidiste que evitarme por completo era mejor?

—Así es. —Sonaba absurdo cuando ella lo planteaba de esa manera.

—Yo... —había dejado de caminar y lo miraba boquiabierta—. No estoy segura de qué decir. No tenía ni idea. Pensé que me veías como a una niña.

—Todo lo contrario. *Debería* haberte visto como a una niña. En lugar de eso, vi a una mujer demasiado deseable.

—Bueno —dijo ella con una sonrisa pícara—, parece que tus sentimientos funcionaron a mi favor. Si solo los hubiéramos descubierto antes.

Él ya estaba negando con la cabeza. —Entonces solo habría estado en mayores problemas.

Ella cruzó los brazos sobre su pecho mientras inclinaba la cabeza para estudiarlo. —¿Por qué sientes que soy tan inadecuada para ti?

—¿Qué quieres decir? —dijo él, tratando de no responder a su pregunta, pues sabía muy bien a qué se refería, pero responderle con sinceridad solo la lastimaría.

—Quiero decir que podría ser una esposa adecuada para ti. Ambos estamos en la edad en que se espera.

Un aleteo en su pecho muy parecido al pánico comenzó a crecer al mencionar la palabra *esposa*. Había apartado la idea del matrimonio durante tanto tiempo que, aunque sabía que era hora de encontrar una esposa, ponerle un rostro y un nombre era desconcertante, especialmente después de aquella vez que pensó que se convertiría en un hombre casado.

Sin embargo, no podía imaginar una esposa más entretenida o agradable que Eliza. El único problema era que no era el tipo de esposa que necesitaba. Si quería casar a sus hermanas y tener alguna posibilidad de que el resto de la Cámara lo tomara en serio a él y a sus propuestas, necesitaba una mujer respetable a su lado. Una que se sentara con recato, entretuviera e hiciera todos los comentarios correctos.

Pero no podía decirle eso a Eliza.

—No he pensado mucho en el matrimonio —mintió, poniéndose de pie y balanceándose de atrás hacia adelante sobre las puntas y los talones mientras el incómodo pensamiento crecía dentro de él ante el afán de Eliza por intimar y ahora su conversación sobre el matrimonio—. Quizás en los próximos años.

—Unos años —repitió ella, sin cambiar su expresión—. Bueno, estoy cansada. Creo que me retiraré por esta noche. ¿Te veré mañana?

—Por supuesto —dijo él, agradecido de que ella le hubiera proporcionado una escapatoria—. Buenas noches, Eliza. —Se inclinó y la besó en la mejilla antes de prácticamente salir corriendo de la habitación, deteniéndose solo para decir—: ¡Cierra con llave! —antes de alejarse apresuradamente por el pasillo.

Capítulo Trece

Eliza no podía quitarse la sensación de que Fitz no le había contado toda la verdad sobre sus planes para el futuro.

Había estado tan en contra de cualquier interacción con él que nunca lo había considerado como un posible marido. Pero ahora que entendía que no la había estado ignorando, sino que, de hecho, había pensado lo contrario sobre ella, se preguntaba por qué no harían una pareja adecuada.

Se llevaban bien, ambos compartían un sentido de la aventura, y ciertamente eran compatibles en cuanto a la intimidad.

Tendría que explorarlo más a fondo, pero no era el tipo de mujer que atrapa a un hombre para casarse. Podía admitir que le había dolido su rechazo rotundo a la idea, pero solo se casaría con él si expresaba algún interés en ello.

No estaba segura de lo que esto iba a significar para el pequeño experimento de ambos, pero había algunas cosas que todavía le gustaría probar si él estaba dispuesto. Tendría que dejarle claro que no tenía expectativas.

Para cuando bajó al comedor a la mañana siguiente, los visitantes ya estaban teniendo una última ronda de reuniones antes de partir, según les informó Lady Fitzroy mientras se sentaban a desayunar.

—Espero que los caballeros se marchen pronto —dijo Lady Fitzroy, mordiéndose el labio inferior mientras lanzaba una mirada hacia la puerta.

—¿Por qué? —preguntó la madre de Eliza—. Parecen bastante educados, y no me importaría que Eliza pasara más tiempo con Lord Brighton.

—Madre, no tengo ningún interés en Lord Brighton —dijo Eliza, poniendo los ojos en blanco mientras levantaba su taza de té a los labios.

Antes de que su madre pudiera responder a eso, Lady Fitzroy comenzó a hablar de nuevo—. Porque las chicas vuelven hoy.

—¿Ah, sí? —dijo Eliza con alegría, aunque en el fondo de su mente se preguntaba si aún tendría la oportunidad de pasar tiempo con Fitz.

—Así es. Enviaron aviso ayer mismo, pero no quise molestar a Fitz con la noticia —dijo—. Sé que no deseaba tenerlas aquí con tres hombres solteros en la casa.

—Solo sería por un día —dijo Eliza, agitando una mano en el aire, segura de que Fitz solo estaba siendo dramático, como de costumbre—. Estoy segura de que todo iría bien.

—Sea como sea, pensé que era mejor guardármelo —dijo con un suspiro—. Ah, aquí están.

Eliza se volvió para ver quiénes eran "ellos", descubriendo que eran los caballeros, que ahora vestían para el viaje.

—Hemos venido a despedirnos —dijo Lord Brighton con una sonrisa, aunque tenía oscuros círculos bajo los ojos en marcado contraste con su piel pálida. Había sufrido la autoafección de demasiada bebida—. Gracias por su hospitalidad. —Entró en la habitación hacia Eliza, levantándole la mano una vez más, esta vez sus labios tocando la piel desnuda de su mano. Ella se estremeció ante el contacto, pero no porque se sintiera afectada, sino porque sus ásperos labios le causaron aversión.

Curioso, pues los de Fitz solo le habían provocado fuego.

Levantó la mirada, encontrándose con los ojos de Fitz sobre ellos. No estaba contento. Para nada.

—¡Fitz! —Se oyó un grito desde fuera de la habitación, y la expresión de Fitz cambió rápidamente, de una gran sonrisa de felicidad a una mirada de disgusto mientras sus ojos se desviaban hacia los tres caballeros que estaban con él.

—No tenía idea de que volveríais tan pronto —dijo, dejando a los hombres de pie al lado del comedor mientras iba a saludar a sus hermanas, y Eliza le siguió rápidamente—. Me alegro de veros.

—Y nosotras a ti —dijo Dot, abrazándole mientras Henrietta divisaba a Eliza—. Eliza, ¿qué haces aquí? —dijo, corriendo hacia ella. Todos intercambiaron cortesías, presentándose los que no se conocían, y Eliza observó con interés cómo Lord Mandrake miraba a Dot con un anhelo perverso en su mirada.

Dot apartó la mirada, pero un rubor le subió por las mejillas.

—Bueno, mejor que os pongáis en marcha antes de que mis hermanas se vuelvan demasiado parlanchinas —dijo Fitz, tratando de apresurarles, pero Lord Mandrake se detuvo, poniendo su mano en el brazo de Dot.

—Lady Dot, nunca tuvimos esa conversación —comenzó, pero Fitz estuvo allí en segundos.

—Ya dije que no —afirmó rotundamente—. Vamos, Mandrake, es hora de irse.

—Fitz —dijo Dot, inclinando la cabeza, obviamente disgustada con su reacción—. Una conversación no causará daño.

—Está bien —dijo secamente—. Una conversación. Donde pueda veros.

Dot puso los ojos en blanco antes de permitir que Lord Mandrake la condujera fuera de la habitación. Henrietta y Eliza intercambiaron una mirada de interés antes de observar a los dos charlando. Eliza no tenía idea de cómo dos personas que apenas se hablaban tendrían tanto que decirse, pero Lord Mandrake debía ser más interesante de lo que habría pensado.

Casi podía sentir a Fitz crispándose a su lado, pero pronto, Mandrake se despidió y los caballeros bajaron retumbando por el camino.

—Sabes, para ser una casa que supuestamente está escondida, ciertamente tenéis muchas idas y venidas —no pudo evitar comentar Eliza una vez que los hombres se fueron.

—Demasiadas, probablemente —dijo Fitz desde detrás de ella—. Pero los asuntos del país no pueden detenerse por una pequeña

amenaza a uno de sus miembros. Y mis hermanas no pueden esconderse para siempre.

—¿Hay alguna noticia del detective en Londres? —preguntó Sloane con un bostezo.

—Me escribió para ponerme al día, pero aún no ha encontrado nada —dijo Fitz con un suspiro—. Sigo pensando que debería haberme quedado e intentado hacer salir a esa persona.

—Deberíamos estar a salvo —dijo su madre, colocando una mano sobre su brazo—. Ahora, señoras, hace un día precioso. ¿Por qué no lo pasamos fuera? Podemos tomar el té allí esta tarde y jugar a algunos juegos.

—Una idea encantadora —dijo Lady Willoughby, y Eliza intercambió una sonrisa con Henrietta, quien se acercó y le apretó el brazo mientras salían de la habitación y subían las escaleras para cambiarse.

—¡Me alegro tanto de que estés aquí! —dijo Henrietta—. Te pido disculpas por nuestra ausencia. Si hubiéramos sabido que venías, nunca nos habríamos marchado.

—¡Por supuesto! —dijo Eliza—. Deberíamos haber escrito mucho antes. ¿Qué tal en casa de Lady Noonan?

—Tal como nos dijo Madre que sería: ¡aburrido! —dijo con una carcajada, mientras se dirigían a sus habitaciones para buscar su ropa para salir al exterior.

¿Y en cuanto a Fitz? Bueno, tendría que preocuparse por él más tarde.

Porque ahora no había nada más que hacer que disfrutar.

* * *

Fitz estaba empezando a sentirse bastante molesto con sus hermanas.

Cada vez que intentaba encontrar un momento a solas con Eliza, allí estaban ellas, a su lado. Incluso después de que todos se retiraran para pasar la noche, intentó ir a su habitación, pero cuando estaba a punto de llamar a su puerta, vio la nota pegada al pomo

advirtiéndole que Henrietta había decidido quedarse con ella durante la noche.

Casi golpeó la puerta de frustración.

Ella se había convertido en una droga. Estaba adicto.

Apenas la vio al día siguiente excepto a la hora de las comidas, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no pasarse toda la cena mirándola, pues era muy consciente de que sus hermanas se darían cuenta si lo hacía.

Quizás era lo mejor. Ya había comprometido a una joven y mira cómo había estado a punto de terminar. Casi le habían engañado para pasar toda una vida con una mentirosa. No es que pudiera imaginar a Eliza haciendo algo así, pero no podía permitir que ningún escándalo entrara en su vida.

Estaba más cautivado por Eliza que por cualquier otra mujer jamás. Era desconcertante, pero se dijo a sí mismo que solo era porque el secretismo de todo esto había creado en él una lujuria sin igual.

No podía evitar dar vueltas a sus palabras sobre el matrimonio. ¿Podría verse casado, y con ella? Le costaba imaginarlo. Se suponía que debía encontrar a una mujer que le aportara respetabilidad para que todos le tomaran en serio. Cuando los caballeros llegaron de Londres, tuvo que luchar con todos sus poderes de persuasión para conseguir que siquiera consideraran respaldar su propuesta.

Por supuesto, la compañía de Mandrake no había ayudado. El hombre solo había viajado todo ese camino para intentar frenar sus planes, pero Fitz no se dejaría disuadir.

Finalmente, dos noches después de haberse unido, pudo colarse en la habitación de Eliza sin que nadie estropeara sus intenciones.

—¡Fitz! —dijo ella alegremente, incorporándose en la cama—. Me preguntaba si volvería a verte.

Le encantaba su risa burlona y tuvo que contenerse para no saltar sobre ella.

—Mis hermanas te han acaparado.

—¿Así que estás interesado en pasar más tiempo conmigo? —dijo, arqueando las cejas—. Pensaba que quizás todo lo de la otra noche fueron solo palabras.

—No fueron palabras —dijo, negando con la cabeza—. Quise decir lo que dije. —Hizo una pausa—. Aunque no volveré a ponerte en peligro. Creo que es hora de que demos un paso atrás.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella, cerrando su libro y colocándolo en la mesita de noche mientras la luz de sus ojos se apagaba.

—Eso significa —dijo él, curvando sus labios hacia arriba mientras aquella picardía que había estado intentando abandonar se hacía notar una vez más—, que necesitamos volver a las lecciones cuatro y cinco. Las que nos saltamos.

Ella se mordió el labio, obviamente tan afectada como él—. Pero disfruté tanto la lección seis.

—Fue agradable, sí —dijo él, asintiendo como si estuviera sumido en profundos pensamientos—. Pero el orden es importante, ¿no estás de acuerdo?

—No —dijo ella riendo—. ¿Es que no me conoces? Dicho esto, soy una alumna dispuesta, así que obedeceré a mi instructor.

—Obedecerás, sí —dijo él con un gruñido antes de prácticamente lanzarse sobre ella, sus labios aterrizando sobre los suyos.

Parecía mucho más apropiado esta vez, estar en una cama, y sin embargo, apropiado no era exactamente un término para describir nada relacionado con Eliza. Porque ella no se quedó quieta esperando a que él tomara toda la iniciativa. Estaba tan ansiosa como él, retorciéndose bajo su agarre, respondiendo a cada caricia, desnudándole con la misma urgencia con la que él la desnudaba a ella.

Cuando ambos estuvieron desnudos el uno ante el otro, tuvo que detenerse y recomponerse, pues temía estar a punto de correrse allí mismo frente a ella antes de que siquiera se hubieran tocado.

—Fitz —gimió ella mientras recorría su cuerpo con las manos, su contacto encendiendo su piel como si le quemara, elevando las caderas hacia él—. ¿Podemos simplemente...?

—No —dijo él, pero sabía lo que ella quería aunque ella misma no lo supiera. Pasó las manos por aquellos muslos sedosos de los que no podía tener suficiente antes de arrodillarse ante ella, bajando el rostro hacia su centro.

Ella jadeó cuando su lengua la rozó, encontrando ese manojo de nervios que él sabía la haría perder el control. Ella se apretó contra él mientras usaba su lengua, dientes, labios y dedos para mantenerla al límite, sin saber nunca qué esperar de él.

—Fitz —jadeó ella de nuevo, su nombre surgiendo entre sus respiraciones entrecortadas.

—¿Sí?

—Me gusta la lección cuatro.

Él sonrió como un lobo. —Apenas estamos empezando —dijo antes de continuar sus esfuerzos. ¿Ella había querido experimentar placer? Pues nunca volvería a experimentar algo así. Él sería inigualable. De eso se aseguraría.

Capítulo Catorce

Eliza todavía estaba bajando de las alturas a las que Fitz la había llevado mientras yacían en su cama y ella contemplaba soñadoramente el techo, con los ojos siguiendo perezosamente los intrincados motivos de flores y enredaderas de pan de oro que cubrían las vigas de madera.

—Cuéntame algo sobre ti —dijo ella con voz soñadora.

—¿Como qué?

—Cualquier cosa. Algo que nadie más sepa.

Fitz hizo una pausa, frotándose la frente mientras parecía considerar su pregunta. —¿Qué tal mi nombre?

—¿Tu nombre?

—Mi nombre de pila —dijo, volteándose sobre su estómago para mirarla, con una gran sonrisa extendiéndose por su rostro—. ¿Lo conoces?

Ella se mordió el labio. Debería saberlo. ¿Cómo podía no saberlo? Pero cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que él tenía razón: no tenía ni idea de cómo se llamaba.

—Muy bien —dijo ella—. Tienes razón. No lo sé.

—Christian.

—Sí, eso has dicho. Tu nombre de pila.

—No. —Se rio, y ella no pudo evitar notar con un suspiro lo guapo que era—. Ese es mi nombre. Christian.

—¿De verdad? —No tenía ni idea de por qué le resultaba tan difícil de creer—. No pareces un Christian.

Él se rio aún más fuerte. —Lo sé. Por eso todos me llaman Fitz, incluso mi madre. Sé que no es costumbre que te llamen por tu título mientras tu padre está vivo, pero cuando era pequeño, mi padre dijo que no parecía en absoluto un Christian. Comenzó a llamarme "joven Fitz", y muy pronto el nombre se acortó y se quedó. Así que soy Fitz.

—Es perfecto para ti —dijo Eliza, con voz suave mientras agradecía que compartiera semejante historia con ella—. Parece que tu padre era un hombre maravilloso.

—Lo era —dijo Fitz con melancolía—. Ojalá hubiera tenido más tiempo con él.

—¿Cuántos años tenías cuando falleció?

—Veinte. Fue repentino. Yo estaba... ocupado en otras cosas cuando debería haber estado aprendiendo de él.

Eliza asintió, dividida entre querer saber más sobre Fitz y sus emociones y preguntarse si debería intentar recuperar al Fitz jovial. Sin embargo, intuía que él necesitaba hablar de esto. Quizás nunca lo había hecho antes.

—Eso debe haber sido duro para tu madre y tus hermanas —dijo. Ella no había conocido bien a su familia entonces y no podía recordar cómo era el anterior Lord Fitzroy.

—Lo fue —dijo él, apretando los labios en una línea—. Debería haber estado allí para ellas.

—Estoy segura de que hiciste todo lo que pudiste.

—No lo hice —dijo, con voz feroz y cargada de autoduda—. Estaba metido en algo completamente distinto. Algo en lo que no tenía ningún derecho a estar involucrado.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó, vacilante, porque se preguntaba si iba a gustarle lo que él tenía que decir.

—Tenía que ver con una mujer —dijo finalmente, sin mirarla a los ojos—. Una mujer que no era más que una mentirosa, que quería utilizarme por mi título.

—Ya veo —dijo ella en voz baja, deseando saber más pero sin querer parecer desesperada por conocer esa parte de él. No era asunto suyo, después de todo, no si él solo quería pasar tiempo con ella en la cama y en ningún otro lugar—. Lo estás compensando

ahora, Fitz. Eres un buen hermano. Créeme. Sé cuánto te quieren tus hermanas.

—Me alegra saberlo, aunque no lo merezca —dijo antes de quedarse en silencio.

Eliza esperó a que dijera algo más, pero cuando no lo hizo, decidió probar otra táctica. Deslizó sus dedos por su cuerpo, empezando por la clavícula y bajando lentamente, sobre los rizados vellos de su pecho hasta los músculos de su abdomen, hasta que finalmente jugueteó con el borde de sus calzones.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él, con voz espesa.

—Creo que estoy lista para la lección cinco.

—No tenemos por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo —dijo, mordiéndose el labio inferior—. Si te apetece.

Él soltó un bufido que ella interpretó como señal de que volvía a estar con ella en el momento presente. —No puedo imaginar un momento en que no me apeteciera.

Él la rodeó con sus brazos, volteándolos para quedar tumbado en la cama con ella encima. Se desabrochó la parte delantera de los calzones, bajándoselos por las piernas, hasta que Eliza los agarró y los arrojó al suelo junto a ellos. Sus ojos se abrieron de par en par mientras lo miraba, preguntándose cómo había conseguido caber dentro de ella, antes de arrodillarse ante él, con las manos enmarcando sus piernas.

—Usa tus manos si quieres —sugirió él, pero ella negó con la cabeza. Había visto esto en el libro y siempre había sentido curiosidad. Ahora que había experimentado lo que Fitz le había ofrecido, estaba lista para hacer lo mismo por él.

Rodeó la base de su miembro con una de sus manos, y luego bajó lentamente la cabeza hasta quedar suspendida justo encima de él. Sonrió para sí misma antes de inclinarse y tomar solo la punta en su boca. Él gimió arqueando la espalda en súplica hacia ella y, finalmente, ella se apiadó de él, inclinándose para tomarlo completamente en su boca.

Sin estar del todo segura de lo que hacía, Eliza decidió que su mejor opción era experimentar. Recordando cómo Fitz había jugado

con ella, utilizó sus labios, su lengua y su mano para explorarlo completamente y acariciarlo, prestando atención a lo que provocaba mayor reacción en él y decidiendo hacer más de ello.

Comenzó a acariciar la parte inferior de su miembro con la lengua mientras usaba su mano para apretarlo de arriba abajo como había hecho antes, y él gritó su nombre cuando empezó a palpitar bajo ella.

—Eliza —dijo él—. Puedes apartarte ahora. Estoy...

Pero Eliza recordó lo que decía el libro y decidió quedarse con él. Se estremeció ligeramente por la impresión de la sensación cuando él se derramó dentro de su boca, pero mantuvo la boca alrededor de él, tomándolo todo, y él rápidamente le ofreció un pañuelo para limpiarse.

—¿Estás bien? —preguntó él en voz baja—. Lo siento, yo...

—¿Te ha gustado? —preguntó ella con entusiasmo, y los ojos de él se abrieron de par en par.

—¿Gustarme? —repitió—. Me ha encantado.

—Bien —dijo ella, prácticamente saltando hacia él y lanzándole los brazos alrededor—. Me alegro mucho.

Cayeron juntos en la cama, envueltos en el abrazo del otro. Era cálido y reconfortante, y Eliza se quedó quieta, preguntándose si le gustaba demasiado. Pero el cuerpo de él era pesado a su alrededor, y descubrió que en lugar de alejarse, se sentía mucho mejor acurrucarse contra él. Pronto sus ojos se volvieron pesados y aunque sabía que debería despedirse y sugerir que él abandonara su habitación, pensó que podría relajarse con él solo unos momentos más.

Lo siguiente que supo fue que era de mañana y él se había ido.

Lo que más le molestaba era lo mucho que ya le echaba de menos.

* * *

Las siguientes semanas pasaron rápidamente.

Entre pasar tiempo con Henrietta, Sloane, Dot y el resto de las hermanas de Fitz durante el día, y escabullirse a la habitación de Fitz o él a la suya durante la noche, Eliza se estaba divirtiendo más de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Echaba de menos a Siena, a quien se había acostumbrado a ver casi todos los días durante los últimos años, pero sabía que tendría que acostumbrarse a estar sin ella. Siena estaba casada ahora, y pronto tendría su propia familia.

La idea de que su amiga más cercana en el mundo no tuviera tiempo para ella le causaba tristeza en el corazón, pero no había nada que hacer al respecto. Así funcionaba el mundo.

De todos modos, Eliza tenía un problema mucho más importante y urgente. Uno del que no fue consciente hasta la cena de esa noche.

—Fitz, ¿has tenido noticias del detective en Londres? —preguntó Lady Fitzroy.

—He tenido noticias suyas, pero nada prometedor —dijo Fitz, dejando su tenedor mientras miraba al resto—. Como ya no estoy en Londres, no parece haber mucho que investigar. En cuanto a los intentos anteriores contra mi vida, el rastro hacia la fuente se ha enfriado. Quien planeó esto fue cuidadoso, si es que realmente hubo un plan.

—¿Qué significa eso? —preguntó Dot, arrugando la nariz.

—Quizás exageré. Tal vez no había nada de lo que huir —dijo él —. ¿Y si solo fue una coincidencia que ocurrieran los dos sucesos? ¿Y si me confundieron con otro? Soy solo un lord más. ¿Quién ganaría algo con deshacerse de mí?

—No vale la pena arriesgarse —dijo su madre con firmeza.

—Han pasado más de cuatro semanas desde que dejamos Londres —dijo él, extendiendo las manos frente a él—. ¿Cuánto tiempo vamos a esperar aquí en el campo a que no ocurra nada?

La conversación continuó alrededor de la mesa, pero Eliza de repente descubrió que todo se convertía en ruido de fondo.

Cuatro semanas.

Cuatro semanas desde que la familia de Fitz estaba en el campo. Ella y su madre habían llegado una semana después, y ella y Fitz se habían unido apenas unos días después. No había tenido su periodo

mensual desde que había estado en Londres. Aproximadamente una semana antes de marcharse, si recordaba correctamente, pues recordaba que su madre quería que la acompañara al baile de los Rutherford y ella había declinado porque se sentía bastante mal.

Ella era tan regular, debería haberle venido hace al menos una semana.

Oh, no.

El calor le subió a las mejillas mientras comenzaba a abanicarse la cara, sintiendo de repente una gran conmoción.

—¿Eliza? ¿Eliza, estás bien? —La voz de su madre interrumpió sus pensamientos mientras Eliza apresuradamente echaba hacia atrás su silla.

—Disculpadme un momento —dijo y, ignorando todas las miradas de asombro que la siguieron, salió precipitadamente por la puerta sin rumbo fijo. No sabía adónde iba.

Solo sabía que tenía que alejarse.

Capítulo Quince

Fitz tuvo que luchar contra todo su ser para evitar salir corriendo tras Eliza. ¿Cómo quedaría ante su familia si fuera él quien saliera tras ella para asegurarse de que estaba bien?

Se había puesto enferma tan repentinamente. Un momento estaba riendo y bromeando con el resto de ellos, y al siguiente, parecía a punto de huir de la habitación como si la hubieran golpeado en el estómago.

¿De qué habían estado hablando? Intentó recordar la conversación mientras la madre de Eliza iba tras ella para asegurarse de que estuviera bien. La amenaza a su vida. ¿Era eso lo que había provocado su reacción? ¿Estaba tan preocupada por él que la había hecho sentirse mal? Eso no parecía propio de su carácter. Por un lado, no estaba seguro de que ella se preocupara tanto por él, y por otro, normalmente contenía sus emociones.

Afortunadamente, casi habían terminado la cena y decidieron que, sin la compañía de Eliza y su madre, se retirarían temprano esa noche.

Fitz prácticamente caminaba de un lado a otro en su estudio mientras esperaba hasta una hora adecuada para ir a ver a Eliza, no queriendo encontrarse con su madre o su doncella en el camino.

Resultó que no tuvo que esperar mucho, pues antes de que pudiera siquiera salir de su estudio, la puerta se estaba abriendo y Eliza se deslizaba por ella.

Ya estaba vestida para dormir con su camisón y su bata, y Fitz reprimió su oleada de deseo, recordándose a sí mismo que ella no se encontraba bien, lo que significaba que no debía esperar nada, ni pedirlo a menos que fuera idea de ella.

—Eliza —dijo, dirigiéndose rápidamente hacia ella, sujetando sus brazos con las manos antes de recorrerla como si comprobara que no estuviera herida—. ¿Estás bien? He estado preocupado.

—¿Preocupado por mí? —dijo en lo que él supuso que debía ser un tono burlón, pero podía ver la preocupación en sus ojos y no pudo contener sus preguntas.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué ha pasado? ¿Fue algo que dije?

Ella apartó sus manos de él, retorciéndolas frente a ella mientras comenzaba a caminar lentamente de un lado a otro por la habitación, con la mirada en el suelo. Por primera vez, Fitz estaba asustado, su corazón latía con tanta fuerza que se preguntó si ella podría oírlo.

—En realidad, fue algo que dijiste —dijo ella, y su corazón dio un vuelco en su pecho ante la idea de haberla herido, aunque hubiera sido sin intención—. Pero solo porque me recordó algo —continuó.

—¿Algo de tu pasado?

—Del pasado... y del futuro —dijo crípticamante.

—¿Qué se supone que significa eso?

Ella respiró profundamente antes de detener sus movimientos de un lado a otro y mirarlo fijamente, con las manos juntas frente a ella, los pies firmemente plantados bajo ella, incluso cuando él no podía evitar seguir balanceándose adelante y atrás.

—Dijiste que llevabas aquí cuatro semanas.

—Sí. Demasiado tiempo —dijo con aspereza, sabiendo que si Eliza no hubiera estado con él, podría haberse vuelto loco con todo el tiempo que habría pasado solo.

—Lo que significa que han pasado tres semanas desde que dejé Londres.

—Sí —dijo, sin comprender.

—Comenzamos nuestro pequeño experimento unos días después de mi llegada, y la última vez que yo... que tuve mi... período

mensual femenino fue dos semanas antes de eso.

Una sensación enfermiza de temor surgió en su estómago mientras comprendía demasiado bien lo que ella estaba diciendo, aunque quisiera negar la verdad.

—¿Estás diciendo que estás encinta? —susurró, aunque las palabras parecían venir de muy lejos, de alguien completamente ajeno.

—No lo sé —dijo ella, con voz igual de suave y baja—. ¿Tal vez?

—¿Sí o no? —exigió, sabiendo que estaba siendo brutal pero sin poder evitarlo mientras experiencias pasadas comenzaban a invadirle. Ya había recorrido este camino antes y no tenía ningún deseo de volver a transitarlo.

—Supongo que sí, a menos que algo cambie en los próximos días —dijo, con la voz aún en susurros mientras sus ojos se agrandaban de miedo.

—¿Es mío? —se encontró diciendo, las palabras formándose en su lengua.

—¿Qué? —dijo ella, sus ojos mirándolo fijamente, el fuego reemplazando al miedo.

—Dije, ¿es mío? No me mientas —dijo, con los puños cerrados a los costados mientras casi temblaba ante ella.

—¿Qué se supone que significa eso? —dijo, formándose su ira—. ¡Por supuesto que lo es, cabeza hueca! ¿De quién más podría ser?

Él se encogió de hombros. —De cualquiera. Dijiste que viniste aquí para aprender. Para experimentar. Bueno, ya parecías bastante bien informada. Quizás este era tu plan. Sabías que estabas encinta, así que viniste aquí para convencerme de que era mío. Por eso sacaste el tema del matrimonio, ¿no? ¿Plantando las semillas igual que me hiciste creer que yo estaba plantando las mías en ti?

Podía ver que sus palabras la estaban hiriendo, pero no podía evitarlo mientras brotaban. Su dolor y su ira lo habían sobrepasado, borrando cualquier pensamiento racional o empatía.

Se había preguntado cómo sus sentimientos hacia él habían cambiado tan repentinamente del odio a la familiaridad, y todo comenzaba a tener sentido. Por qué había querido ser íntima con él tan rápidamente, cómo no había tenido reparos en hacer el amor

con él y se había asegurado de que terminara dentro de ella, incluso cuando él sabía que debería haber hecho lo contrario.

—Fitz —dijo, con angustia en su voz cuando finalmente formó la palabra—. ¿Cómo puedes decir tales cosas? Yo nunca... me conoces mejor que eso.

—¿De verdad? —dijo él—. ¿Cuán bien te conozco realmente?

—Pensaba mejor de ti —dijo ella, con las aletas de la nariz dilatadas—. Te diré una cosa. Espero equivocarme. Espero tener solo un retraso porque, después de esto, preferiría no tener nada más que ver contigo. No tengo ningún deseo de estar con un hombre que piensa tan mal de mí, y preferiría no volver a verte nunca.

Él suspiró, pasándose una mano por el pelo mientras la razón y las experiencias pasadas batallaban dentro de él. —Todo parece bastante conveniente, Eliza. Debes darte cuenta, ¿no es así?

—Hacen falta dos personas para unirse, Fitz —dijo ella, comenzando a parpadear rápidamente, y él se dio cuenta, con gran pesar, que estaba a punto de llorar. Maldita sea, odiaba cuando sus hermanas lloraban. No quería pensar en Eliza haciéndolo, especialmente cuando era por su culpa—. No sé qué tienes en mi contra, pero resolveré esto por mi cuenta. Pensé que querrías saberlo, que este era *nuestro* problema, y que me apoyarías. Por eso vine a ti. Para que pudiéramos determinar juntos un camino a seguir. Pero ahora... ahora veo que todo esto ha sido un gran error.

Antes de que pudiera decir nada más, ella había abierto la puerta de golpe y corría por el pasillo. Él se apresuró hasta el umbral y miró hacia fuera, viendo solo la tela de su bata ondeando detrás de ella, sus pies descalzos golpeando contra el suelo de madera, amortiguándose cuando llegó a la alfombra que cubría las escaleras.

Casi tropezó en el primer escalón, sujetándose a la barandilla justo a tiempo, y Fitz dudó en la entrada, atrapado entre correr tras ella y quedarse exactamente donde estaba.

Lo cual, se dio cuenta, era el problema. Estaba atrapado entre el pasado y el presente.

Apretó los labios. Si no había aprendido de sus errores anteriores, entonces ¿cuál era el sentido de todo? No volvería a caer en la trampa. De eso estaba seguro.

* * *

Eliza se dejó caer en su cama mientras el pozo de inquietud que había surgido durante la cena solo se hacía más grande.

Por favor, que solo sea un mal momento, rezó. Esperaba no estar embarazada, porque si lo estaba, tenía muy pocas opciones. Su madre comprendía la mayoría de las cosas en su vida, pero esto ciertamente cruzaría la línea. Sus padres insistirían en que les dijera quién era el padre y luego se asegurarían de que se casaran. Cualquier otra cosa sería un escándalo completo para ella, su familia y su hijo por nacer.

Lo peor de todo era que no veía ninguna razón por la que ella y Fitz *no pudieran* casarse.

Ninguna razón, eso era, hasta que él había abierto la boca y le había respondido esta noche. Sabía que él había sido herido en su pasado, eso era obvio, pero si realmente pensaba que ella era una mujer tan horrible, ¿por qué había pasado tiempo con ella en primer lugar?

Suponía que, en todo caso, esto demostraba que tampoco lo conocía tan bien como había pensado. Porque el Fitz que creía conocer nunca la habría tratado como acababa de hacerlo. Debería haberse mantenido alejada desde el principio.

Una cosa era segura. Estaba en un aprieto. Solo podía esperar que se resolviera en los próximos dos días, o estaría en un montón de problemas.

Incluso más de los que ya tenía.

Y eso ya era decir mucho.

Capítulo Dieciséis

Eliza permaneció en cama durante todo el día siguiente.

Le dijo a su madre que seguía sintiendo los efectos de lo que le había ocurrido la noche anterior, algo que no era mentira.

No estaba segura si era el reconocimiento de la situación, la posibilidad de que realmente estuviera encinta, o cómo Fitz había reaccionado a todo, pero sentía como si tuviera una bola en la boca del estómago que se había vuelto dolorosa. Se sentía mejor tumbada en la cama con las rodillas recogidas bajo ella. Aunque sabía que no podía quedarse para siempre en esta habitación, por hoy, era donde tenía que estar.

Entonces su doncella entró con una bandeja de jamón, huevos y panecillos, y Eliza tuvo arcadas, casi enfermándose.

Su doncella salió rápidamente, y no pasó mucho tiempo hasta que Henrietta y Sloane llegaron en su lugar.

—¿Eliza? —dijo Sloane con cierta vacilación—. ¿Estás bien?

—No realmente —dijo ella, deseando poder hablar de esto, pero ciertamente no podía contarles a las hermanas de Fitz nada sobre su precaria situación.

Solo había una persona con quien podía hablar de esto. Siena. Eliza se preguntaba si su carta habría llegado a Siena por correo. Cerró los ojos mientras recordaba la alegría con la que la había escrito a pesar de su confusión, y cuánto había cambiado su situación desde aquel día hasta ahora.

—Debo pediros un favor —dijo—. ¿Ha llegado alguna carta para mí?

—No que yo sepa, pero puedo preguntarle a Hastings —dijo Henrietta con una amable sonrisa—. ¿Hay algo más que podamos hacer por ti?

—No —dijo Eliza, cubriéndose la boca con la mano antes de que se le escapara un gemido—. Gracias.

—Por supuesto —dijo Henrietta, dando unas palmaditas en la cama junto a ella antes de que ella y Sloane salieran de la habitación.

Eliza debió de haber dormido unas horas, porque cuando despertó al oír unos golpes en la puerta, la luz del sol ya no brillaba a través de la ventana. Restos de lágrimas permanecían en sus pestañas. Supuso que era su madre quien estaba en la puerta, y tuvo que parpadear varias veces para que su figura entrara en foco.

—Oh, lo siento mucho, no quería despertarte —llegó la suave voz, familiar y, oh, tan increíblemente bienvenida.

—¡Siena! —exclamó Eliza, prácticamente lanzándose fuera de la cama hacia su amiga, deteniéndose para evaluar cómo se sentía, aliviada al descubrir que sus síntomas parecían haber disminuido. Palpó a Siena por los brazos arriba y abajo para convencerse de que realmente estaba presente—. ¿Qué haces aquí?

—Recibí tu carta y pude leer lo que no me estabas diciendo: que necesitabas alguien con quien hablar. Puedo imaginar que sería bastante difícil explicar todo esto a Henrietta y Sloane, incluso ahora que han regresado.

—Sí, ciertamente lo sería —dijo Eliza, tomando la mano de Siena y llevándola hacia la cama—. ¿El duque también está aquí?

—Lo está —dijo Siena, con una suave sonrisa en sus labios, y el corazón de Eliza saltó de felicidad porque su amiga había encontrado tal amor—. Nunca querría que viajara tan lejos sola. Además, creo que echa de menos a Fitz, aunque no lo admita.

Eliza se inclinó hacia delante. —¿Cuánto le contaste sobre mi carta? —preguntó en un susurro.

—No mucho —dijo Siena, negando con la cabeza—. Solo que tú y Fitz os habíais acercado. Se sorprendió, pues apenas os hablabais

cuando estabais en Greystone.

—Eso fue a propósito, aparentemente —dijo Eliza, mordiéndose el labio antes de contarle a Siena lo que Fitz había dicho sobre sentirse atraído por ella y forzarse a sí mismo a evitarla.

—Bueno, eso es interesante —dijo Siena, mirando alrededor como si tuviera un secreto aunque estaban solas en el dormitorio, antes de bajar la voz—. ¿Cómo fueron vuestras... relaciones? ¿Fueron todo lo que habías imaginado?

—Oh, Siena —dijo Eliza con un gran suspiro y una risita—. Fueron mucho más.

Rieron por un momento antes de que Eliza se pusiera seria, sosteniendo las manos de Siena entre las suyas. —Sin embargo, hay un problema. Un gran problema.

Siena esperó pacientemente a que Eliza continuara.

—Creo que podría estar encinta —dijo Eliza, con la voz tan baja que Siena tuvo que inclinarse para oírla. Dios mío, ¿por qué no podía hablar más alto al discutir esto? Era casi como si creyera que si lo mantenía lo suficientemente silencioso, no sería verdad, pero, por supuesto, su creencia no causaría ningún cambio.

Los ojos de Siena se ensancharon, su boca formando una O redonda.

—Oh, Eliza —dijo, apretando sus manos entre las suyas aún más fuerte—. Oh, querida.

Permaneció así durante tanto tiempo que Eliza inclinó la cabeza para estudiarla. —¿Siena?

—Lo siento mucho —dijo, negando con la cabeza—. Es solo que estoy sorprendida, eso es todo. Supongo que no debería estarlo. Es un resultado natural.

Se mordió el labio, mirando a Eliza. —¿Ayuda saber que yo también lo estoy?

—¡Siena! —dijo Eliza, botando excitadamente sobre la cama—. Felicidades. —El mayor deseo de Siena siempre había sido ser madre, así que realmente eran las noticias más maravillosas.

—Gracias —dijo Siena, apretando las manos de Eliza—. Pero no quiero eclipsar ni ignorar tu situación.

—Mi situación —dijo Eliza con un suspiro, negando con la cabeza —. Sí. Espero que mi ciclo simplemente se haya retrasado, sin embargo, siempre soy tan puntual que parece una coincidencia demasiado grande que se retrase justo la única vez que he estado con un hombre.

—¿Se lo has dicho a Fitz?

—Sí —dijo Eliza, con un tono más áspero del que pretendía antes de relatar su conversación, si se le podía llamar así, de la noche anterior.

—¿De verdad dijo eso? —preguntó Siena, horrorizada.

—Sí.

—Apenas puedo creerlo —dijo Siena, cruzando los brazos sobre el pecho—. Puedo entender su sorpresa, pero él es tan parte de esto como tú. Además, ¿qué tendría de terrible que os casarais?

—Ojalá lo supiera —respondió Eliza—. Pero parece que no es algo que desee ni siquiera considerar. Podría entender su reticencia, pero sus acusaciones fueron un insulto completamente diferente. Creo que piensa que estoy intentando atraparlo para que se case conmigo, pero te aseguro que no tendría ningún deseo de casarme con un hombre que no quisiera estar conmigo ni pensara tan mal de mí.

—Por supuesto —murmuró Siena antes de negar con la cabeza—. Entrará en razón. Estoy segura. Los hombres pueden ser bastante obstinados a veces.

—¿A veces? —resopló Eliza—. Todo el tiempo.

—¿Te apetece dar un paseo? —preguntó Siena de repente, levantándose de la cama.

—¿Un paseo?

—El aire fresco me despeja tanto la cabeza como el estómago —dijo Siena con una pequeña sonrisa—. Si realmente estás encinta, pasará algún tiempo antes de que te sientas mejor.

Eliza gimió y se dejó caer sobre la cama mientras Siena reía y se acercaba al armario de Eliza para buscarle un vestido que pudiera llevar al exterior.

La única forma en que la situación de Eliza podría mejorar era que todo quedara en nada, pero al menos Siena estaba aquí.

Estaba segura de que podría superar esto.

Solo tenía que averiguar cómo.

* * *

Fitz no había podido quedarse en la misma casa que Eliza ni un momento más. Ni siquiera esperó a ver si ella bajaba a desayunar esa mañana. En cambio, había salido a montar para aclarar sus ideas y poder ver la verdad del asunto y determinar qué se suponía que debía hacer.

Un hijo. Algún día, probablemente sería padre, pero nunca se había tomado el tiempo para considerar lo que eso significaría realmente. Y con Eliza. Ella era una luz tan brillante, pero ¿era *demasiado* brillante?

Cerró los ojos mientras intentaba imaginar una vida con ella. Sería divertida, de eso estaba seguro. Pero solo podía imaginar las habladurías si desaparecía de Londres y regresaba con una esposa y un hijo en camino apenas unos meses después. Nadie le tomaría en serio. Pero, ¿qué otra opción tenía?

Fitz llegó al amplio campo abierto donde le gustaba permitir que el caballo estirara las patas cuando notó movimiento a su lado. Se giró rápidamente, preparado para defenderse, pero en su lugar, una amplia sonrisa se extendió por su rostro y la tensión dentro de él disminuyó cuando vio quién estaba allí.

—¡Levi!

Tiró de las riendas de su caballo mientras su amigo hacía lo mismo. —¿Qué estás haciendo aquí?

Estaba tan aliviado que cuando desmontó, casi envolvió a su amigo en un abrazo, pero por supuesto, eso nunca sería apropiado entre ellos dos.

—Mi esposa me dijo que necesitaba venir a ver a Eliza —dijo Levi, nunca uno de desperdiciar palabras.

—¿Así que viniste también?

—No tengo ningún deseo de separarme de ella por ahora.

—Por supuesto —dijo Fitz, recordando todo lo que Levi y su esposa habían pasado. Podía entender el deseo de Levi de mantenerse cerca para asegurarse de que Siena permaneciera a salvo—. Y querías verme a mí, claro.

Levi resopló y negó con la cabeza, pero Fitz vio el brillo en sus ojos que le indicaba que no estaba muy lejos de la verdad. Él y Levi habían sido amigos durante mucho tiempo, por mucho que Levi siempre se negara a reconocer lo que significaban el uno para el otro. No importaba. Fitz siempre estaba allí para recordárselo.

—He oído que has estado en peligro —dijo Levi mientras comenzaban a caminar con sus caballos uno al lado del otro.

—Potencialmente —dijo Fitz antes de contar la historia—. Estoy empezando a creer que todo fue producto de mi imaginación.

—¿Volverás a Londres para ver si surge algo de esto?

—He estado considerándolo —dijo Fitz, sabiendo que probablemente lo habría hecho mucho antes si no hubiera sido por Eliza—. No puedo esconderme aquí para siempre. Pediría a mi madre y a mis hermanas que se quedaran en el campo hasta que tenga una respuesta de un modo u otro. Supongo que eso no les sentaría bien, pero no estoy seguro de qué más se supone que debo hacer.

Bajó la mirada a sus manos y las cerró alrededor de las riendas, preguntándose cuánto debería contarle a Levi, pero luego se dio cuenta de que Eliza definitivamente no estaría ocultándole ninguna información a Siena.

—Hay otro asunto. Uno mucho más... delicado.

Le contó a Levi todo lo que había ocurrido con Eliza, incluyendo las noticias que ella le había comunicado la noche anterior.

—¿No te diste cuenta de que eso podía pasar? —dijo Levi, sin cambiar su expresión, y Fitz habría dado una patada en el suelo si no hubiera estado montado.

—¡Claro que sí! Solo esperaba... que no ocurriera. Además —dijo, encogiéndose de hombros—, no estoy seguro de que realmente esté encinta. O de que el bebé sea mío.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Levi sin juzgar, y Fitz le relató sus sospechas.

—Bueno —respondió Levi—, con el tiempo se haría evidente si está mintiendo sobre su estado. Aunque si esperaras para casarte con ella, sería bastante tarde y resultaría obvio qué fue lo que provocó vuestra dicha matrimonial.

Fitz asintió mientras Levi exponía todos los argumentos que él mismo había estado considerando.

—En cuanto a de quién sería el bebé... Sé que no puedo estar seguro, pero por lo que Siena me ha contado sobre Eliza, me resultaría difícil creer que estuviera con otro hombre y luego tramara atraparte de esta manera.

—Pero no puedes estar seguro.

—Uno nunca puede estar seguro de nada.

—¿Cómo puedo saberlo?

—En algún momento, supongo que tienes que decidir si confías en ella o no.

Fitz le lanzó una mirada dura. —¿Cuándo te convertiste en la voz de la razón?

Levi soltó una risa suave. —Siempre he sido razonable. Solo he decidido empezar a compartir mis pensamientos ya que, obviamente, he tomado decisiones tan maravillosas.

Fitz resopló mientras Levi se giraba para mirarlo más de cerca.

—¿Cuánto tiene que ver esto con Jessica?

—No me gusta hablar de ella.

—Por supuesto que no. Pero esta situación es notablemente similar.

—Demasiado similar —dijo Fitz, negando con la cabeza mientras dirigían los caballos de vuelta hacia la casa, aunque aún no estaba preparado para entrar y enfrentarse a Eliza o a cualquier miembro de su familia.

—Estás sesgado por ello.

—¿Cómo no iba a estarlo? Jessica hizo exactamente lo mismo. Me dijo que estaba encinta, y casi me caso con ella, hasta que el padre de su bebé vino a mí y me contó toda la verdad. Que estaban sin recursos y habían planeado utilizarme para mantener al niño.

—¿Cómo supiste que él no te estaba mintiendo? —preguntó Levi, y Fitz se echó hacia atrás el ala del sombrero para encontrarse con

su mirada.

—Lo sentí en mis entrañas.

—Y tenías razón: ese bebé nació apenas seis meses después de que hubierais estado juntos.

—Imagina si me hubiera casado con ella. Cómo sería mi vida.

—Lo habrías hecho funcionar.

—Quizás, pero ¿qué vida sería esa, construida sobre una base de mentiras... si es que ella hubiera permanecido a mi lado?

—No particularmente agradable, imagino —dijo Levi, y cabalgaron en silencio durante unos momentos.

—Después de escapar de la trampa, me dije a mí mismo que cuando me casara, sería un matrimonio práctico y ventajoso. Sin embargo, aquí estoy de nuevo.

—¿Qué sientes ahora? Dijiste que tu instinto te reveló la verdad antes. ¿Qué te dice ahora, respecto a Eliza?

Fitz cerró los ojos, confiando en que su caballo conociera el camino, antes de abrirlos y mirar a Levi con claridad.

—Ella no es de las que inventan historias.

Levi no dijo nada, esperando a que Fitz llegara a la conclusión por sí mismo.

—Está diciendo la verdad, ¿no es así?

Levi solo le miró fijamente con su único ojo bueno, mientras el otro permanecía oculto tras el parche.

—Maldita sea —dijo Fitz, negando con la cabeza mientras miraba al frente—. Supongo que voy a tener que casarme con ella.

Capítulo Diecisiete

—Ahí vienen.

Eliza se giró, siguiendo con la mirada hacia donde señalaba Siena. Efectivamente, Fitz y Levi estaban coronando la colina a caballo.

—¿De qué crees que están hablando? —le preguntó a Siena.

—De lo mismo que nosotras, imagino —dijo Siena—. Espero que Levi haya conseguido hacerle entrar en razón.

Paseaban por el huerto de Appleton. Los árboles estaban floreciendo, y Eliza sabía que producirían los frutos más hermosos en muy poco tiempo.

Casi como ella misma, pensó con una risa.

—Quizás si nos escondemos, no nos verán —dijo Eliza con ironía, pero Siena solo sonrió y negó con la cabeza, mirando hacia el horizonte.

—Levi me encontraría sin importar dónde me escondiera.

Eliza no pudo evitar sonreír con picardía, pero su amor era bastante adorable.

—A estas alturas, no estoy segura de querer casarme con Fitz, aunque me lo pidiera —dijo Eliza, cruzándose de brazos y apartando la mirada de los hombres que se acercaban para dirigirse a Siena, quien arqueó una ceja.

—¿Cuál es tu solución alternativa?

—Supongo que vivir con mis padres, inventar alguna historia sobre un soldado con el que me casé y que murió en batalla antes

del nacimiento, y luego criar al bebé sola.

Siena parpadeó.

—Se te ha ocurrido esa historia bastante rápido.

—¿Qué puedo decir? Soy una narradora por naturaleza —dijo con una sonrisa irónica antes de continuar—. Hay otra opción.

—¿Cuál es?

—Hacer exactamente lo que Fitz me acusó. Encontrar a otro hombre que me corteje rápidamente, se enamore de mí, se case conmigo y luego fingir que el bebé llegó antes de tiempo. Nunca tendría intimidad con él hasta después de nuestro matrimonio para fingir que así fue, pero el resto probablemente podría hacerlo. Quizás Lord Brighton estaría interesado. Sé que mi madre lo aprobaría.

La esperanza saltó en su corazón ante la posibilidad de una solución, y se dio la vuelta para apresurarse de regreso a la casa y sugerir que era hora de volver a Londres. Sin embargo, antes de que pudiera dar un paso, chocó contra algo alto, duro y muy ceñudo.

—Fitz —dijo, retrocediendo un paso, molesta porque hubiera podido acercarse a ella sin que lo notara—. ¿Por qué estás tan cerca de mí?

—*No* te casarás con Lord Brighton —dijo él, con las fosas nasales dilatadas mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Lo siento, pero no creo que tengas nada que decir al respecto —dijo ella, plantándose frente a él, negándose a ceder.

Él señaló su vientre. —Como ese es mi bebé, ciertamente tengo derecho a opinar.

—Oh, ¿ahora reclamas al bebé? Pensaba que era de otra persona... si es que existe —respondió ella, su ira igualando la de él.

—Creo que Levi y yo iremos a explorar el huerto. No estaremos lejos —oyó Eliza que murmuraba Siena, pero estaba demasiado concentrada en su batalla con Fitz para responder.

—Bebé o no, no irás con Lord Brighton. Ni para cortejos, ni amor, ni matrimonio, ni ninguno de tus malditos experimentos.

—Lord Brighton es solo una opción —dijo ella, dando un paso lateral para esquivarlo—. Podría encontrar a alguien más. Estoy segura de que muchos pretendientes estarían interesados en mí.

Él se movió con ella, bloqueando su camino. —No lo harás.

—Fitz —dijo ella, sin poder evitar extender la mano y empujar su pecho, liberando todas sus frustraciones contenidas—. Apártate de mi camino. Lo siento, pero por si no te habías dado cuenta, hay pocas opciones disponibles para una mujer en mi... probable... condición.

Volvió a empujarlo, pero esta vez él agarró sus muñecas, manteniéndolas cerca de su pecho.

—No te casarás con ninguno de ellos —dijo con firmeza, mirándola a los ojos—. Porque te casarás conmigo.

Se inclinó y, antes de que ella supiera lo que estaba pasando, presionó sus labios contra los suyos.

* * *

Fitz no estaba seguro de qué le había pasado.

Había accedido a casarse con ella, sí, pero no estaba precisamente feliz por ello. Luego, cuando se habían acercado a las mujeres en el huerto y había escuchado a Eliza contándole sus planes a Siena, una rabia posesiva se apoderó de él ante la idea de que ella pudiera estar con cualquier otro.

Las palabras salieron antes de que tuviera la oportunidad de considerarlas, y en ese momento, había sido incapaz de evitar capturar sus labios, bebiendo de ella, sabiendo en lo más profundo que por mucho que se hubiera dicho a sí mismo que una unión con ella estaría completamente equivocada, esto era lo correcto para él.

Ella le devolvió el beso durante unos instantes, su pasión por él era evidente, hasta que de repente rompió el beso, se echó hacia atrás y lo apartó de un empujón.

Era sorprendentemente fuerte para una mujer de su tamaño.

—¿Qué —siseó ella— crees que estás haciendo?

—Besando a mi prometida —dijo él, sacando pecho con posesividad en sus palabras.

—Por si no te habías dado cuenta, aún no he aceptado —replicó ella.

—¡Me dijiste que querías casarte! —contestó él, levantando las manos al aire.

—Sí, antes de que fueras un completo imbécil.

—No creo que ese sea el lenguaje que debería usar una señorita decente.

—¿En qué momento de nuestra relación te he parecido yo una *señorita decente*?

Estaban cara a cara, con los pechos agitados, y maldita sea, él quería besarla otra vez. ¿Merecía la pena arriesgarse? Probablemente. Pero prevaleció la razón y comenzó a retroceder lentamente, como si temiera que, si se movía demasiado rápido, ella pudiera atacarle o huir.

—¿Eso es un sí? —preguntó, arqueando una ceja, y ella soltó un gruñido apretando los puños a los costados.

—¡No!

—¡Pensaba que esto era lo que querías! ¿Cuándo tomarás una decisión definitiva? —preguntó, estupefacto. Eliza cambiaba de opinión de un momento a otro más rápido que una veleta en medio de una tormenta.

—¡Cuando determine si estoy o no encinta! —gritó ella, olvidándose de sí misma.

Y del hecho de que cualquiera podría estar paseando por el huerto.

Lo que, casualmente, estaba ocurriendo.

—Eliza Gertrudis Munroe, ¿qué acabas de decir?

Eliza se quedó inmóvil como una estatua, con los ojos muy abiertos y los labios entreabiertos.

Fitz se dio la vuelta rápidamente, quedándose inmóvil cuando vio a sus madres allí de pie en un evidente estado de angustia.

Sabía que sus problemas habían aumentado exponencialmente, y sin embargo, no pudo evitar centrarse en algo que sabía que no debería importar. Y sin embargo...

Miró a Eliza. —¿Acaba de llamarte *Gertrudis*?

Ella entreabrió los labios mientras lo miraba incrédula. —¿Qué importancia podría tener eso ahora mismo?

—Una gran importancia si tienes la más mínima intención de ponerle ese nombre a mi hijo.

Eliza se puso las manos en las caderas mientras lo miraba por encima de la nariz. —¿De verdad crees que le pondría a mi hijo un nombre tan horrible?

—¡Eliza! —intervino su madre, llevándose la mano al pecho.

—Lo siento, madre, sé que era el nombre de tu tía abuela favorita, pero mientras tú fuiste una hija obediente y escuchaste a tu madre, yo no he seguido el mismo camino. Desde luego no voy a empezar poniendo a mi hija un nombre tan monstruoso.

—A mí me gusta bastante la parte de Gertrude —murmuró la madre de Fitz junto a Lady Willoughby, colocando una mano reconfortante en su espalda antes de aclararse la garganta.

—Según esta conversación... ¿tenéis alguna noticia que compartir con nosotras, quizás sobre un *compromiso*?

Fitz intentó encontrarse con la mirada de Eliza, pero no pudo hacerlo ya que ella tenía los ojos cerrados, con la cabeza inclinada hacia el cielo en actitud suplicante, como si estuviera esperando que los cielos se abrieran y la salvaran de esta situación.

Esta situación, es decir, él y potencialmente, su hijo.

Lady Willoughby estaba abanicándose como si el calor del día —o esta conversación— la hubiera superado.

—Justo estábamos hablando de eso —dijo él con amabilidad, como si se refiriera a si iban a tomar el té juntos esa tarde.

—Todo esto es culpa mía —murmuraba Lady Willoughby, retorciéndose las manos mientras miraba a lo lejos—. Fui demasiado indulgente. Pensé que hacía lo correcto al dejarla hacer lo que quisiera, pero ahora... oh, Dios mío... me equivoqué.

—¡Madre! —exclamó Eliza, la reacción de su madre la sacó de su propio estupor—. No digas eso, por favor —dijo mientras se apresuraba y tomaba las manos de su madre—. Eres la mejor *mujer* que he conocido jamás, y ni que decir la mejor madre. No has hecho nada malo, te lo prometo.

—Sí, pero... —comenzó su madre, llevándose una mano a la frente mientras señalaba hacia Fitz y luego hacia la zona media de Eliza con la otra—. Esto no debería haber ocurrido.

—Quizás no —admitió Eliza—. Pero no todo está perdido.

—Estás soltera —replicó su madre—. Encinta.

—Creo que estoy encinta, sí —confirmó Eliza, mirando a Fitz. Su expresión no era de resignación como él esperaba, sino más bien una que decía que ahora estaban juntos en esto—. De momento estoy soltera, pero eso no será un problema por mucho tiempo.

—¿Entonces te casarás conmigo? —dijo Fitz, sorprendido por la emoción en su tono. Una emoción que provenía de un lugar inesperado dentro de él.

Todavía no podía decir que confiara completamente en Eliza, aunque había dicho la verdad cuando le dijo a Levi que su instinto le decía que ella nunca inventaría algo así.

Sin embargo, si iba a hacer esto —y ahora, parecía que no tenía elección—, entonces se entregaría por completo, como hacía con todo lo que emprendía.

Esposa, hijo, familia... todo se precipitaba hacia él a una velocidad aterradora. Y, sin embargo, iba a recibirlo con los brazos abiertos.

No tenía muchas más opciones.

—Sí —dijo ella con un asentimiento, sus ojos ardientes mientras lo miraba—. Me casaré contigo.

Capítulo Dieciocho

Puede que el futuro de Eliza ya no estuviera en sus manos, pero ella no era una mujer que se quedara sentada esperando a que las cosas le sucedieran. Necesitaba respuestas, y solo había un hombre que podía proporcionárselas.

Por eso ahora estaba sentada en el dormitorio de él, esperando su llegada, golpeando el suelo con el pie con impaciencia, aunque él no supiera que ella estaba allí.

Después de la confrontación entre Eliza, Fitz y sus madres en el huerto, las mujeres se habían reunido en la sala. A pesar de que todas las damas más cercanas a ella en todo el mundo habían estado a su lado —su madre, Siena, Henrietta, Sloane, así como el resto de las mujeres de la familia de Fitz—, las mejillas de Eliza habían permanecido bastante acaloradas mientras daba una explicación medio inventada sobre cómo ella y Fitz se habían acercado durante las últimas semanas y habían decidido que harían buena pareja.

Eliza había visto las expresiones bastante escépticas en los rostros de las mujeres, pero habían aceptado la historia —¿qué otra opción les quedaba?

Se incorporó rápidamente en el sillón frente a la chimenea cuando la puerta se abrió y Fitz entró en la habitación. No la vio inmediatamente, ya que se estaba frotando los ojos con los puños, lo que le dio a ella la oportunidad de observarlo más detenidamente sin que él lo notara.

Siempre le había parecido atractivo. Sumado a su encanto, era fácil entender por qué las mujeres estaban tan intrigadas por él.

Se preguntó si eso iba a ser un problema en su matrimonio. Si el suyo sería un matrimonio de verdad o uno solo de nombre como había oído tantas veces antes. ¡Qué triste sería eso!

Sus manos se apartaron de su rostro, que mostraba agotamiento. ¿Todo eso era por ella o había otros factores en juego?

—¿Fitz? —dijo tentativamente, y él dio un respingo cuando la vio.

—Eliza —dijo él, llevándose la mano al pecho—. ¿Qué haces aquí?

Sus ojos se iluminaron instantáneamente mientras recorrían su cuerpo con interés, pero esa no era su intención.

—Estoy aquí para hablar contigo —hizo una pausa, mirándolo significativamente—. Y solo para hablar.

—Muy bien —dijo con cautela—. ¿De qué te gustaría hablar?

—De por qué reaccionaste de esa manera conmigo —dijo ella, parpadeando para contener las lágrimas que empezaban a formarse en sus ojos al recordar cómo le habían dolido sus palabras—. ¿Qué querías que hiciera, Fitz? ¿No decírtelo? Y el hecho de que asumieras cosas tan horribles sobre mí...

Su voz se quebró y bajó la cabeza, sin querer que él viera cómo le había afectado.

—Eliza —dijo él con aspereza, y cuando ella levantó la vista, vio que él tenía las manos en los bolsillos mientras arrastraba la punta del zapato contra el suelo—. Lo siento.

—¿Lo sientes? —se burló ella, molesta porque él pensara que dos simples palabras podían arreglar las odiosas que había escupido antes—. Muy bien, pero voy a necesitar algo más que esa explicación. Puede que pienses que no nos conocemos bien, pero creía que te habías familiarizado lo suficiente conmigo como para saber que nunca intentaría atraparte en nada. Habíamos acordado un experimento, pero pasamos bastante tiempo juntos y pensé que éramos... amigos, como mínimo. Hasta tu reacción a mi noticia.

Él se frotó las sienes mientras ocupaba el sillón frente a ella, hundiéndose en él, con los codos apoyados sobre las rodillas.

—Tienes razón —murmuró prácticamente, y ella tuvo que inclinarse hacia delante para oírlo bien—. No se trataba solo de ti.

—¿Entonces de qué se trataba?

—Preferiría no hablar de ello.

—Igual que yo preferiría no estar en este aprieto contigo, pero aquí estamos.

Él suspiró mientras echaba la cabeza hacia atrás, mirando al techo antes de finalmente bajar la barbilla.

—Muy bien —dijo, esperando un momento antes de continuar—. Estuve en otra... situación antes.

Ella arqueó las cejas. —¿Te refieres a la mujer con la que dijiste que pensabas que construirías una vida?

—Esa misma —dijo él—. Ella también me dijo que estaba encinta y que el niño era mío. Era la viuda de un lord menor, así que alguien con quien pensé que podría simplemente... divertirme un poco —hizo una mueca—. Me doy cuenta de cómo suena eso.

—Oh, continúa, por favor —dijo ella, molesta, pero principalmente consigo misma por cómo estaba reaccionando a su historia sobre otra mujer.

—Acepté casarme con ella, aunque no era la mujer con la que habría querido casarme ni estaba preparado para casarme en ese momento. Sin embargo, sabía que si no hacía lo correcto, habría escándalo.

Eliza podía ver hacia dónde iba esta historia. —¿Mentía sobre estar encinta?

—No, en eso decía la verdad. Solo que no era mi hijo.

Bueno, eso era interesante.

—¿Mintió a propósito?

—Sí —dijo él, asintiendo con gravedad—. Junto con su amante que era el padre del bebé. Tramaron algún plan para hacerme creer que el bebé era mío. La idea era que para cuando nos casáramos y yo me diera cuenta del momento del embarazo, sería demasiado tarde para que yo negara nada.

—¿Cómo descubriste la verdad? —preguntó Eliza, más interesada en esta historia de lo que le gustaba admitir.

—El padre vino a verme y me contó lo que habían hecho. Dijo que su conciencia le obligó a confesarlo, pero estoy bastante seguro de que el motivo fue su celos de que ella estuviera con otro hombre y que yo fuera a criar a su hijo como propio.

Eliza asimiló su historia, tratando de darle sentido a todo lo que había ocurrido entre ella y Fitz.

—Puedo ver las similitudes, por supuesto, y entender mejor tu reacción —dijo—. Aun así, desearía que no hubieras asumido que yo era igual que esa mujer.

—Lo sé —dijo él, con la cabeza aún mirando hacia la alfombra—. Ahora puedo verlo. Confío en que me estás diciendo la verdad. Solo que... me impactó por un momento. Me transportó a otro tiempo.

Por mucho que quisiera aferrarse a su enfado por cómo la había tratado, no podía cambiar el pasado; solo podía asegurarse de que no volviera a ocurrir.

—Agradecería que pudiéramos empezar de nuevo —dijo—. ¿Por qué no rehacemos todo esto?

—¿Rehacer qué?

—Te estoy dando la noticia —dijo ella. Él la miró con incertidumbre, pero finalmente asintió.

—Muy bien.

Ella cerró los ojos, respirando profundamente mientras asumía el papel.

—¿Fitz?

—¿Sí, Eliza?

—Tengo motivos para creer que estoy encinta.

Su expresión vaciló por un momento, como si dudara de si continuar con esta farsa. Finalmente, cedió.

—Dios mío, Eliza, esas son noticias sorprendentes. —Era bastante bueno en esto. De no ser un conde, podría haber tenido una carrera en el teatro.

—Puedo entender que esto te resulte impactante.

—Sin duda lo es.

—También lo fue para mí. Por eso estaba tan abrumada cuando me di cuenta de la verdad.

—Yo... supongo que soy el único hombre con quien has tenido relaciones.

—Supones correctamente —dijo ella, lanzándole una mirada dura.

—Bueno... —Se aclaró la garganta—. Siendo ese el caso, solo hay una cosa que hacer.

—¿Cuál es?

Él tomó aire. —Eliza, ¿te casarías conmigo? ¿Serías mi esposa, y criaríamos juntos a este niño?

Cuando sus miradas se encontraron, surgió entre ellos el entendimiento que ella había estado esperando.

—Sí, Fitz —dijo suavemente, sin actuar ya—. Me gustaría eso.

Él extendió las manos y tomó las suyas. —Gracias por entenderlo.

—Todavía estoy enfadada contigo —dijo ella, dirigiéndole una mirada severa—. Desearía que me hubieras contado todo esto desde el principio.

—No es un tema fácil de discutir.

—Pero necesario con tu futura esposa. No más malentendidos, ¿me oyes?

—De acuerdo —dijo él—. Lo intentaré lo mejor que pueda. —Movió las cejas de una manera que habría parecido ridícula en otros hombres, pero de algún modo, él conseguía que resultara seductor.

—Sabes, ya que estás aquí, no podemos crear *más* escándalo. Quizás...

—¡No! —dijo ella, poniéndose de pie—. ¿No has aprendido la lección, al menos la segunda vez?

—No puedo dejarte más embarazada.

Ella puso los ojos en blanco. —Bueno, *yo* sí he aprendido la lección, al menos. Y no las lecciones que me estabas enseñando. No más experimentos. Esto me ha metido en más problemas de los que incluso yo puedo manejar.

Se dirigió hacia la puerta. La verdad era que no estaba preparada para acercarse más a él. Había demostrado lo mucho que podía herirla, y ella no confiaba en entregarle su corazón. Al menos, no todavía.

—Buenas noches, Fitz.

Y con eso se marchó, cerrando la puerta tras ella. Se sentía mejor, pero aún inquieta.

Tenía la corazonada de que esa sensación persistiría durante algún tiempo.

* * *

Fitz apenas vio a Eliza durante las cuatro semanas siguientes previas a su boda. Ella no acudió a él con la noticia de que se había equivocado en sus sospechas de estar esperando un hijo, así que debía haber acertado en su suposición inicial, o bien le estaba engañando. Pero tenía que apartar ese pensamiento o le volvería loco.

Con toda su familia preparándose para sus pequeñas nupcias, cuando él preguntó por qué Eliza le había estado evitando, ella le dijo que había estado absorbida con los preparativos.

—No entiendo por qué está llevando tanta planificación cuando seremos los únicos asistentes —dijo él una noche durante la cena—. No es que me importe tener invitados adicionales, pero no queremos arriesgarnos en este momento.

—Sigue siendo una ocasión para celebrar —había dicho Henrietta, aparentemente horrorizada de que él no se diera cuenta —. Nos gustaría que fuera una ocasión muy dichosa para ambos.

Y así, finalmente llegó el día, con un tiempo tan perfecto como podía ser, los cielos despejados y el sol brillando. El vicario había accedido a casarlos en la pequeña capilla, apenas utilizada, junto al huerto de Appleton. La temporada era apropiada, ya que la fruta había comenzado a crecer, salpicando el paisaje en varios tonos de rojo y naranja.

Al llegar a la capilla, Fitz vio a Eliza en un raro momento de soledad cerca de la puerta principal, contemplando el huerto.

Sus pies comenzaron a moverse hacia ella por voluntad propia y murmuró un rápido —disculpa— a Levi antes de continuar hacia ella, disfrutando observándola mientras se acercaba por detrás.

Pensó que había sido casi silencioso en su aproximación, pero parecía que ella lo había notado acercarse, porque habló antes de que él pudiera hacerlo, aunque todavía no se volvió a mirarlo.

—Esto es precioso —dijo Eliza con melancolía mientras el viento soplaba suavemente meciendo mechones de su cabello—. No podría pedir una ubicación mejor.

—¿Y qué hay de tu elección de novio? —preguntó él, y finalmente ella se volvió hacia él con una sonrisa socarrona.

—Servirá.

—Ni siquiera debería verte en este momento, según me han dicho —dijo él—. Pero quería asegurarme de que todo estaba bien. Que esto es lo que quieres. Después de esto, no hay vuelta atrás.

—Estoy bastante segura de que cruzamos ese punto hace algún tiempo —dijo ella, frunciendo el ceño—. Ahora se trata del niño. Uno que es tan real como siempre pensé que él o ella sería.

Él asintió, no queriendo que ella creyera que la estaba cuestionando una vez más —al menos, no en el día de su boda.

—Por supuesto —murmuró, mirándola un momento más, con tantas cosas que quería decir en la punta de la lengua, palabras que no parecía poder expresar.

En su lugar, le hizo un gesto con la cabeza y continuó hacia el interior de la capilla, con una extraña sensación de melancolía tirando de él. No porque se estuviera casando con ella —su intención de hacerlo era ahora segura. Era porque lo estaban haciendo con tantas cosas sin resolver entre ellos.

Solo había un camino a seguir ahora, sin embargo.

Hacia adelante.

Capítulo Diecinueve

Eliza estaba sentada en su dormitorio, con el camisón de su noche de bodas desplegado a su alrededor como si fuera un premio esperando sobre un pedestal.

Lo cual, supuso, era.

O se suponía que debía ser.

Excepto que en este caso, Fitz ya había recibido su regalo.

Aunque lo estaba esperando, dio un respingo cuando la puerta se abrió y Fitz entró.

—Eliza —murmuró él con una inusual vacilación en su mirada.

—Fitz —respondió ella.

Él avanzó lentamente hacia ella, deteniéndose antes de acercarse demasiado.

—¿Cómo estás?

Ella se habría reído de no estar tan nerviosa.

—Yo... —estaba a punto de decir que estaba bien, pero eso no era cierto en absoluto. *Había* estado bien, pero ahora la bola de ansiedad en la boca de su estómago había comenzado a crecer.

Era esa misma sensación que tuvo cuando se dio cuenta por primera vez de que podría estar embarazada, una que iba y venía pero parecía empeorar cuando estaba preocupada.

Como lo estaba ahora mismo.

—Me siento ligeramente indispuesta —admitió.

—Lamento oír eso —dijo él, acercándose a su lado y agachándose frente a ella—. ¿Es por el bebé? ¿Por nuestra boda?

¿Por el hecho de que esta es nuestra noche de bodas? Te prometo, Eliza, que no tengo expectativas.

—Gracias —dijo ella suavemente, incapaz de mirarlo por un motivo que no podía nombrar—. ¿Podríamos simplemente conversar un rato?

—Por supuesto —dijo él, tomando su mano y ayudándola a levantarse—. ¿Por qué no nos sentamos en la cama donde estaremos más cómodos?

Ella asintió antes de permitir que la condujera hasta allí. Él esponjó las almohadas, creando un espacio confortable para ella antes de recostarla contra ellas y luego tomar posición a su lado. No la tocó, dándole espacio mientras se acomodaba con una pierna sobre la otra y se relajaba con las manos cruzadas sobre su estómago.

—¿De qué te gustaría hablar?

—¿De nuestra ceremonia? —sugirió ella—. Fue hermosa.

—Lo fue —asintió él—. Aunque ninguna parte fue más hermosa que la novia.

—Eres amable —dijo ella, sintiendo un calor inesperado subiendo por sus mejillas.

—Solo digo la verdad.

Había sido una ceremonia encantadora. La capilla había sido ventilada y aun así conservaba un aroma a historia, a familia, a confort. Cuando entró, de alguna manera Eliza supo que todo iría bien.

—Yo... —comenzó a hablar pero entonces una ola de náuseas la invadió y gimió, moviéndose para quedar de lado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Fitz, arrodillándose inmediatamente sobre ella, sus manos acudiendo a sus mejillas.

—Simplemente no me encuentro bien —dijo ella—. Va y viene pero es peor cuando no como tanto como debería. Estaba tan absorta en todo lo que estaba sucediendo hoy que no tuve mucho apetito, especialmente durante la cena de esta noche.

—Lo noté —dijo él—, pero no estaba seguro de si me correspondía decir algo.

—Ahora eres mi marido —dijo ella con ironía—. Eso te da el privilegio de decirme lo que quieras.

—Puede que sea así, pero soy muy consciente de que no eres una mujer que se sentiría particularmente complacida si comentara cada uno de tus movimientos.

—Es cierto —admitió ella, cerrando los ojos y respirando por la nariz y exhalando por la boca mientras intentaba aliviar las sensaciones.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —preguntó él, y ella asintió lentamente.

—Necesitaría algo de comer.

—¿Qué te apetece?

—Pasteles —dijo ella—. Siempre me apetecen pasteles.

—Pasteles en camino inmediatamente —dijo él, prácticamente saltando hacia la puerta, y ella entreabrió un ojo para mirarlo.

—¿No vas a llamar a un criado?

—No confío en nadie para seleccionar los adecuados para ti —dijo, levantando un dedo—. Sé dónde esconde la cocinera los mejores.

Eliza no pudo evitar sonreír cuando él salió apresuradamente. Ciertamente habían tenido su malentendido, pero en el fondo, era un buen hombre. No habría aceptado casarse con él si no lo fuera.

Regresó más rápido de lo que ella esperaba, pero, siendo Fitz, no le había traído solo un pastel. Ni siquiera un plato de pasteles. No, Fitz le había traído una cesta entera.

—¡Fitz! —rio ella mientras se incorporaba para sentarse—. Gracias por la comida, pero ¡no podría comerme todo eso!

—Yo puedo ayudar —dijo él encogiéndose de hombros mientras se dejaba caer en la cama junto a ella—. ¿Cuál es tu favorito?

—¿Tienes un bollo Sally Lunn?

—Creo que sí —dijo con una sonrisa—. Esperaba que no dijeras que querías los bollos de Bath, ya que esos son mis favoritos.

Ella hizo una mueca. —Tienen pasas de Corinto. Los postres no deberían tener pasas de Corinto.

—¡Esa es la mejor parte!

Encontró uno para sí mismo y Eliza no pudo evitar mirar fijamente los cristales de azúcar que lo cubrían. Él notó la dirección de su mirada mientras le sonreía.

—¿Lo quieres, verdad?

—No quiero todo el bollo —dijo ella—. Pero un mordisco estaría bien.

Sin cuestionarlo, él le pasó el pastel y ella hundió los dientes en él, raspando el azúcar y la capa superior, evitando cuidadosamente todas las pasas, antes de devolvérselo.

—Gracias —dijo ella con la boca llena de pastel.

—De nada —respondió él, examinándolo más de cerca—. Veo que me has dejado todas las pasas.

—Por supuesto. No quisiera negarte el placer.

Se quedaron sentados en silencio durante unos minutos, terminando sus dulces, antes de que ella apoyara la cabeza contra las almohadas.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él.

—Las molestias del estómago han disminuido, pero el agotamiento no —dijo ella—. Apenas puedo imaginar cómo me sentiré dentro de unos meses si ya necesito tumbarme constantemente.

Él se estiró de lado junto a ella, con la cabeza apoyada en su puño.

—Encontraré a la mejor comadrona o partero que haya, a quien tú prefieras, además de Dot —dijo con sinceridad—. Nos aseguraremos de que recibas los mejores cuidados.

—Gracias —dijo ella con una pequeña sonrisa—. Lo agradezco. Y me alegro de que ahora me creas.

—Debería haberlo hecho desde el principio —dijo él con aspereza. Alargó la mano y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Duérmete.

—¿No quieres...

—Solo quiero que te sientas bien y te mantengas sana —dijo él, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Eso es lo único que me importa.

—Necesito preguntarte algo —dijo ella, trazando con la uña el bordado del cobertor dorado—. ¿Cuáles serán las... directrices de nuestro matrimonio? Sé que los matrimonios de la *ton* —especialmente los que no se basan en el amor— a menudo son matrimonios solo de nombre. Entiendo que no querías casarte, así que no te forzaré a nada, pero creo que es mejor si sé desde el principio qué esperar.

Él se incorporó sobre los codos y la miró profundamente a los ojos.

—Los inicios de nuestro matrimonio pueden ser poco convencionales —dijo—, pero no habrá nadie involucrado en nuestro matrimonio excepto nosotros dos. ¿Entiendes?

—¿No quieres tomar otras amantes? —Su corazón se aceleró al pronunciar esas palabras, pero tenía que preguntar.

—No —dijo él, negando con la cabeza enérgicamente—. Ninguno de los dos lo hará.

Ella asintió lentamente, tratando sin éxito de ocultar su incipiente sonrisa. No quería parecer demasiado ansiosa.

—Me gustaría eso —dijo suavemente.

—Bien.

Ella extendió una mano hacia él y lentamente deslizó sus dedos por su rostro. —¿Y qué pasaría si creo que me sentiría mejor si... disfrutáramos el uno del otro y de nuestra noche de bodas?

Su rostro se iluminó tan intensamente que casi la cegó. —¡Creo que es una idea maravillosa! —Hizo una pausa—. Pero solo si te sientes con fuerzas. Y si quieres parar en cualquier momento, es completamente comprensible.

Ella asintió. —Te lo diré si es así.

—Gracias.

Ella se inclinó, tomando la iniciativa.

Sus palabras de seguridad le calentaron el corazón, llenándola de una sensación de confianza y seguridad que nunca habría esperado que procediera de Fitz. Eso le dio la confianza para encontrar sus labios en lo que comenzó como un beso suave y vacilante.

Su tierno contacto en respuesta envió una oleada de calor por sus venas, y fue como si se hubiera encendido una chispa que

comenzaba a correr a lo largo de una línea de pólvora hasta su centro, donde explotó en una necesidad de él que abrumó todas sus otras sensaciones.

Sus brazos la envolvieron, atrayéndola más cerca en un abrazo más profundo mientras sus manos recorrían suavemente su espalda, enviando escalofríos en cascada por todo su cuerpo.

La mente de Eliza estaba inundada por un torbellino de emociones: deseo, anhelo y un nuevo sentido de pertenencia.

Habían estado juntos antes, pero ahora, unirse como marido y mujer parecía tener un significado completamente nuevo. Cada roce de sus dedos contra su piel, mientras se deshacía del camisón que había sido diseñado para caer fácilmente, se sentía como una revelación, despertando sensaciones previamente ocultas.

Su beso era el único lugar donde estaban actualmente unidos, pero él parecía estar interesado en cambiar eso mientras deslizaba su mano sobre la sensible unión entre sus piernas.

—¿Estás lista? —preguntó, y ella asintió contra él, volviendo sus labios a los suyos, encontrando comodidad y seguridad allí.

Él se colocó contra ella antes de deslizarse lentamente hacia dentro, encontrando su hogar. Su cabeza cayó hacia atrás mientras se rendía a las sensaciones que la recorrían, y con cada embestida subsiguiente gimió mientras se entregaba completamente a él, permitiendo que la vulnerabilidad la invadiera.

Su pulgar rodeaba su botón de nervios mientras continuaba con sus embestidas, hasta que ella se deshizo a su alrededor, dejándose llevar, las pulsantes olas recordándole cuánto había echado de menos esto, lo había echado de menos a *él*.

Sabía que entregarse a él de esta manera era abrirse a la posibilidad de un corazón roto, pero él había prometido que no se desviaría y permanecería en su cama y solo en su cama. Tendría que confiar en él en eso, tal como él había confiado finalmente en ella con este bebé que habían creado juntos.

Aun así, sabía que debía ser cautelosa. Tenía que proteger su corazón.

Porque si no lo hacía, podría perderlo todo.

* * *

Fitz no pudo contener el brío en sus pasos a la mañana siguiente después de dejar a Eliza durmiendo en la cama para comenzar su día.

—Ahí está el hombre casado —dijo Levi desde un rincón del estudio cuando Fitz entró, como siempre hacía, para enterarse de las noticias del día antes de desayunar.

—¿Por qué estás acechando ahí en las sombras? —preguntó Fitz.

—Me siento como en casa aquí —respondió Levi con ironía.

—Por supuesto que sí —dijo Fitz encogiéndose de hombros. Nada iba a afectarle hoy. Estaba en la cima del mundo—. Bueno, ¿qué te tiene escondido aquí esperándome esta mañana?

—Siena y yo creemos que es hora de volver a casa ahora que tú y Eliza estáis tan... felizmente casados.

—Estamos casados —dijo Fitz antes de encogerse rápidamente de hombros—. Y creo que somos felices.

—Esa es una forma extraña de expresarlo.

—Después de anoche, *realmente* creo que somos felices. O, al menos, podemos serlo.

—Así que estás diciendo que tu noche de bodas fue bien.

—Así fue, Levi, así fue —dijo con un suspiro, tomando asiento y reclinándose hasta que sus pies estuvieron lo suficientemente altos como para colocarlos sobre el escritorio, mirando a su amigo con los dedos entrelazados. Apenas notaba ya las cicatrices de Levi, estaba tan acostumbrado a ellas, pero sabía que aún debían dolerle. Parecía que la presencia de Siena en la vida de su amigo había ayudado a aliviar parte de su anterior inquietud sobre ellas.

Un golpe en la puerta señaló la entrada de Hastings, que era como un reloj cada mañana.

—Ha llegado el correo, mi señor —dijo el mayordomo, colocándolo sobre el escritorio de Fitz, y este asintió en agradecimiento, aunque decidió ignorarlo por ahora.

Hasta que una carta en la parte superior le llamó la atención.

Su nombre estaba garabateado en el centro con una caligrafía grande y gruesa en tinta negra. Era simplemente caligrafía, y sin embargo no podía evitar pensar que parecía siniestra.

—¿Te importa si abro solo una? —le preguntó a Levi, señalando el montón de papeles.

—Adelante.

Fitz se sentó tras su escritorio, buscando su abrecartas antes de cortar el sello, uno que no reconocía.

Desdobló el papel, con el corazón latiéndole ya más rápido mientras las palabras saltaban de la página hacia él.

Lord Fitzroy,

Sé que cree que esconderse en el campo mantendrá a usted y a su familia a salvo. Pero no se acomode, porque le encontraré, sin importar dónde se esconda. Tendrá que volver a Londres en algún momento, ¿no es así? O todo aquello por lo que ha trabajado será en vano.

¿Y qué es peor? ¿Morir o morir sin dejar legado?

Es su elección, mi señor.

Que gane el mejor.

La carta se le cayó de los dedos al escritorio, y levantó la mirada sorprendido para descubrir que Levi ya estaba allí, recogiéndola y leyéndola, con los sentidos agudizados por sus años en la guerra.

Miró bruscamente a Fitz, que permanecía en silencio, sin saber exactamente qué se suponía que debía hacer.

—Debemos ir a buscar a Hastings y preguntar de dónde vino esta carta —dijo Levi, ya empezando a resolver el problema.

—Del correo —dijo Fitz con voz inexpresiva—. Estaba tan seguro de que no había ninguna amenaza real. Que todo había acabado.

—Y ahora tienes una esposa y un hijo en camino en los que pensar, sin mencionar a una madre y siete hermanas solteras —dijo Levi con gravedad, comprendiendo la seriedad del asunto incluso antes que el propio Fitz—. Esto es un asunto serio, Fitz, y uno que debes abordar.

—¿Qué hago?

—Tienes que tomar una decisión. ¿Confías en ese detective que contrataste para que siga investigando el asunto, o regresas a

Londres y ves qué puedes encontrar por ti mismo? Es alguien que tiene problemas con tus políticas. ¿A quién podrías haber enfadado hasta tal punto?

—A muchas personas, supongo, si supieran lo que estaba haciendo.

—¿Mucha gente lo sabe?

—No que yo sepa. Pero ya sabes cómo habla la gente.

—Ni que lo digas.

—Consideraré mis próximos pasos.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —preguntó Levi, a lo que Fitz asintió—. Pregunta a tu esposa. Mira qué tiene que decir al respecto.

—No me importa hacerlo, pero Eliza puede ser... bastante imprudente. ¿Cómo puedo protegerla si ella no toma la decisión correcta por sí misma?

—Te sugerí que le pidieras su opinión —dijo Levi—. No necesitas pedirle que *tome* la decisión.

Fitz asintió. —Cierto.

—No creo que pueda dejarte con esto pendiente sobre tu cabeza.

Fitz hizo un gesto con la mano en el aire. —Nada ha cambiado. Es la misma amenaza que ha estado presente desde que Madeline intentó envenenarme por primera vez. Ve. Tu esposa debería estar en casa durante su confinamiento y no en un lugar donde podría estar en peligro. Me alegro por ti y te agradezco que hayas pasado las últimas semanas con nosotros.

—Por supuesto —dijo Levi con un asentimiento—. Estuviste ahí para mí durante tiempos difíciles, Fitz. Cualquier cosa que necesites, solo dímelo.

—Esperemos que no ocurra nada desagradable —dijo Fitz—. Pero si ocurre, sé dónde encontrarte.

Capítulo Veinte

La semana siguiente fue una de las mejores y a la vez una de las más difíciles en la vida de Eliza.

Después de despedirse de Siena y Levi, pasó la mayor parte de sus días relajándose con las hermanas de Fitz y la mayoría de sus noches intimando con él, en más formas que solo la física. No lo veía durante el día, pues él pasaba la mayor parte trabajando en su despacho, pero disfrutaba de los guiños especiales que le dedicaba cuando era hora de reunirse para cenar o de los momentos robados en los que él acariciaba su cuerpo o le susurraba dulces palabras al oído.

Era tan atento que casi olvidó que alguna vez hubo momentos —o dos— en los que había estado enfadada con él.

Todas sus pertenencias habían sido trasladadas a la habitación de la señora de la mansión un día después de su boda. Había estado vacía, pues la madre de Fitz se había mudado a otra habitación años atrás cuando Fitz se convirtió en conde. Aun así, Eliza se sentía como una intrusa, como si aún no hubiera ganado su lugar allí.

Fitz había estado acudiendo a ella con tanta regularidad a través de la puerta que los conectaba que, cuando no apareció en su dormitorio una noche, no supo qué pensar.

¿Habría supuesto que ella necesitaba tiempo lejos de él? ¿O se habría cansado de ella?

No siendo de las que se quedan sentadas esperando respuestas, abrió la puerta de comunicación, examinando la habitación de Fitz

para descubrir que el fuego estaba encendido en la chimenea, su ropa de noche estaba dispuesta sobre la cama abierta, pero el hombre en sí no se encontraba por ninguna parte.

Eliza bostezó mientras estiraba los brazos, lista para dormir, pero primero, encontraría a Fitz para darle las buenas noches.

Sabía exactamente dónde era probable que estuviera: en su despacho, trabajando arduamente. Para un hombre que había sido tan conocido por sus costumbres libertinas, su dedicación era admirable. Debía creer verdaderamente en su causa.

Caminó de puntillas por el pasillo y las escaleras, sin querer despertar a nadie dado lo avanzado de la hora, por lo que se sorprendió al oír voces procedentes del interior del despacho. ¿Su madre o una de sus hermanas no estaba aún acostada?

Se detuvo fuera de la puerta, sin querer interrumpir su conversación, pero entonces su ceño se frunció ante la voz desconocida.

Era femenina, baja, sensual y experimentada.

—¿Por qué vienes a mí con esto ahora? —preguntó Fitz con irritación en su voz.

—Tenía miedo antes —llegó la respuesta—. Por mi vida, por las vidas de aquellos con los que trabajo. Me sentía amenazada. Pero ahora... su hombre sigue regresando. Preguntando dónde estás, si has vuelto. No quería creer que no hubieses venido a vernos otra vez, dado que habías sido un visitante habitual durante tanto tiempo.

El interior de Eliza se congeló al darse cuenta de quién era probablemente esta mujer y qué tipo de negocio Fitz había frecuentado lo suficiente como para ser conocido.

—Así que, finalmente...

Hubo una pausa hasta que Fitz habló prácticamente con un gruñido. —Finalmente *qué*, Madeline?

Su respuesta fue tan baja que Eliza casi no la oyó. —Le dije que estabas en tu finca campestre.

—¿Le dijiste dónde estaba?

—No —dijo rápidamente—. ¿Cómo podría? No tenía ni idea.

—Esta no es la finca vinculada, así que podría ser más difícil de encontrar, pero eventualmente se puede localizar —dijo Fitz—. ¿Estás lista para decirme quién es este hombre?

—Desafortunadamente, no puedo darte un nombre —dijo ella—. Él no vino personalmente. Envió a un hombre en su lugar para actuar como mensajero.

—¿Conoces *su* nombre?

—No, pero puedo describirlo.

—Muy bien —dijo Fitz con un suspiro—. Cuéntame lo mejor que puedas, y yo escribiré al detective.

Hubo silencio salvo por los pasos que Eliza sabía que serían Fitz caminando de un lado a otro mientras la mujer probablemente hacía lo que él le había pedido.

—Dijiste que no sabías dónde estaba —dijo él, deteniéndose los pasos repentinamente—. ¿Cómo supiste entonces que debías venir aquí a Appleton?

—Le pregunté a uno de los lacayos en tu casa de Londres.

—¿Preguntaste?

—Yo... le di un incentivo para que me lo dijera.

—Ya veo —dijo Fitz irónicamente.

—Tomé la diligencia hasta aquí. Volveré en la próxima.

—Necesitas pasar la noche, ¿no es así? —dijo Fitz con cierta resignación.

—Así es —dijo ella, volviendo el tono sensual a su voz—. Podría quedarme contigo... compensarte por haber revelado información sobre ti.

El corazón de Eliza saltó de su pecho hasta su garganta. ¿Iba a aceptar la oferta de esta mujer? Ella era experimentada y había estado anteriormente con Fitz. Podía entender el atractivo.

Esperó su respuesta con el aliento contenido.

—No —dijo él bastante rápido—. Ahora estoy casado.

—¿Lo estás? —dijo la mujer, con humor en su tono—. Felicidades.

—Gracias —dijo él con aspereza.

—Sabes, el matrimonio no suele mantener alejados a muchos de mis clientes.

—He decidido ser fiel a mi esposa —respondió él.

Eliza se sobresaltó al considerar lo que él había dicho y cómo lo había dicho. Agradecía que no fuera a buscar a otra mujer, pero ¿era porque no tenía deseos de hacerlo o porque sentía que era lo correcto? Para otras mujeres, quizá no habría diferencia, pero para ella, sin duda la había.

—Admirable —dijo la mujer con frivolidad—. ¿Quizá podría tener una alcoba entonces?

—Te encontraremos algún sitio —dijo él—. Tal vez en la casa de viudedad. No está en uso actualmente.

—¿No quieres mancillar tu casa conmigo?

—No es eso —dijo Fitz—. Es solo que... mi esposa está aquí y yo...

—No quieres que ella sepa de tus relaciones conmigo.

Eliza decidió que ya había oído suficiente. Sabía que no debería estar acechando en las puertas, aunque hacerlo ciertamente le había revelado las intenciones de su marido. Pero no tenía deseos de escuchar cómo hablaban de ella.

Tomó aliento y abrió la puerta sin llamar.

—Su esposa no solo está en la casa sino en su habitación, así que notaría su ausencia —dijo Eliza, colocando lo que esperaba fuera una sonrisa segura en su rostro mientras evaluaba a la mujer que se había instalado en una de las sillas frente a Fitz.

La visitante estaba vestida para viajar, con una capa de fina tela, aunque no había manera de confundirla con una dama, con aquellos largos rizos pelirrojos en tirabuzón que flotaban libremente alrededor de su cabeza, el colorete que pintaba sus labios y rostro, y el lunar de belleza cuidadosamente colocado sobre su labio.

—Eliza —dijo Fitz, la sorpresa que cruzó primero su rostro transformándose rápidamente en pánico mientras su mirada iba y venía entre Eliza y la mujer—. Mi esposa, Eliza, Lady Fitzroy. Esta es Madeline, eh...

—Madeline, qué encantador conocerla —dijo Eliza, tomando la silla junto a ella. Eliza llevaba su ropa de dormir, pero ya habían dejado atrás esas formalidades—. ¿Tiene noticias para mi marido?

—¿Cuánto tiempo estuviste escuchando? —preguntó Fitz, apoyándose contra su escritorio, desconcertado pero aceptando la circunstancia.

—El suficiente —dijo antes de dirigir su atención a Madeline—. Diría que ojalá se hubiera presentado antes, pero el tiempo a solas nos permitió a Fitz y a mí volvernos extraordinariamente cercanos. Sin embargo, podríamos habernos ahorrado mucha tensión debido a la amenaza. Aunque, sabe que podría haberle escrito una carta a Fitz. O incluso haber acudido directamente al detective usted misma.

—No confiaba en el correo ni en quién pudiera encontrar la carta, y este detective no parece estar avanzando en vuestro caso —dijo Madeline, con un tono empalagosamente dulce—. Mi única confianza era hablar con usted personalmente.

—Te lo agradezco, Madeline. Sé que esto no habrá sido fácil para ti —intervino Fitz—. Te compensaré por los gastos del viaje.

—Gracias —dijo Madeline con un rápido asentimiento—. Regresaré a Londres mañana.

Fitz se sentó detrás de su escritorio, escribió algo y se lo entregó a Madeline. —Este es el nombre del detective. Por favor, ponte en contacto con él. Le escribiré yo mismo para pedirle que se asegure de que estés protegida y no corras ningún peligro.

Eliza odiaba la oleada de celos que la invadía. Fitz solo estaba haciendo lo que mejor se le daba: cuidar de otras personas. Eso no significaba que estuviera interesado en algo más con esta mujer.

—Gracias —dijo Madeline, alcanzando la carta, y Eliza no pasó por alto cómo permitió que sus dedos rozaran lentamente los de Fitz —. ¿Podría acompañarme a la casa de viudedad?

Eliza esperó la respuesta de Fitz con las cejas levantadas.

—Pediré a uno de los lacayos que lo haga —dijo Fitz antes de sonreír—. Pareces tener un don con ellos.

Madeline soltó una risotada ante eso mientras Fitz llamaba a uno de los sirvientes a pesar de la hora tardía.

Dándose cuenta de cómo se vería si alguien los encontraba a los tres, con Eliza en ropa de dormir, decidió que solo había una cosa que podía hacer. Confiar en Fitz.

—Te esperaré arriba —dijo con una mirada significativa a Fitz, a lo que él asintió.

—Muy bien. Estaré allí en breve —dijo, y Eliza se obligó a levantarse y salir por la puerta, dejando a su marido con una mujer experimentada, sensual y hermosa... y con su confianza.

Capítulo Veintiuno

El paso de Fitz era pesado mientras subía las escaleras hacia su dormitorio después de dejar a Madeline al cuidado de un lacayo.

Cuando Hastings la había acompañado a su despacho tras su llegada a Appleton, Fitz casi se había caído de la impresión, tanto por su llegada como por su atrevimiento al entrar directamente por la puerta principal de la mansión familiar.

Pero supuso que nunca había elegido a sus compañías por su discreción.

Por suerte, Hastings sabía que él no querría que ningún miembro de la familia se enterara de su presencia y la había conducido rápida y discretamente al despacho.

Cuando Eliza entró en la habitación, Fitz casi había salido por la puerta, tan desconcertado estaba por todas las revelaciones de la noche.

Afortunadamente, Eliza pareció bastante comprensiva con toda la situación. Solo esperaba que siguiera sintiéndose así cuando hablara con ella a solas.

—¿Eliza? —dijo, preguntándose por qué siempre se acercaba a ella con tanta vacilación. Supuso que era porque nunca antes había tenido esposa, ni siquiera alguien a quien tuviera que dar explicaciones. Siempre había supuesto que cuando se casara, sería con una mujer recatada que no requeriría explicaciones. Nunca podía estar seguro de lo que pasaba por la mente de Eliza.

—Has venido —dijo ella, incorporándose en la cama y arqueando las cejas.

—Por supuesto que he venido —respondió él, acercándose a la cama y tomando su mano entre las suyas—. ¿No creerías realmente que haría otra cosa, verdad?

De repente, le invadió la comprensión de que así era exactamente como ella se había sentido cuando él había cuestionado su embarazo: decepcionada de que, sin importar qué otras circunstancias hubieran surgido en el pasado, él no tuviera fe en ella.

—Fitz, si tuviera la más mínima sospecha de que podrías hacer algo que me decepcionara, nunca habría salido de esa habitación para luego recibirte de vuelta aquí —dijo ella.

—¿Confiabas en mí?

—Sí —respondió con un encogimiento de hombros—. No me has dado ninguna razón para no hacerlo.

La sonrisa empezaba a dibujarse en su rostro cuando ella levantó un dedo.

—Ahora bien, puedo admitir que no estaba particularmente entusiasmada al buscarte para darte las buenas noches y encontrarte encerrado a solas con una de tus antiguas amantes. Pero rechazaste firmemente lo que ella te estaba ofreciendo de manera no muy discreta.

—Es su profesión —dijo él—. Supongo que le resulta difícil desconectarla.

—Y tú eres un hombre difícil de dejar marchar.

—Eso es bastante amable por tu parte —observó.

—De vez en cuando tengo un lado agradable —le sonrió—. ¿Qué ibas a decirle antes de que yo interrumpiera?

Él frunció el ceño.

—¿Qué estaba diciendo?

—Le dijiste que no podía quedarse en la casa porque tenías esposa, y luego ibas a explicar más, pero entré yo.

—Ah —dijo él, arrugando la nariz como hacía cuando algo le preocupaba—. Iba a decirle que no confiaba en tenerla en la casa.

—¿Por el servicio? No hay otros hombres aquí. ¿O te preocupaba que te robara?

—No —negó con la cabeza—. Me preocupaba que intentara envenenarme otra vez.

—¿Qué? —exclamó Eliza, abalanzándose hacia él—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Ella fue a quien pagaron para envenenarme, pero me impidió beber el veneno antes de que pudiera hacerme daño —confesó, sin ver ninguna razón para ocultarle la verdad... hasta que vio su cara.

No estaba sorprendida. Estaba enfadada. Furiosa.

—¿Cómo has podido dejarla entrar en la casa?

—Nunca quiso hacerme daño. Ella...

—¡Fitz! Casi te mata. ¿Y si está aquí para intentarlo de nuevo, con la excusa de advertirte?

—Si hubiera querido matarme, ya lo habría hecho.

—A menos que hubiera planeado acercarse a ti, y por eso intentaba seducirte.

Esa idea nunca se le había ocurrido. Le gustaría pensar que Eliza solo estaba siendo excesivamente desconfiada y, sin embargo, tenía razón.

—Madeline dijo que se marcha mañana y que esta noche estará en la casa de viudas —dijo Fitz—. Todo irá bien, estoy seguro.

—Bueno, aun así, no pienso separarme de tu lado esta noche.

—¿Vas a protegerme, entonces? —dijo, arqueando una ceja mientras los hoyuelos aparecían en el rostro de ella.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer —respondió ella con picardía.

—Bien, me pongo en tus manos.

—Perfecto —dijo ella—. Ahora ven aquí. Te demostraré lo inteligente que has sido al someterte a ellas.

No tuvo ningún problema en hacer exactamente lo que ella le pedía.

Eliza atrajo a Fitz hacia ella, con el calor irradiando de su cuerpo. Él rodeó su cintura con los brazos, mientras el corazón de ella latía al mismo ritmo acelerado que el suyo. Las manos de ella subieron para

enredarse en su pelo mientras lo atraía hacia abajo para un beso profundo y apasionado.

Sus labios se encontraron en una explosión de deseo, con sus lenguas danzando y explorando. Las manos de Fitz recorrieron las curvas de sus caderas y el contorno de sus pechos. Eliza gimió suavemente mientras Fitz trazaba un camino de besos por su cuello, mordisqueando la piel sensible antes de levantar la cabeza para mirarla fijamente, queriendo memorizar cada detalle de su rostro: la forma en que sus ojos brillaban con deseo, la curva de sus labios mientras le sonreía, el aleteo de sus pestañas contra sus mejillas.

Eliza se incorporó, desabotonando lentamente la camisa de Fitz. Él la observaba con un hambre que nunca antes había conocido. Ella le quitó la camisa de los hombros, sus manos trazando cada hendidura de su abdomen.

—Eres tan hermoso —susurró ella, con una voz apenas audible.

Las emociones de Fitz se desbordaron ante sus palabras. Nadie lo había mirado jamás con tal admiración y ternura. Se inclinó para capturar sus labios nuevamente, sus cuerpos encajando perfectamente como si hubieran sido creados el uno para el otro.

A medida que su pasión se encendía, sus ropas fueron abandonadas, olvidadas en un montón en el suelo. Sus cuerpos se movían juntos al mismo ritmo, cada caricia provocando escalofríos en sus espinas dorsales. Eliza se arqueaba bajo él, una sinfonía de suspiros y susurros ininteligibles escapando de sus labios.

Su unión no era solo física; era una fusión de almas, una conexión que iba más allá de cualquier cosa que él pudiera expresar con palabras.

Se deslizó dentro de ella, encontrándola más que lista para recibirlo. Estaba húmeda y ansiosa, su cuerpo acogiendo el suyo con una intensidad feroz. Él embistió dentro de ella, impulsado por una urgencia primaria. Sus jadeos solo lo estimulaban más, hasta que los músculos de ella se contrajeron a su alrededor, estrechándose, y supo que estaba cerca. Empujó más fuerte, más profundo, su propio clímax aproximándose rápidamente.

Al alcanzar juntos la cima, los ojos de ella se fijaron en los suyos, emociones no pronunciadas extendiéndose hacia él, reflejando las

suyas propias.

Cayeron sobre las sábanas, tendidos y entrelazados, con los corazones latiendo al unísono, el calor de su pasión aún persistiendo entre ellos.

Fitz recorrió con un dedo la curva de la mandíbula de Eliza, tratando de absorber el momento y grabarlo en su memoria. Nunca olvidaría esta noche, cómo se sentía su piel bajo su tacto, cómo sonaba su risa en sus oídos. Respiró profundamente, absorbiendo el aroma de su cabello, esa fragancia terrosa y cálida del sol que había formado parte de sus sueños durante más tiempo del que le gustaría admitir.

Horas más tarde, Fitz seguía completamente despierto en medio de la noche, contemplando a su esposa dormida. Pasó suavemente la mano por su piel suave, deteniéndose al llegar a su abdomen, donde había una leve hinchazón que solo alguien familiarizado con su cuerpo notaría. Su hijo. Colocó la palma sobre su vientre, sobrecogido por un momento ante la idea de que juntos habían creado algo tan especial y que pronto habría una personita en el mundo dependiendo de él.

Otra persona.

Tenía que asegurarse de estar ahí para el pequeño, para Eliza, para sus hermanas y su madre. Había sido imprudente antes, cierto, pero todo lo que había hecho en la vida desde entonces había sido para su mejora y protección.

Esta amenaza que pendía sobre todos ellos se había prolongado demasiado. ¿Qué iba a hacer si seguían en peligro cuando llegara el bebé? No podía quedarse aquí escondido el resto de su vida. Tarde o temprano, lo encontrarían.

Prefería con mucho que ocurriera en sus propios términos, y no cuando —o donde— pusiera en peligro a sus seres queridos.

Miró a Eliza, lo pacífica que estaba mientras dormía.

Solo había una cosa que hacer para mantenerla a salvo.

Ella lo odiaría. Posiblemente lo odiaría a *él*. Pero al menos nada le ocurriría a ella o a su hijo.

Solo tenía que esperar que algún día lo entendiera.

* * *

Eliza despertó lánguidamente a la mañana siguiente.

Su estómago protestaba, pero cuando se giró hacia la mesita de noche, sonrió al ver que Fitz le había dejado uno de los bollos Sally Lunn que tanto le gustaban. Había descubierto que si comía antes de moverse, podía sentirse lo suficientemente bien para continuar con su día.

Echó un vistazo al lado de la cama donde él había dormido, la huella de su cabeza aún marcada en la almohada. Se había acostumbrado tanto a dormir en su cama que se preguntaba cuándo había sido la última vez que había dormido en la suya propia.

No le importaba. Le gustaba tenerlo cerca.

Él siempre se despertaba antes que ella, bajando a su despacho para poder terminar toda su correspondencia y enviarla a tiempo para que llegara al correo que recogía la diligencia.

Era bastante íntimo esto de vivir en compañía de otro.

La madre de Eliza se había marchado hacía apenas unos días. Se habían despedido entre lágrimas, con la promesa de su madre de regresar en unos meses, cuando se acercara el parto de Eliza. Se habría quedado más tiempo de no haber estado ansiosa por ver al padre de Eliza, a quien Eliza sabía que echaba desesperadamente de menos. Se preguntaba si ese amor que siempre había deseado —el que tenían sus padres— podría ahora estar realmente a su alcance. ¿Quién hubiera imaginado que podría ser con Fitz?

Terminado el pastelillo, se puso las zapatillas y esperó a que llegara su doncella para ayudarla a vestirse para la mañana.

Eliza tenía un brillo especial, uno que la hacía desear ver a Fitz y preguntarse si él tendría algo que decir sobre sus actividades de la noche anterior. Habían sido aún más apasionados que de costumbre, supuso que porque habían superado la prueba de confianza con la llegada de Madeline.

Cuando finalmente bajó y entró en el comedor, percibió desde el momento en que puso un pie dentro que algo no iba bien por la

manera en que toda la familia de Fitz —excepto el propio Fitz, que no estaba presente— dejó de hablar y se quedó mirándola.

—Buenos días —dijo, mirando alrededor de la sala, hasta detenerse finalmente en el rostro de Henrietta, que parecía bastante afligido, algo muy inusual en ella—. ¿Está todo bien?

—Sí —dijo finalmente la madre de Fitz, poniéndose de pie con los dedos entrelazados—. Debemos decirte algo.

Eliza esperó, incapaz de decir nada.

—Parece —comenzó lentamente su madre— que Fitz... se ha ido.

—Se ha ido —Eliza repitió la palabra como si al hacerlo tuviera más sentido—. ¿Adónde ha ido?

—Es Fitz —dijo Georgina, poniendo los ojos en blanco—. A Londres, obviamente.

—¡Georgie! —la reprendió Henrietta, dándole un codazo en el costado.

—Lo siento, pero Eliza sabe cómo es Fitz. Recibe una visita de una mujer trabajadora y...

—Georgina Spencer, ya es suficiente —dijo su madre firmemente antes de poner lo que Eliza estaba segura que pretendía ser una mano amable en su brazo—. Estoy segura de que no es así. Fitz simplemente está siendo...

—Estúpido —completó Eliza por ella, porque sabía exactamente lo que Fitz estaba haciendo—. Está tratando de que lo maten.

—No diría eso —dijo Lady Fitzroy, frunciendo el ceño—. Creo que solo...

Parecía que Georgina tenía más que decir al respecto.

—Madre está tratando de decir que quería volver a la emoción de Londres. Que se aburre de estar en el campo. Como todos nosotros. Solo que, por supuesto, él puede hacer lo que quiera mientras nosotras tenemos que quedarnos aquí sin nada que hacer, "por si acaso".

—No es eso en absoluto lo que está haciendo —dijo Eliza, negando con la cabeza de forma mecánica—. Está tratando de atraer a quien sea que le persigue. Para protegernos.

Miró alrededor de la mesa a todas las hermanas de Fitz, que estaban allí sentadas mirándola. La práctica Dot. La optimista

Henrietta. La apática Sloane. La malhumorada Georgina. Incluso la enfermiza Sarah y las dos más pequeñas, Betsy y Daphne, todas tenían la misma expresión. Lástima.

—Sé lo que estáis pensando todas —dijo Eliza—. Que Fitz está aburrido de *mí*. Que le estoy dando más importancia a nuestro matrimonio de la que tiene. Pero sé que no es así. Fitz está preocupado de que quien le persigue haya descubierto nuestra ubicación. Estoy segura de que piensa que si abandona Appleton, alejará el peligro de nosotros. El único problema es que ahora está solo para enfrentarse a su adversario.

Sin embargo, parecía que nadie la creía del todo, aunque eran demasiado educados para decirlo.

—Eliza, ¿por qué no te sientas y desayunas? —preguntó Henrietta, forzando una sonrisa en su rostro, pero Eliza de repente se vio invadida por una oleada de náuseas y supo que no podía quedarse allí ni un momento más.

Con una mano apretando su estómago y la otra cubriendo su boca, salió corriendo de la habitación tan rápido como pudo antes de hacer realmente el ridículo.

De alguna manera, logró subir las escaleras y llegar a su cámara antes de sentirse realmente enferma, y minutos después, Henrietta entró apresuradamente en la habitación tras ella.

—¿Eliza? —llamó mientras cruzaba la puerta y entonces, viendo a Eliza inclinada sobre el orinal en la esquina, corrió hacia ella, deteniéndose detrás, rodeándola con sus brazos—. Oh, Eliza, lo siento tanto.

—No es culpa tuya —dijo Eliza, negando con la cabeza—. De hecho, no hay nada que puedas hacer. No estoy disgustada por lo que me habéis dicho, de verdad que no. Es la idea del peligro en el que Fitz se ha puesto.

Henrietta la dejó un momento antes de regresar con un trozo de lino fresco y húmedo.

—Toma —dijo, extendiéndoselo, y Eliza lo tomó agradecida, presionándolo contra su cara.

—Gracias.

—¿Por qué no te acuestas un rato?

—No puedo. Descansaré en el carruaje.

—¿El carruaje? —dijo Henrietta, irguiéndose—. ¿Adónde vas?

—A Londres. A buscar a Fitz.

—Eliza, ¡no puedes ir a Londres!

—Debo hacerlo. No puedo permitir que Fitz esté solo.

Henrietta ya estaba negando con la cabeza.

—Pero la razón por la que te dejó fue precisamente para que permanecieras a salvo.

—Cierto —convino Eliza—. Por eso no iré directamente a Londres, sino que lo rodearé.

—Me temo que estás hablando en círculos que no puedo seguir.

—Voy a ir a ver al Duque de Dunmore. Él podrá ayudar a Fitz. Se formó en la guerra, ¿no es así? Conociendo a Fitz, no le dijo al duque que volvía a Londres para que Levi no supiera que podría necesitar su ayuda. Luego me quedaré con Siena para que él se sienta tranquilo estando lejos de ella.

Henrietta hizo una pausa antes de asentir lentamente.

—Muy bien. Creo que puedo aceptar ese plan.

Eliza le dio unas palmaditas en el brazo antes de sonreírle.

—Aprecio tu aprobación, pero no estoy segura de necesitarla.

—Por supuesto —dijo Henrietta, mordiéndose el labio—. Solo quiero que estés a salvo. Tú y el bebé. Mi sobrina o sobrino.

Una sonrisa iluminó sus labios, y Eliza tuvo que parpadear para contener las lágrimas que se formaban rápidamente. Cielos, estar encinta ciertamente estaba poniendo sus emociones en un torbellino.

—Gracias, Henrietta. Realmente estamos muy agradecidos de tenerte en nuestras vidas.

Henrietta también sorbió rápidamente antes de levantar la mirada.

—Bueno. Probablemente debería ir contigo. No puedes ir sola.

—Debo hacerlo, aunque agradezco la oferta, Hen. Sin embargo, ya será bastante malo cuando Fitz se dé cuenta de que he dejado Appleton. Si te involucro a ti también, solo empeorará las cosas, y me sentiría fatal si te ocurriera algo. No. Esta es mi elección, y sufriré las consecuencias yo sola. ¿Y Henrietta?

Su amiga parecía preocupada, pero ya no discutía.

—¿Sí?

—Por favor, no le digas a nadie que me voy hasta después de que me haya marchado. Sé que probablemente parezca estúpido por mi parte ir, pero no puedo permitir que Fitz esté solo. La idea me llena de tanta aprensión que sé que estaría peor si me quedara aquí sin él.

Henrietta la miraba horrorizada.

—Le amas.

—¿Qué? —se sobresaltó Eliza—. Estamos casados. ¿Por qué dices eso?

—Por la forma en que hablas de él. Ese miedo. Una mujer solo habla así de alguien a quien ama. Os conozco lo suficiente a ambos para saber por qué os casasteis realmente. No fue por amor entonces. Pero lo es ahora.

—No —dijo Eliza, negando con la cabeza—. Yo no... es decir, no puedo...

—Lo sé —dijo Henrietta, poniendo una mano en su brazo—. Puedo ver cómo Fitz sería el hombre más difícil y más fácil de amar. Fácil para una hermana quererlo. Mucho más difícil para una mujer que está tratando de proteger su corazón.

—Es justamente eso —dijo Eliza, con los ojos nuevamente llorosos—. Tengo miedo. Miedo de que sea demasiado imprudente y lo pierda de esa manera. Miedo de que pueda aburrirse de mí y buscar a otra. Es demasiado.

Henrietta se acercó a ella y la abrazó.

—Lo resolveréis. Sé que lo haréis. Pero pase lo que pase, Eliza, mantente a salvo. ¿Por favor?

—Siempre —asintió Eliza—. Ahora bien, si voy a llegar a Greystone en un día, debo irme ya. Te veré muy pronto.

—Te tomo la palabra. Adiós, Eliza.

—Adiós, Hen.

Capítulo Veintidós

Todas las miradas se volvieron hacia Fitz cuando entró en la Cámara de los Lores. Le siguieron mientras caminaba hacia su asiento en la pequeña sala y acomodaba el peso de su túnica carmesí sobre los hombros. Su mirada se desvió hacia el trono vacío situado en la parte delantera de la sala mientras le invadía la calidez de los paneles de madera, los tapices y las vidrieras que representaban símbolos heráldicos y escenas históricas.

Podía admitir que lo había echado de menos, que había extrañado esto, pero en ese momento, echaba más de menos a su esposa.

No podía evitar preguntarse cómo habría reaccionado ella al descubrir que se había marchado. ¿Habría asumido que la había abandonado a *ella*? Eso estaba muy lejos de la realidad, pero si eso era lo que necesitaba creer para mantenerse a salvo, que así fuera.

Quien fuera que le persiguiera debería hacer su intento cuanto antes para que todo saliera a la luz. Estaba harto de esconderse, harto de la constante preocupación por aquellos que más le importaban.

Iba a poner fin a esto. Casi podía oír a Eliza diciéndole que lo hiciera con inteligencia.

—Lord Fitzroy.

Fitz casi gimió en voz alta al ver a Lord Mandrake de pie a su lado, esperando su atención.

—Mandrake —asintió a modo de saludo, sin querer molestarse con más cortesías.

—No he recibido respuesta por su parte respecto a mi petición.

—¿Su petición?

—Me gustaría obtener permiso para cortejar a su hermana una vez que regrese a Londres.

Fitz se pasó una mano por el cabello.

—Mandrake, dije que no.

—¿Por qué no?

—¿Disculpe?

—Un hombre merece saber por qué se rechazan sus avances, ¿no cree? Su hermana podría encontrar algo mucho peor que un hombre como yo.

—Porque... porque... —Porque Mandrake era un aburrido. Porque parecía preocuparse mucho más por sus inclinaciones políticas que por cualquier mujer. Inclinaciones que no tenían nada que ver con las de Fitz.

—Entiendo que no compartimos muchos puntos de vista —continuó Mandrake como si le leyera el pensamiento—. Pero lo que sí compartimos es que ambos queremos lo mejor para su hermana, y confieso que estoy desarrollando sentimientos de... bueno, amor hacia ella.

—Amor —repitió Fitz, parpadeando—. Apenas la conoce.

—La conozco lo suficiente como para respetarla y admirarla más que a cualquier otra mujer. He conocido a muchas en mi tiempo y nunca mi corazón ha latido con tanta certeza por otra.

Fitz tuvo que asimilarlo un momento antes de poder responder. ¿Cómo podía Mandrake confesar que amaba a su hermana cuando Fitz apenas sabía lo que sentía por su propia esposa? Aunque, por lo que Mandrake había dicho, quizás... solo quizás... él mismo podría tener algunos de esos sentimientos. Por eso Mandrake no podía saber si amaba a Dot o no.

No pudo evitar darse cuenta de que quizás estaba siendo demasiado terco al impedir que su hermana recibiera las atenciones de un hombre que quizás realmente le gustara. Aunque si Lord

Mandrake estaba interesado... ¿podrían aparecer otros que pudieran ser más adecuados?

Se enderezó en su asiento cuando se dio cuenta de que Mandrake seguía de pie junto a él, esperando su respuesta.

—Le diré algo, Mandrake —dijo—. Si, cuando mi hermana regrese a Londres, ella parece interesada en pasar tiempo con usted, entonces lo permitiré. Le advierto, sin embargo, que no ha estado particularmente interesada en el cortejo de ningún hombre en el pasado.

—¿Permitirá que ella decida?

—Lo haré.

No era un monstruo, ni un hipócrita.

—Muy bien. Gracias, Lord Fitzroy.

Con eso, Mandrake se alejó, con sus tacones resonando mientras se iba.

—¿De qué iba eso? —Fitz se giró para encontrar a Lord Brighton al otro lado. Aparentemente, había oído la última parte.

—Mandrake quiere cortejar a Dot.

—¿Va a permitirlo? —preguntó Brighton con sorpresa.

—Supongo —dijo Fitz encogiéndose de hombros mientras comenzaba a organizar sus pertenencias, pero Brighton no había terminado con él.

—Tengo entendido que hay que felicitarle —dijo Brighton, y Fitz notó que varios oídos se volvieron hacia ellos. No había leído ninguno de los periódicos de escándalos ni oído ningún chismorreo últimamente, pero podía imaginar que su matrimonio habría sido de gran interés.

—Gracias —dijo con brusquedad, descubriendo que, extrañamente, no tenía ningún deseo de hablar de Eliza con ninguno de estos hombres, como si quisiera proteger lo que tenían de cualquiera ajeno a sus vidas—. Lady Fitzroy y yo somos muy felices.

Lo cual, se dio cuenta, era la verdad. Era feliz con Eliza, y dejarla había sido más difícil de lo que jamás hubiera imaginado.

Brighton tenía una expresión extraña, que Fitz asumió se debía a la decepción de que Eliza ya no estuviera disponible.

—Anímate, Brighton —dijo, sin poder evitar la vivacidad de su sonrisa—. Hay muchas otras jóvenes encantadoras por ahí. Estoy seguro de que alguna de ellas pasará por alto tus defectos.

Se rio de su propia broma, pero Brighton no estaba del todo divertido.

—¿Estás tan contento que ya no estás considerando ese proyecto de ley tuyo?

—En absoluto —dijo Fitz, negando con la cabeza, sabiendo que Brighton era un fuerte partidario—. Ella es una firme defensora de mi causa y de los cambios que intento realizar.

—Muy bien —dijo Brighton, antes de dirigirse a su asiento mientras comenzaban los procedimientos del día.

Fitz suspiró aliviado de que Eliza fuera suya y no hubiera considerado la idea de ningún otro pretendiente; la idea de que se casara con Brighton o con cualquier otro hombre era casi insoportable para él.

Negó con la cabeza mientras consideraba cuánto deseaba que Eliza fuera suya y solo suya. Por todas las leyes y derechos, lo era.

Y sin embargo, eso no significaba nada si ella no lo elegía con su corazón y su alma.

Ahora que la había dejado, se preguntaba si alguna vez tendría la oportunidad de hacer que eso se hiciera realidad.

* * *

—¿Vienes a tomar una copa con nosotros, Fitzroy? —le llamó Brighton después de que finalmente concluyeran los procedimientos del día.

Fitz dudó. Había querido consultar con su detective para discutir sus próximos planes. Esperaba que pudieran atraer a la persona que amenazaba su vida haciendo que estuviera solo en algún lugar que resultara bastante tentador, mientras el detective y sus hombres esperarían emboscados.

Eso, sin embargo, llevaría algún tiempo organizarlo.

—Claro —dijo—. ¿Por qué no?

No es como si actualmente tuviera una esposa a la que volver, aunque descubrió que su deseo de quedarse hasta tarde había disminuido y, en cambio, simplemente deseaba tomar una copa con viejos amigos antes de regresar a casa a sus sueños donde podía imaginar a Eliza.

No pasó mucho tiempo hasta que cinco o seis caballeros se sentaron alrededor de una mesa en White's, Fitz con su whisky habitual delante de él.

—Brindemos por el regreso de Fitz —dijo Brighton, levantando su copa.

Fitz asintió y bebió un sorbo, sintiendo el familiar ardor bajando por su garganta hasta su estómago.

No resultaba tan reconfortante como recordaba, porque este no era el lugar donde quería estar. Estas no eran las personas con las que quería estar.

Pero era donde *tenía* que estar, se recordó. Para proteger a aquellos a quienes amaba.

Lo que, se dio cuenta en una revelación impactante, incluía a su esposa.

Tenía que resolver esto y volver con ella.

Lo antes posible.

Fue su último pensamiento cuando su estómago comenzó a burbujear y su frente empezó a sudar. Las voces de sus amigos se volvieron distantes mientras la habitación comenzaba a inclinarse antes de que el mundo a su alrededor se desvaneciera por completo.

Y entonces todo se volvió negro.

* * *

Eliza estaba exhausta cuando el carruaje se detuvo ante las puertas de Greystone.

Había sido un viaje más largo de lo que recordaba, hecho aún más largo por el hecho de que estaba sola.

Era la primera vez que viajaba sola, una libertad que apreciaba como mujer casada.

Era irónico que cuando finalmente podía viajar sin carabina, lo único que deseaba era estar con su marido.

Rezaba para que estuviera bien, pero a pesar de su desesperación por verlo con sus propios ojos, sabía que era mejor no ir a Londres ella misma. Hacerlo solo lo pondría en más peligro.

El duque ayudaría. Tenía que hacerlo.

—¡Eliza! —Siena bajó corriendo las escaleras principales para recibirla—. ¿Qué haces aquí?

—Es una larga historia —respondió, aceptando el abrazo de Siena —. Una que me gustaría contarle también a Levi. Fitz está en problemas.

—¿En problemas? —repitió Siena, claramente preocupada—. Por supuesto. Entra, te acomodaremos.

—No hay tiempo para eso —dijo Eliza, dándose cuenta al ver a Levi salir del salón sin chaqueta ni corbata que había interrumpido el tiempo que Siena y Levi pasaban juntos después de la cena, pero habría muchas otras noches para eso.

—Lady Eliza... es decir, Lady Fitzroy —dijo Levi, frotándose la frente como si estuviera despertándose de un sueño—. ¿Ha hecho Fitz algo para ofenderte?

—No —dijo rápidamente—. Bueno, no intencionadamente.

—No estoy seguro de que me guste cómo suena eso.

—Dejó Appleton para enfrentarse a su amenaza.

—¿Lo hizo? —dijo Levi, arqueando una ceja por encima de su parche—. ¿Por qué haría algo así?

—Solo puedo adivinar, ya que no me explicó sus planes —dijo algo impotente—. Todo lo que sé con certeza es que partió hacia Londres. El resto son solo suposiciones.

—No importa cuál sea su intención, si está solo en Londres, está en peligro —dijo Levi gravemente, confirmando sus sospechas—. ¿Ha venido a ver si podría ayudar, verdad?

—Exactamente —dijo ella, casi derrumbándose contra la pared con alivio al ver que él comprendía—. Sé que no quiere dejar a Siena, pero si yo me quedara aquí con ella, ¿podría usted ir a Londres y asegurarse de que Fitz está bien? Espero que al menos

haya contactado con el detective, pero no puedo saberlo con certeza.

—Por supuesto —dijo él—. Partiré en breve.

Se acercó a Siena, la rodeó con sus brazos y la estrechó contra sí. Eliza tuvo que parpadear para contener las lágrimas una vez más ante el afecto que se mostraban el uno al otro, esperando que pronto pudiera demostrarle a Fitz la profundidad de su propio sentimiento.

Porque Henrietta había tenido razón.

Le amaba.

A pesar de todas sus intenciones de separar sus emociones de su unión física, no pudo evitar haberse enamorado de la forma en que él la había cuidado cuando no se encontraba bien, de cómo se dedicaba a su trabajo a pesar de su anhelo de ocio, y de la encantadora y afable manera con la que afrontaba la vida.

Apenas podía esperar a verle de nuevo para decírselo.

Solo tenía que creer que habría la oportunidad para hacerlo.

Capítulo Veintitrés

—¿Eliza? ¿Siena?

Eliza intercambió una mirada de inquietud con Siena desde el otro lado de la mesa del desayuno.

—¡Estamos aquí! —gritó Siena mientras ambas se ponían de pie. Levi se había marchado solo la noche anterior. Eliza rezaba para que estuviera regresando para decirles que Fitz estaba bien y, con suerte, que hubiera accedido a acompañarlo aquí mientras elaboraban un verdadero plan. Sin embargo, la urgencia en su voz hizo que su corazón latiera tan rápidamente que imaginó que estaba a punto de salírsele del pecho.

Levi entró en la habitación, bastante desaliñado. Eliza se dio cuenta de que su petición de que fuera a Londres era enorme, porque a pesar de la proximidad a su finca, él había regresado a la ciudad solo un par de veces desde que resultó herido. Sabía, sin embargo, que Fitz era la única persona por quien estaría dispuesto a arriesgarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eliza, cruzando la habitación hacia él, consciente de que estaba siendo bastante grosera, pero no podía evitarlo. Necesitaba la verdad de inmediato—. ¿Dónde está Fitz?

—Fitz está... en su casa de Londres.

—¿Solo? —insistió ella, preguntándose por qué demonios Levi lo habría dejado allí.

—No. Contraté a otro detective para que lo cuidara y se asegurara de que esté bien atendido. Un detective que realmente

podría marcar la diferencia, a diferencia del primero. Archibald, creo que se llama.

—¿Por qué lo contrataste *tú* y no Fitz? —preguntó Eliza y, cuando Levi no respondió, Siena colocó una mano en el brazo de su marido.

—¿Por qué no te sientas y nos cuentas lo que has descubierto? Te serviré un poco de té.

Levi asintió, tomando asiento de manera rígida, pasándose una mano por la cara. Eliza volvió a su silla, intentando ser lo más paciente posible y no exigir información sobre Fitz.

—Cuando llegué a Londres, Fitz ya estaba en casa —comenzó, aclarándose la garganta, sin mirar a ninguna de las dos a los ojos—. Había estado en White's con otros caballeros. Acababan de sentarse cuando tomó una bebida.

Hizo una pausa, y esta vez Eliza no pudo evitar preguntar:

—¿Y?

—Y entonces, al parecer, perdió el conocimiento.

—¿Qué? —no pudo evitar prácticamente chillar, mientras se levantaba de un salto de su silla—. ¿Está... ha...?

—Está vivo —dijo Levi, leyendo sus pensamientos—. Pero aún no ha despertado.

Eliza sintió como si ella misma fuera a desmayarse, y no era una mujer propensa a los desmayos. Se abanicó el rostro e inmediatamente sintió a Siena a su lado, con sus manos bajo su codo y hombro mientras la guiaba de vuelta a la silla, colocando un paño fresco y húmedo contra su mejilla.

—Eliza, respira profundamente —dijo Siena, mirando a su marido, que permanecía tan estoico como siempre—. No olvides que debes mantenerte fuerte por tu bebé.

—Cierto —dijo, tratando de hacer lo que Siena decía e inspirar por la nariz y exhalar por la boca para mantener la calma—. ¿Llamaron a un médico?

—Sí —confirmó Levi—. Fue a través de él que supe de este detective que aparentemente es competente y no solo busca cobrar el dinero de los nobles. El médico examinó a Fitz y, por lo que pudo determinar, parece que Fitz fue envenenado.

—Nunca debió haber ido a Londres —susurró Eliza.

—Estoy de acuerdo —dijo Levi—. Pero no hay nada que podamos hacer en este momento. El médico pudo inducirle el vómito, lo que con suerte eliminó parte del veneno de su sistema, pero Fitz ingirió lo suficiente como para afectarle. El doctor Hudson no estaba seguro de poder hacer más, ya que no sabemos qué tipo de veneno era.

—¿Podría la copa proporcionar alguna pista? —dijo Eliza, arrugando la nariz.

—Había desaparecido para cuando alguien se dio cuenta de lo sucedido. —Levi parecía bastante inquieto, como si tratara de determinar qué decir antes de continuar—. El resto de las copas permanecieron en la mesa, así que es probable que alguien retirara intencionadamente la de Fitz.

—Quien estuviera con él probablemente fue quien lo envenenó —respiró Eliza.

—Es probable, aunque había bastantes caballeros reunidos —dijo Levi—. El detective está investigándolo mientras que el médico nos dijo que todo lo que podemos hacer es esperar y confiar en que se elimine por sí solo y que Fitz luche por vivir.

—Debo ir con él —dijo Eliza, poniéndose de pie nuevamente, lo que hizo que el lacayo diera un paso adelante, probablemente el pobre hombre inseguro de cuándo ella tomaría finalmente una decisión.

—Estoy de acuerdo —dijo Levi—. Puedo llevarte allí.

—No —dijo ella, negando con la cabeza—. Ambos deberíais manteneros fuera de peligro.

—Debemos asegurarnos de que llegues a salvo —dijo Siena suavemente—. ¿Por qué no te acompañamos los dos en el carruaje hasta Londres?

Miró a Levi, quien asintió en señal de acuerdo.

—Muy bien —dijo, a punto de informar a su doncella de sus planes antes de detenerse y mirar a Levi una vez más—. En tu opinión, ¿cuáles son las posibilidades de que se recupere de esto?

Levi, nunca uno de los que endulzaba la verdad, por angustiosa que fuera, encontró su mirada y no dudó antes de decir:

—Cincuenta por ciento.

—Bien —dijo ella—, veamos si podemos hacer que ese cincuenta sea un poco más fuerte.

* * *

Realmente solo fueron unas pocas horas hasta que Eliza estuvo en Londres en la casa de Fitz —*su* casa—, pero parecía que el tiempo había transcurrido interminablemente.

Entraron juntos a la casa para que Levi pudiera revisar a Fitz una vez más. Aunque Eliza deseaba correr hacia Fitz, quería tiempo a solas con él y le pidió a Levi que lo viera primero.

Siena se sentó a su lado cogiéndole la mano mientras esperaban en las sillas fuera de la habitación. Eliza golpeaba el suelo con el pie nerviosamente hasta que Levi regresó.

Se puso de pie, apresurándose a entrar, pero él la detuvo con una mano en su brazo.

—Eliza —dijo—. Debo decirte una cosa.

—¿Qué ocurre?

—El Fitz que está en esa cama no se parece al Fitz que tú conoces. Pero necesito que seas fuerte y que le digas que sabes que puede superar esto. ¿Lo harás?

Ella asintió mecánicamente.

—Por supuesto.

—Muy bien —dijo él—. Gracias por permitirme verlo.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —dijo ella con una última mirada a Siena buscando fuerzas—. Gracias por estar aquí.

Siena soltó una leve risita de incredulidad.

—Eliza, ¡planeaste mi huida de la boda! Haría cualquier cosa por ti.

Eliza asintió.

—Estamos la una para la otra —respiró hondo—. Allá voy.

En el momento en que cruzó la puerta, comprendió por qué Levi había intentado prepararla. El Fitz que yacía en la cama no era el Fitz que ella conocía.

Este Fitz parecía enfermizo, pálido y completamente inmóvil, salvo por el levísimo movimiento de su pecho al subir y bajar.

Esa era la parte más impactante de todo.

El Fitz que ella conocía nunca dejaba de moverse. Incluso en reposo, siempre estaba inquieto, tocándola, balanceándose de un lado a otro. Nunca había visto a Fitz tan inmóvil. La desconcertó, y por un momento ella misma no pudo moverse, tan sorprendida estaba por el Fitz que tenía delante.

Pero era Fitz. Su Fitz. Todavía aquí.

Y ese fue el pensamiento que la quebró.

Con un sollozo, dejó caer las manos y corrió a su lado, pasando sus manos por sus mejillas y brazos, tratando de infundir algo de vida de nuevo en su cuerpo.

—Fitz —exclamó, sus lágrimas finalmente liberadas mientras ya no las contenía sino que las dejaba fluir libremente al sentir todo lo que se había acumulado dentro de ella durante tanto tiempo—. Fitz —sollozó, colocando su mano en el pecho de él, escuchando el lento latido de su corazón bajo sus costillas y bajo su oído mientras observaba su rostro, completamente desprovisto de emoción o reacción.

—Vuelve a mí —susurró, girándose y acunando la mandíbula de él entre sus manos—. Por favor. No puedes dejarme. No cuando acabo de encontrarte. Te necesito. El bebé te necesita. Y no solo porque necesitemos que nos mantengas. Te necesitamos porque te queremos y no puedo imaginar una vida sin ti ahora. Eres felicidad y primavera y luz del sol. Eres la chispa dentro de mi alma y te necesito para seguir. ¿Me entiendes?

Su desesperación se fusionó con la ira ante la idea de que se lo arrebataran mientras extendía la mano y le agarraba los hombros, sacudiéndolo ligeramente, justo lo suficiente para que se moviera un poco con ella, pero no por sí mismo.

—Nunca deberías haber dejado Appleton. Sabíamos que esto ocurriría, y estoy tan enfadada de que pensaras que ponerte en peligro nos ayudaría a alguno de nosotros. ¿No entiendes que tú y yo somos parte el uno del otro ahora? ¿Que si te pasa algo perderé

parte de mí misma, porque en eso te has convertido? Cuando nos casamos, nos unimos como marido y mujer, y no quiero estar sin ti.

Al ver que sus palabras no funcionaban, se inclinó hacia delante con mucha más suavidad, sabiendo que había perdido cualquier control sobre sus emociones pero ya sin importarle. Acunó su rostro entre sus manos una vez más, odiando la frialdad de su piel bajo las yemas de sus dedos mientras inclinaba la cabeza hacia delante para apoyar su frente contra la de él.

—Vuelve a mí, Fitz —susurró—. Te quiero.

Se inclinó y, a pesar de preguntarse por un momento si estaba haciendo lo correcto o había perdido toda racionalidad, presionó sus labios contra los de él.

Era una sensación extraña, porque el Fitz que ella conocía nunca era pasivo en sus besos, sino siempre el agresor, dándole todo lo que tenía para ofrecer. Incluso si ella iniciaba cualquier contacto, él siempre respondía ansiosamente.

Se inclinó sobre él, con sus labios presionados contra los suyos, sin moverse, sin buscar nada más que conexión.

Por eso se quedó completamente sorprendida cuando sus labios se movieron bajo los de ella.

Se echó hacia atrás de repente, preguntándose si lo había imaginado o si su cuerpo había reaccionado sin pensamiento consciente. Lo miró fijamente, tratando de determinar qué acababa de ocurrir... y entonces gritó cuando sus labios se movieron.

—¿Qué clase de beso ha sido ese?

Sus palabras eran ásperas y rasposas, como si sus cuerdas vocales no funcionaran correctamente, pero a Eliza no podría importarle menos cómo sonaba.

—¡Fitz! —gritó mientras prácticamente saltaba sobre él, dándole palmaditas en las mejillas con las palmas, instándole a despertar completamente—. Fitz, ¿estás despierto?

—Ahora lo estoy —murmuró—. Es difícil para un hombre dormir con una mujer tan tentadora tumbada encima de él.

—Dios mío —dijo ella, sus sollozos comenzando de nuevo, aunque ahora estaban llenos de alivio porque él había despertado y, sobre todo, había esperanza.

—¿Qué ha pasado? —graznó, abriendo brevemente los ojos solo para volver a cerrarlos con fuerza, probablemente para protegerse de la vela parpadeante junto a la cama y del poco de luz que se colaba por las ventanas, que alguien —¿quizás el médico?— había abierto para dejar entrar aire fresco desde la terraza.

—Te envenenaron —dijo ella, dándole un golpecito muy suave en el brazo antes de cambiar su reacción y darle un sorbo de agua—. Tal como pensé que podría suceder. Oh, Fitz, ¿cómo pudiste exponerte a esto?

—Solo intentaba protegerte —murmuró, abriendo los ojos lo justo para verla—. ¿Por qué estás aquí? Se suponía que debías quedarte en Appleton.

—¿De verdad pensaste que me quedaría en casa y te permitiría ponerte en peligro? —dijo ella con enfado—. ¿Quién más habría podido despertarte con un beso?

Él asintió como si estuviera considerando su pregunta.

—Podría haber habido una cola en mi puerta. —Al ver su mirada, las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba—. No es que hubiera considerado jamás la idea de otra mujer.

—Más te vale que no —dijo ella antes de inclinarse sobre él—. Sé que aún tenemos mucho por afrontar, pero debo decirte algo... antes de que sea demasiado tarde.

—¿Me vas a dejar? ¿El bebé no está bien?

—¿Por qué dirías eso? —dijo ella, retrocediendo ligeramente.

—Necesito asegurarme de que no sea ninguna de esas cosas, porque ambas serían las peores noticias imaginables.

Ella no pudo evitar sonreír ante eso, complacida por lo que estaba escuchando.

—Tenía que decirte que te amo —dijo, dejando salir las palabras a toda prisa antes de que el miedo a pronunciarlas la venciera—. No tienes que responderme ni corresponderme. Sé que hemos hecho que ciertos aspectos de nuestro matrimonio funcionen bastante bien y me gustaría continuar así, pero no quiero que nada sea forzado. Solo quería que supieras... lo mucho que significas para mí.

Él la miró fijamente. —¿De verdad querías decir todo lo que estabas diciendo antes?

—¿Cuándo?

—Antes de que despertara.

—¿Lo oíste? —se cubrió la boca con la mano, completamente abochornada, y él movió los labios en lo más parecido a una sonrisa desde que ella había llegado.

—Puede que sí. Algo sobre amor, necesitarme, no poder vivir sin mí... quizás deberías completar el resto.

—¡Fitz! ¿Cómo pudiste no decirme que estabas despierto?

—No estaba completamente despierto. Pero ahora está guardado en mi mente y nunca saldrá de ahí.

Eliza bajó la mirada a sus manos, colocándolas en su regazo mientras se sentaba en el borde de la cama, un poco más recatada que cuando inicialmente se había arrojado sobre su cuerpo postrado.

—¿Deberíamos olvidar que fui tan... efusiva en mis palabras?

—No —negó con la cabeza, extendiendo sus brazos hacia ella—. Nunca. Eso es parte de lo que amo de ti. Ven aquí, Eliza.

Ella parpadeó. Sus palabras habían llegado tan rápido que se preguntó si le había oído mal.

—N-no estoy segura de poder acercarme más.

—Oh, por supuesto que puedes —rebatió él—. Acuéstate justo a mi lado.

Ella se acurrucó ansiosamente a su lado.

—Eso está mejor —dijo él, frotando su nariz en la curva de su cuello—. Ahora, necesito decirte *yo* algo.

Ella esperó.

—Te amo, Eliza. Con todo mi corazón. Durante mucho tiempo, pensé que la mujer para mí se quedaría recatadamente a mi lado y haría todo lo que le pidiera, pero me he dado cuenta de lo equivocado que estaba. La mujer que necesito me desafía, me hace mejor y se asegura de que no me aventure solo a Londres cuando hay una amenaza para mi vida. Necesito una mujer que pueda forjar su propio camino en la vida, pero que no quisiera hacerlo, porque preferiría tenerme a su lado. Sé que este bebé nos unió. En ese momento pensamos que el matrimonio era la única opción, pero quizás simplemente significaba que esta era la única manera para que nosotros dos fuéramos felices.

Las lágrimas volvieron. Eliza apenas podía respirar, y mucho menos articular palabra, tan abrumada estaba por todas las revelaciones de Fitz.

—¿Es posible que podamos ser tan felices juntos? —susurró.

—Sé que podemos —confirmó él—. Más nos vale. Fue precisamente la razón por la que desperté de esto.

Se rieron ligeramente de eso, por macabro que fuera.

—Debo ir a decirle a Siena y a Levi que estás despierto —se dio cuenta—. Han estado muy preocupados.

—¿Levi está aquí? —preguntó, y Eliza asintió.

—Fui a buscarlo y le pedí que viniera a ayudarte, pero llegamos demasiado tarde. Quizás, sin embargo, pueda ayudarte ahora.

—Si alguien puede, es él.

—No quiero dejarte.

—Es solo por un momento —dijo él—. Además, Eliza, necesito que sepas algo.

Ella le miró expectante.

—Nunca me perderás. Incluso si algo me pasara. Porque siempre nos encontraremos aquí. —Señaló desde su corazón hasta el de ella —. Eres la única que siempre poseerá el mío. Y yo quisiera establecerme en el tuyo.

Ella asintió, conteniendo la respiración, pues no tenía palabras, solo lágrimas.

Pero eran lágrimas de felicidad.

Porque él tenía razón. Sin importar lo que pasara ahora, siempre se tendrían el uno al otro. Eso es lo que realmente significa el amor.

Capítulo Veinticuatro

Resultó que diseñar su trampa llevó mucho más tiempo de lo previsto.

El detective que Levi había contratado, Matthew Archibald, quería asegurarse de que todo estuviera en orden antes de elaborar un plan que pudiera poner a Fitz en peligro nuevamente.

Fitz no podía decir que le importara demasiado, ya que pasaba todo su tiempo con Eliza.

Tiempo que a menudo pasaban en la cama, después de la semana que le llevó recuperarse.

Eliza se negaba a apartarse de su lado. Por mucho que quisiera que ella permaneciera en un lugar donde pudiera estar segura de que estaba a salvo, suponía que si tenía que estar en Londres, era mejor mantenerla cerca. Le encantaba que ella pensara que lo estaba protegiendo, pero suponía que, en cierto modo, así era, pues su presencia fomentaba su mejoría.

Cuando Archibald vino a verlo, listo para poner en marcha su plan, Eliza pidió estar presente en la reunión.

—Ella insiste —dijo Fitz impotente mientras conducía al hombre a su despacho, donde Eliza esperaba.

Archibald solo se rió. —Lo entiendo. Mi esposa haría lo mismo. Me alegra verle de pie, Fitzroy. Cuando le conocí por primera vez, estaba en un estado bastante grave.

—Eso me han dicho —dijo Fitz, balanceándose sobre sus talones. Si la preocupación de Eliza no hubiera sido suficiente, Levi había

venido a visitarlo y le había dicho que había tenido serias dudas de que Fitz fuera a sobrevivir. Fitz había bromeado al respecto, diciéndole a Levi que tenía que cambiar su actitud hosca, pero en el fondo, Fitz admitiría que había tenido una preocupación similar.

Si no hubiera sido por Eliza, no estaba seguro de haber tenido la fuerza suficiente para luchar y volver.

Pero aquí estaba. Y ya había tenido suficiente de esto.

—Tuve la fortuna de que llamaran a su cuñado —dijo Fitz—. Tengo entendido que es un médico extraordinario.

Archibald asintió. —Hudson ciertamente es muy solicitado, pues sus pacientes parecen recuperarse mejor que la mayoría. Estoy de acuerdo en que es usted muy afortunado de que uno de sus colegas conociera sus habilidades.

Fitz hizo una pausa antes de entrar en el despacho, golpeado por un pensamiento.

—¿Quién lo llamó? ¿Qué caballero?

—Mandrake, creo que ese es su nombre.

—¿Mandrake? —repitió, frunciendo el ceño—. ¿Está seguro?

—Bastante seguro, sí —dijo Archibald mientras Fitz le hacía un gesto para que entrara por la puerta—. ¿Por qué no le parece correcto?

—Mandrake era quien yo suponía que me había envenenado —dijo, notando la mirada de sorpresa de Eliza ante sus palabras—. Él y yo no estamos de acuerdo en nada político, y estaba enfadado conmigo por mi objeción a que cortejara a mi hermana.

—Creía que le habías dicho que se lo permitirías —intervino Eliza.

—Dije que si Dot estaba de acuerdo, podía visitarla —dijo Fitz—. Eso dista mucho de permitir un matrimonio.

—Hmmm —fue todo lo que dijo Eliza, mientras Archibald analizaba la situación.

—Mandrake estaba en mi lista de caballeros a investigar, pero debo decirle que no encontré nada sospechoso sobre él —dijo—. Hay otros dos caballeros, sin embargo, cuyas acciones podrían ser perfectamente inocentes o podrían ser reveladoras de un crimen.

—¿Quiénes serían? —preguntó Fitz, recostándose en su silla, cruzando una pierna sobre la otra. Le habría gustado haber atraído a

Eliza a su regazo —le costaba evitar tocarla o acercarla— pero apenas conocía a Archibald.

—Bueno, está Lord Baxter Munroe.

—¿Lord Baxter? —exclamó Eliza—. ¡Es mi hermano!

—Sí, lo sé —dijo Archibald, con tono de disculpa—. Pero tiene motivo, medios y oportunidad. He oído que no estaba particularmente contento con la forma en que se produjo vuestro matrimonio. Disculpe la franqueza, pero creo que se sospecha que os casasteis apresuradamente debido a vuestra... condición, mi señora. Munroe estaba molesto por esto. En segundo lugar, el boticario confirmó que ha sido un visitante frecuente, aunque tenía bastante confusa la memoria sobre lo que compró su hermano. Y finalmente, estaba allí en el momento del envenenamiento y también es un visitante frecuente de El Rosa Escarlata.

—El club de Madeline —le explicó Fitz a Eliza, quien se tensó ligeramente, pero por lo demás simplemente asintió.

—Soy muy consciente —dijo con sequedad.

—¿Quién es su segundo sospechoso?

—Lord Brighton —dijo Archibald, sorprendiendo a Fitz.

—Brighton es uno de mis colegas más cercanos y un aliado en el Parlamento.

—Tal vez. Pero no creo que sea tan buen amigo como usted piensa. Ha estado hablando con algunos de los otros caballeros sobre este proyecto de ley que le gustaría presentar.

—Él está de acuerdo conmigo. Es uno de mis más firmes partidarios. Mandrake era uno de los que se oponían.

—Sí, pero Brighton preferiría llevarse la gloria en lugar de usted. Si ya no estuviera, entonces tendría la oportunidad de presentarlo y llevarse el mérito. Además de eso, no estaba particularmente contento de que le arrebatara a Lady Eliza de debajo de sus narices. No ha visitado al boticario, pero tiene uno pequeño en su casa. No necesitaría mucho para conseguir lo que necesitaba para crear un veneno.

Fitz ya estaba negando con la cabeza.

—No estoy del todo seguro de qué pensar sobre esto.

—Por eso no estamos presentándonos y acusando a nadie de inmediato. Haremos que hable abiertamente sobre una velada en la que participará en El Rosa Escarlata.

—¿Qué? —prácticamente chilló Eliza.

—No te preocupes. No hará nada allí salvo esperar a ver si alguien intenta atentar contra su vida.

—Eso es aún peor —dijo Eliza en un tono más sereno, aparentemente reconociendo que su presencia en la reunión no ayudaría si permitía que sus emociones dominaran todo lo demás.

—Si tenemos suerte, ni siquiera llegaremos a ese punto —dijo Archibald—. Espero que este hombre se ponga en contacto con la señorita Madeline primero y que ella nos informe de los planes antes de que tengamos que poner nada en marcha.

—¿Confiamos en ella? —dijo Eliza con ironía—. Intentó matarte, Fitz.

—No del todo —le aseguró Fitz—. Pero si no se presenta, entonces seguiremos con el plan tal como está. De cualquier manera, descubriremos quién está detrás de esta amenaza.

—Y te mantendrás a salvo —dijo Eliza, mirándole fijamente.

—Lo haré —confirmó él.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Yo también —añadió Archibald—. Ahora, ¿podemos discutir los detalles?

—Muy bien —dijo Fitz—. Terminemos con esto.

* * *

Matthew Archibald tenía un número considerable de hombres trabajando para él, lo que era tanto una bendición como una maldición.

Esto tranquilizaba a Eliza, pero también significaba que le llevó otra semana reunir completamente a su equipo y asegurarse de que todo estuviera en su lugar. También les había dicho que quería

proporcionar tiempo suficiente para que se difundiera la noticia sobre los planes de Fitz para celebrar su recuperación.

A Eliza no le agradaba particularmente que Madeline estuviera involucrada, aunque Fitz parecía entender su preocupación.

Se sentó en el borde de su cama y le observó prepararse para la velada en la que todo se pondría en marcha.

Era tan apuesto que le resultaba difícil evitar distraerse. Siempre había sido fuerte y bien formado, pero le parecía que su torso y abdomen estaban aún más definidos que antes. Quizás se debía al peso que había perdido por el envenenamiento y la enfermedad posterior. Tendría que asegurarse de que recuperara completamente su salud.

El color había vuelto a sus mejillas y su sonrisa aparecía con más frecuencia en su rostro.

—¿Por qué me miras así? —preguntó él, captando su mirada en el espejo.

—Me resultas demasiado tentador —dijo ella, acercándose a él, cogiendo los extremos de su corbata desatada y utilizándolos para girarlo hasta que quedó frente a ella. Le había preguntado si podía ayudarle a prepararse en lugar de su ayuda de cámara, y él había aceptado de buena gana.

—Permíteme —dijo, concentrándose en el nudo. No había sabido cómo atar una antes de casarse, pero le había encantado aprender a hacerlo.

Él no lo sabía, pero ella no iba a permitirle hacer esto solo.

Su madre y sus hermanas finalmente habían regresado a Londres. Inicialmente, Fitz había pensado que sería mejor que permanecieran en Appleton, pero Archibald le había convencido de que él y sus hombres podrían mantenerlos a todos a salvo si estaban juntos en la casa de la ciudad, siempre que ninguno de ellos saliera solo. Habían estado prácticamente extáticas, incluso si aún no participaban en los eventos de la temporada. Con suerte, todo esto llegaría a su fin pronto.

Eliza estaba muy complacida con su llegada, pues no solo tenía compañía adicional, sino que tenía a alguien a quien sabía que podría convencer para que le ayudara en su plan.

—Ahí —dijo, dando una palmadita a la corbata una vez que había terminado. Inclinó la cabeza para comprobar que quedaba recta—. Quizás tengas que rehacerla.

Fitz se miró en el espejo y se rio antes de negar con la cabeza.

—No. Me gusta exactamente así.

—¡Está torcida!

—La has hecho tú. Es perfecta.

El corazón de Eliza se hinchó mientras le sonreía. Él se puso la chaqueta y la abrochó antes de inclinarse y besarla en los labios, llevando sus manos a la parte superior de sus brazos.

—Te quiero más que a nada en este mundo, Eliza. Te prometo que vamos a poner fin a esta amenaza esta noche y que me mantendré muy a salvo, porque sé que es lo que más te importa.

—Ciertamente lo es —dijo ella—. No faltes a tu palabra.

—Lo prometo —dijo él—. Ahora, permíteme despedirme y darte las buenas noches como es debido antes de que bajemos y tengamos público.

—¿Crees que me iré a dormir durante tu ausencia? —dijo ella con una risa ahogada—. ¿Cómo podría?

—Has estado bastante cansada últimamente.

—Aun así... no puedo imaginar dormir sin saber que estás a salvo.

—Lo entiendo —dijo él, inclinándose y depositando un beso en su frente—. Te quiero. Mantén a ese bebé a salvo, ¿de acuerdo?

Había tanta intención en sus ojos que Eliza se preguntó si existía la posibilidad de que sospechara que ella tenía sus propios planes en marcha, pero él simplemente la besó una vez más antes de ofrecerle su brazo para acompañarla abajo, donde su familia esperaba, junto con Archibald y algunos de los hombres que permanecerían para la protección de la familia.

Eliza tomó aire. Pronto todo esto terminaría, y podrían dar la bienvenida a su hijo a una vida feliz y libre de amenazas.

Tenía que confiar en que así sería.

Capítulo Veinticinco

—¿Estás segura de que esto es una buena idea? —susurró Dot al oído de Eliza mientras el carruaje se detenía a unos cuantos negocios de distancia de La Rosa Escarlata.

—No —respondió Eliza con sinceridad—. Pero al menos contamos con protección.

La puerta del carruaje se abrió para revelar a un detective muy cauteloso al otro lado. Mouse, como le llamaban, había intentado profusamente disuadirlas de este plan, pero cuando se dio cuenta de que las mujeres iban a seguir adelante con o sin él, accedió a regañadientes a acompañarlas.

—Me gustaría aconsejarles una vez más que reconsideren este plan —dijo, y Eliza asintió.

—Gracias —respondió—. Pero creo que seremos nosotras quienes juzguemos eso. Aunque tengo plena confianza en que su empleador hará todo lo posible para garantizar que todo salga bien, nadie excepto las mujeres puede entender verdaderamente las intenciones de otras mujeres. No confío en que quienes están dentro del establecimiento actúen en el mejor interés de mi marido. Por eso estamos aquí.

Mientras hablaba, hizo un gesto con la mano hacia Dot, Henrietta y Sloane, que la habían acompañado. Eliza había contemplado pedírselo a Georgina, pero decidió que sus continuas quejas solo las deprimirían, así que, en su lugar, se escabulleron sin que ella lo notara.

El hombre gruñó.

—¿Está segura de que su marido se sentirá cómodo con su atuendo?

—Por supuesto. Le encantará —dijo Eliza con confianza, aunque estaba bastante segura de que a Fitz no le agradaría que llevase algo así en público. Pero tenían que mezclarse con el entorno—. Además, si todo va según lo planeado, ni siquiera nos verá. Nos quedaremos a un lado de la sala, observando.

—Muy bien —dijo el detective con un suspiro antes de guiarlas a través de la puerta y hacia el interior del establecimiento.

Eliza casi se atragantó al entrar. El aroma de la sala no era muy distinto al de muchos salones de baile, solo que el perfume aquí era más barato de lo que estaba acostumbrada. Supuso que tenía que ver con el hecho de que no había entrado en un salón de baile desde hacía tanto tiempo, y cuando lo había hecho, no había estado esperando un hijo. Siena le había dicho que había una amplia variedad de síntomas que podía sentir, siendo uno de ellos un olfato más agudizado.

Síntoma que a Eliza no le complacía particularmente tener en este momento.

—Dios mío —murmuró Dot mientras miraba a su alrededor. Cuadró los hombros, pareciendo bastante incómoda con su atuendo actual—. Encontraré el mejor punto de observación desde el que vigilar los acontecimientos.

Eliza asintió, siguiéndola mientras caminaban entre los caballeros que las rodeaban. Se preguntó si esta habría sido una noche apropiada para elegir, pues parecía bastante concurrida. ¿O quizás todos habían sido atraídos por Fitz? Tenía una personalidad tan efervescente que estaba segura de que tanto hombres como mujeres se inclinaban a seguir su ejemplo.

Una vez que tomaron asiento, sus ojos se dirigieron inmediatamente a Fitz, a pesar de ni siquiera buscarlo activamente.

Estaba de pie al otro lado de la sala, hablando con Lord Brighton. ¿Realmente tenía malas intenciones? Al pensarlo, Lord Mandrake también apareció, al mismo tiempo que Dot se enderezó de golpe a

su lado. Eliza siguió su mirada y vio que estaba mirando al marqués con anhelo sin disimulo en los ojos.

Interesante.

Eliza se inclinó hacia su izquierda para susurrar al oído de Henrietta.

—¿Sabe Dot que Fitz sospecha de Lord Mandrake?

Henrietta la miró a los ojos y asintió gravemente.

—Lo sabe. Y no está contenta.

—Hmm —murmuró Eliza, preguntándose qué haría ella si estuviera en la posición de Dot. Supuso que lo único que podía hacerse era descubrir la verdad.

El hermano de Eliza también estaba allí, y cuando su mirada comenzó a recorrer la sala, Eliza desplegó su abanico frente a ella para ocultar su rostro y que no la viera. La idea de que él fuera un asesino era ridícula, lo cual era otra razón por la que había decidido que tenía que venir ella misma: para asegurarse de que no fuera acusado falsamente.

—Ahí está el detective —dijo Dot, señalando con la barbilla hacia Archibald.

—Y allí —dijo Eliza, con el fastidio goteando de sus palabras—, está Madeline.

No era tanto las relaciones previas de la mujer con Fitz lo que molestaba a Eliza.

Era que había intentado matarlo, y él, aparentemente, la había perdonado.

A eso se sumaba que Madeline no había anunciado ninguna noticia de que la hubieran abordado con un plan para ayudar en una amenaza contra él. ¿Sería que el asesino ya no confiaba en ella o la habían convencido de ayudarlo?

Fitz dejó con naturalidad su bebida en la mesa junto a él. Eliza conocía el plan. Los detectives estaban observando atentamente para ver si alguien la manipulaba, aunque Eliza dudaba que alguien lo hiciera a la vista de todos.

Era la segunda parte del plan la que más odiaba, al igual que Fitz. Él entraría en una habitación privada, supuestamente con una mujer. Los intentos anteriores contra su vida se habían producido

cuando estaba solo, así que tenía sentido que fuese entonces cuando estaría nuevamente más amenazado.

Después de unos momentos, no ocurrió nada inusual, aunque la mirada de Eliza fue captada por una figura femenina que serpenteaba entre la multitud, con su atención puesta en Fitz. Eliza se puso de pie, preparándose, lista para perseguir a la mujer si intentaba algo.

—¡Eliza! —Henrietta la tiró hacia abajo—. ¿Qué estás haciendo?

—Esa mujer de allí —señaló al otro lado del bar—. Está observando a Fitz.

—¿Vas a perseguirla y apartarla de un empujón con tu cuerpo? —preguntó Henrietta, señalando el vientre de Eliza.

Eliza había hecho todo lo posible por disimular su estado con su elección de prendas y, aunque estaba segura de haberlo conseguido, se veía ligeramente más voluminosa y estaba demasiado cansada para perseguir a la otra mujer.

Pero tenía la determinación de su parte.

—Sí, de hecho, eso era exactamente lo que iba a hacer.

—Si ves una amenaza, díselo a nuestra escolta —dijo Henrietta, señalando al detective que las había acompañado y que ahora estaba apoyado contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho, sin pasar precisamente desapercibido, en opinión de Eliza.

—Está bien —refunfuñó Eliza, levantando la mirada para buscar a Fitz, solo para descubrir horrorizada que mientras ella y Henrietta hablaban, él había desaparecido.

Y también la mujer que lo estaba observando.

—¡Ha desaparecido! —exclamó Eliza.

—¿Quién ha desaparecido? —preguntó Dot, con la mirada aún fija en Lord Mandrake.

—¡Fitz! —dijo Eliza, molesta porque sentía que Lord Mandrake podía esperar. Fitz era quien estaba en peligro en ese momento—. ¿Adónde ha ido?

Se puso de pie y se volvió hacia su escolta.

—Señor Mouse, debemos encontrar a Fitz.

Él negó con la cabeza, con aspecto preocupado mientras se apartaba de la pared.

—Llámeme Mouse. Ese no es mi trabajo. Estoy aquí para protegerla a usted. Este sitio está lleno de hombres vigilándolo. Seguro que no ha ido muy lejos.

—¿Crees que lo han llevado a la sala privada? —preguntó Eliza a Henrietta, que parecía ser la única fiable entre ellos. Sloane tenía los ojos entrecerrados mientras continuaba observando la sala.

—Debemos suponer que todo esto forma parte del plan —dijo Henrietta, aunque su actitud excesivamente optimista no era de mucha ayuda en ese momento.

—Lo siento, Hen, pero debemos temer lo peor y esperar lo mejor. Tenemos que encontrar esa sala —miró a Dot y a Sloane—. ¿Por qué no os quedáis vosotras dos aquí y lo vigiláis por si regresa?

—Lady Fitzroy, no puedo permitir que se separen —dijo Mouse, con expresión afligida.

—No te preocupes, yo estaré con ellas.

Eliza se giró al escuchar la voz familiar y casi se desvaneció de alivio al encontrar a Levi allí.

—Oh, Su Excelencia, me alegro tanto de verte. ¿Dónde está Fitz?

—Estoy intentando determinarlo yo mismo —dijo con voz ronca —. Pero primero, dime que no has traído a mi esposa contigo.

—No lo he hecho —dijo Eliza, a pesar de la punzada momentánea de culpabilidad al saber lo que pensaría Siena al ser dejada atrás—. No quería ponerla en riesgo, no en su estado.

—¿Un estado en el que tú también te encuentras? —dijo, arqueando una ceja.

—Buen punto. Pero estamos hablando de mi marido. No podía quedarme en casa y...

—¿Permitir que los hombres que hacen esto profesionalmente se encarguen?

—Exactamente —sonrió antes de recordar lo grave que era su situación—. Pero podemos preocuparnos por eso más tarde. Ahora debemos preocuparnos por Fitz. ¿Ha ido a alguna de las habitaciones traseras?

—Sí, pero Archibald está con él.

—¿Quién los acompañó?

—Madeline.

Eliza entrecerró los ojos.

—No me fío de ella.

—Lady Fitzroy, entiendo, pero...

—No es por la historia —dijo Eliza con firmeza, negando con la cabeza—. Llámalo intuición femenina. Algo no va bien. Estoy segura de ello. Espero equivocarme, pero no puedo arriesgarme.

Levi suspiró.

—Muy bien. Venid conmigo.

Eliza y Henrietta lo siguieron por el lado del oscuro pasillo, mientras Henrietta se levantaba el vestido, que amenazaba con caerse por debajo de su pecho.

Los pechos de Eliza estaban empujados hacia arriba, mucho más altos y más carnosos que nunca, ayudados por su embarazo.

—Creo que es la segunda puerta a la derecha —dijo Levi, señalando un pasillo corto—. Archibald está escondido dentro de la habitación.

—¿Hay otra entrada? —preguntó Eliza, y Levi frunció el ceño.

—No que yo sepa.

—Será mejor que lo comprobemos —dijo ella, mirando furtivamente a su alrededor—. Hay un detective vigilando esta puerta. Estoy segura de que el hombre al final del pasillo es uno de ellos. Deberíamos ir por el otro lado.

Podía notar que Levi quería discutir, pero agradecía que le permitiera hacer lo que deseaba mientras él la seguía. Doblaron la esquina y Eliza se detuvo tan repentinamente que Henrietta chocó contra su espalda.

—¿Qué ocurre? —siseó Henrietta.

—Ahí está —susurró Eliza por encima del hombro mientras señalaba detrás de ella para que pudieran esconderse tras la esquina. Se asomó por la pared—. La mujer que noté antes. Está entrando en otra habitación.

Levi miró alrededor.

—Parece ser la habitación contigua a la de Fitz.

—¿Podría haber una puerta de conexión entre ellas?

—¿Por qué los detectives no sabrían de eso?

—¿Quién les dio la distribución? —preguntó ella con intención antes de poner los ojos en blanco. Hombres. Por esto había tenido que venir.

—Creo que va a entrar por el otro lado.

Efectivamente, la mujer se adelantó, llamó suavemente a la puerta, y momentos después esta se abrió. La mujer atravesó la puerta, entrando casi en silencio, y a Eliza se le erizó cada vello del cuerpo al estar segura de que aquí no todo iba bien.

Fue entonces cuando notó que la puerta había quedado entreabierta.

—Ya está —dijo, levantando sus pesadas faldas con ambas manos—. Ya he tenido suficiente.

—Eliza, podrías arruinar el plan —dijo Henrietta, pero sus palabras no iban a detener a Eliza.

Nada podría.

Excepto el hombre que extendió la mano para agarrarla en el momento en que sus dedos tocaron el pomo de la puerta.

Capítulo Veintiséis

Algo no encajaba.

Fitz había esperado evitar esta noche desde el principio. Estaba convencido de que Madeline les habría informado sobre cualquier plan del que le hubieran hablado.

Pero, desafortunadamente, nada había salido como esperaban y aquí estaban.

Su piel se erizaba solo por estar allí, como si su cuerpo supiera que debería estar en casa con Eliza en vez de en un establecimiento así, aunque su mente conociera su verdadero propósito, que era poner fin a todo esto para protegerla.

Había notado que todos los sospechosos estaban presentes: Baxter, Brighton e incluso Mandrake, a quien todavía consideraba como la persona con más motivos para querer acabar con él.

Reconoció a todos los detectives situados alrededor del garito de juego y se había asegurado de colocar su bebida en posiciones oportunas para invitar al envenenamiento varias veces.

Cuando no ocurrió nada, el segundo hombre de Archibald, Pip, le hizo una señal para que entrara en la sala privada. Fitz se había inclinado hacia Madeline para decirle que era hora de pasar al siguiente paso del plan. Ella había asentido con aparente deleite antes de guiarlo por el pasillo hasta la habitación acordada donde Archibald esperaba, oculto tras una pesada cortina en la esquina.

Fitz entró, sorprendido de que la habitación que en algún momento de su vida le había parecido un refugio del resto del

mundo ahora no le provocara más que incomodidad. Archibald estaba tan bien escondido que incluso Fitz, que sabía que estaba allí, no podía verlo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó a la habitación misma—. ¿Esperar?

—Creo que ese es el plan —respondió Madeline, aunque no había sido a ella a quien dirigía su pregunta.

—¿Nadie se puso en contacto contigo, Madeline? —preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho mientras la estudiaba, recordando las palabras de Eliza.

—No —dijo ella, negando con la cabeza, aunque miraba la vela que estaba encendiendo y no a él—. No directamente.

Los nervios de Fitz estaban a flor de piel. No sabía por qué, pero algo no iba bien.

—¿Archibald? —llamó—. ¿Sigues aquí?

Cuando le respondió el silencio, se levantó y comenzó a recorrer la habitación, apartando la cortina donde se suponía que estaba Archibald.

No estaba allí.

Al menos, no de pie.

El corazón de Fitz empezó a latir con más fuerza cuando encontró al detective tendido en el suelo.

No tuvo tiempo de comprobar si aún respiraba, pues escuchó el sonido demasiado familiar de un clic detrás de él, cuando se preparaba una pistola para disparar. Se dio la vuelta y encontró a Madeline de pie con una pistola en la mano, apuntándole directamente.

Le temblaba la mano, y aunque eso le indicaba que no estaba completamente cómoda con lo que hacía, también sabía que un arma a menudo nunca es más peligrosa que en manos de alguien asustado.

Levantó las manos frente a él.

—Madeline —dijo lentamente, tratando de razonar con ella—. ¿Qué estás haciendo?

—Lo siento, Fitz —dijo ella, con verdadero arrepentimiento en sus ojos—. Quería decir que no, pero él aumentó la cantidad que

ofrecía. No pude rechazarlo.

—¿Quién es *él*?

—El... el caballero del que te hablé.

Mientras hablaba, una cortina al otro lado de la habitación se movió, y lo que había sido una puerta oculta se abrió, revelando a otra mujer que él no reconoció.

—¿Quién eres tú? —exigió Madeline, desviando la mirada hacia ella con temor.

La preocupación de Madeline no presagiaba nada bueno para Fitz.

—Estoy aquí en caso de que no puedas hacer el trabajo —dijo la otra mujer, con los ojos fríos y brillantes. Fitz sabía que podría haber sido capaz de convencer a Madeline para que desistiera, pero estaba seguro de que esta otra mujer estaría mucho más decidida a terminar el trabajo. A terminar con él.

—¿No confiaba en mí? —dijo Madeline indignada.

—No pareces una persona en la que nadie debería confiar —no pudo evitar comentar Fitz, aunque eso no pareció ayudar, pues solo hizo que la mano de Madeline se volviera un poco más firme al apuntarle con la pistola.

Fitz suspiró. Eliza tenía razón. Se *habría* recordado a sí mismo confiar siempre en ella en el futuro, excepto que tenía la sensación de que no iba a tener mucho futuro después de esto. Si Archibald estaba caído, Fitz no quería pensar en lo que eso significaba para el resto de los hombres que estaban esperando.

Madeline debía haber compartido la parte del plan que conocía con su adversario, pero Fitz solo podía esperar que la hubieran mantenido lo suficientemente en la oscuridad como para que algunos de los detectives pudieran mantener sus disfraces.

Sus ojos no dejaban de mirar hacia la puerta, esperando que uno de ellos entrara.

Para su gran alivio, justo cuando parecía que la segunda mujer entrecerraba los ojos, probablemente a punto de apretar el gatillo, la puerta se abrió de golpe.

Solo que no era uno de los detectives quien entraba.

Era Eliza.

A Fitz se le abrió la boca mientras olvidaba, por un momento, dónde estaban y qué estaba sucediendo.

Lo único en lo que podía concentrarse era en su belleza, su valentía y, debía admitirlo, en cómo sus pechos casi se salían del vestido más escandaloso que jamás había visto.

Entonces recordó que toda la razón por la que había puesto este plan en marcha era para garantizar su seguridad, y ahí estaba ella, en medio del caos y dos pistolas, una apuntándole a él y la otra a ella.

—¡Lo sabía! —exclamó mientras fulminaba con la mirada a las mujeres que lo amenazaban—. ¡Quitad vuestras pistolas de mi marido!

Fitz no creía haberla amado nunca tanto como en ese momento.

* * *

El momento de pánico de Eliza al ser atrapada disminuyó rápidamente cuando las manos que la habían agarrado la soltaron con la misma velocidad. Levi había acudido al rescate.

El hombre ciertamente sabía cómo pelear. Supuso que los años en la guerra harían eso.

Nunca había estado más agradecida por la elección de marido de su amiga que en ese momento. Apenas había parpadeado cuando Levi ya había derribado al hombre que la sujetaba y lo había tirado al suelo.

—Lord Brighton —murmuró con disgusto, empujándolo con el pie antes de volver su atención a Levi—. ¿Qué le has hecho?

—Un simple truco que aprendí hace años. Está dormido, pero despertará bastante pronto —dijo Levi—. Será mejor que actuemos rápido.

Eliza asintió mientras Levi se agachaba, quitándose la corbata y usándola para atar las manos del hombre a su espalda. Sin embargo, Eliza no tenía tiempo que perder mientras abría la puerta y entraba en la habitación.

Estaba fuertemente perfumada con fragancias almizcladas, con amplias cortinas en tonos joya rodeando la sala. La cama estaba colocada en el centro de todo. Casi se sintió enferma donde estaba al pensar en Fitz allí con cualquiera de estas mujeres, pero eso era el pasado, se recordó a sí misma. Su futuro estaba juntos.

Todo eso huyó de su mente, porque allí estaba Fitz, atrapado en el centro de la habitación junto a la cama, con dos pistolas apuntándole desde ambos lados por dos mujeres.

—¡Lo sabía! —no pudo evitar exclamar ante el papel de Madeline en todo esto, aunque ella parecía bastante insegura—. ¡Quitad vuestras pistolas de mi marido!

—No puedo —dijo Madeline en poco más que un susurro, sus ojos mirando a Eliza por un momento—. No lo entiendes.

Recordando lo que Fitz le había contado sobre Madeline, su hija y su necesidad de mantenerla, Eliza dio un pequeño paso hacia ella, con más compasión de la que hubiera pensado sentir hacia una mujer que actualmente apuntaba con una pistola a su marido—. Entiendo que solo estás haciendo lo que crees que es mejor para tu familia, pero puedo asegurarte que a tu hija le irá mucho mejor contigo en su vida que como huérfana después de que su madre sea ahorcada por asesinato.

Madeline comenzó a parpadear rápidamente mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Eso es fácil de decir para ti. No tienes idea de lo que es estar en mi situación.

—Tienes razón. No lo sé —dijo Eliza, odiando que su corazón realmente sentía compasión por esta mujer, ya que, por muy desesperada que pudiera haber sido su propia situación, Eliza siempre había sabido que tendría a alguien que cuidara de ella. Si no Fitz, entonces su padre o su hermano. Esta mujer solo podía contar con una persona y solo una: ella misma.

—Hay personas que te ayudarían si nos dejaras. Fitz lo haría. Yo lo haría.

—Es demasiado tarde —dijo Madeline con voz temblorosa—. Me matará.

—No, no lo hará —dijo Levi desde detrás de Madeline—. Está bastante... incapacitado en este momento.

—Creo que todos estáis olvidando algo —intervino la mujer desde el otro lado de la habitación—. *Yo* no tengo nada que perder. No tengo ninguna hija de la que preocuparme, ni preocupaciones en el mundo. Vuestras amenazas no me afectan, ni tampoco al hombre que nos contrató, porque no podéis probar nada.

Se acercó a Fitz, pero sus ojos estaban puestos en Levi. Comenzó a negar con la cabeza.

—Yo no intentaría eso, si fuera usted, Duque de la Muerte. Oh, sí, he oído hablar de usted. Puede que sea un excelente tirador, pero será mejor que deje esa pistola donde está, o mataré a su amigo aquí antes de que usted pueda siquiera sacarla de su cintura. Algunas de nosotras podemos ser igual de buenas tiradoras sin el beneficio de la guerra, ¿lo sabía? Si el ejército me hubiera aceptado, habría tenido un gran activo, se lo aseguro.

—Eres Lady Danger —suspiró Madeline desde donde estaba al otro lado de la habitación, al menos con su propia pistola bajada—. He oído hablar de ti.

—Has oído hablar de mí, quizás —dijo la mujer con suficiencia—. La mayoría de los que *ven* mi rostro una vez no viven para verlo de nuevo.

El corazón de Eliza latía con fuerza. Si Madeline y Levi temían a esta mujer, ¿qué posibilidades les quedaban a cualquiera de ellos?

Eliza cruzó la mirada con Fitz, quien ignoraba a todos mientras continuaba mirándola fijamente.

—Te amo —articuló en silencio hacia ella, y sus ojos se abrieron al darse cuenta de que él se había rendido, que iba a entregarse *él mismo*, probablemente para salvarla.

—No —negó con la cabeza mientras gritaba, dispuesta a lanzarse hacia él—, justo cuando la pequeña daga salió volando por su lado, directamente hacia Fitz.

* * *

Fitz supo, cuando escuchó las palabras «Lady Danger», que no había forma de que todos salieran de allí con vida. La mujer era conocida en toda Inglaterra por su destreza. Una asesina a sueldo que estaba causando sensación en los periódicos, pues ni siquiera los mejores detectives del país habían logrado atraparla.

Solo había una salida: sacrificarse. Él era a quien ella quería. Si podía distraerla el tiempo suficiente, Levi debería poder encargarse de ella y salvar al resto.

Cuando ella extendió la mano izquierda hacia atrás y la cerró alrededor de algo que él sabía sería otra arma, se lanzó hacia adelante para derribarla consigo, pero al saltar por el aire, aterrizó con un «uf» sobre el sofá cama que tenía delante mientras la daga pasaba volando sobre su cabeza y se clavaba con un golpe sordo en la pared detrás de él.

Se puso de pie rápidamente para asegurarse de que Eliza estuviera bien, pero lo primero que vio fue a Archibald atando las manos de Lady Danger a su espalda.

—Archibald —dijo aliviado—. Pensaba que estabas muerto.

—Afortunadamente, tengo la cabeza dura —respondió el detective, frotándose un punto en la parte posterior de la cabeza; cuando bajó la mano, esta estaba manchada de rojo—. Sin embargo, fue suficiente para dejarme inconsciente durante bastante tiempo.

Miró alrededor de la habitación—. ¿Están todos bien?

Eliza le devolvió la mirada con una expresión de incredulidad mientras Levi se ocupaba de despojar a Madeline de su pistola.

Entonces la cara de Henrietta apareció por el marco de la puerta, y Fitz soltó un gemido.

—¿Cuántos de vosotros vinisteis? —preguntó, su alivio desvaneciéndose ante la preocupación de que todos se hubieran puesto en peligro.

—Dot y Sloane también están aquí —dijo Henrietta—. Pero estaban con Mouse en la entrada.

—¿Ha terminado? —preguntó, mirando a Levi, quien asintió lentamente con su ojo bueno fijo en él.

—Eso espero —dijo—. Parece que Brighton estaba detrás de todo esto.

—¿Brighton? —repitió Fitz, sorprendido—. Realmente no creía que fuera capaz.

—Habrá mucho que discutir —dijo Archibald—. Pero creo que todos preferiríamos hacerlo en vuestro salón en lugar de en medio de este infierno o burdel o como quiera que llaméis a este lugar. Lady Danger vendrá conmigo, pero en cuanto a Brighton y la señorita Madeline, sus destinos dependen de vosotros.

Fitz miró a Madeline, que parecía a punto de derrumbarse.

—¿Eliza? —preguntó a su esposa. Quería tener misericordia de Madeline, pero no lo haría si eso incomodaba a Eliza. Ella era ahora lo más importante.

Ella cruzó la habitación, deteniéndose frente a Madeline, que parecía recelosa. Eliza extendió la mano, sorprendiéndolos a todos al tomar entre las suyas las manos atadas de la otra mujer.

—Cogerás a tu hija y abandonarás esta ciudad —dijo con firmeza pero, extrañamente, con amabilidad—. Mi problema contigo es que has amenazado la vida de mi marido dos veces, y no puedo dormir tranquila sabiendo que estás cerca, quizás dispuesta a hacerlo de nuevo. Si nos dejas en paz, no tengo ningún problema en dejarte ir sin cargos. Obviamente quieres mucho a tu hija, y no deseo ver a una niña sin madre.

Madeline asintió lentamente. —Gracias. Puedo hacer eso. —Miró de Eliza a Fitz y de nuevo a ella—. Lo siento de verdad.

Fitz se balanceó adelante y atrás. No le había importado tanto cuando él era el único en peligro, pero ahora que Eliza formaba parte de ello...

—No estoy seguro de cuán sincero es tu arrepentimiento, Madeline, o nunca habrías vuelto a actuar así por segunda vez. Sin embargo, tienes suerte de que mi esposa tenga un corazón indulgente.

Eliza negó con la cabeza, sin negar sus palabras pero tampoco aceptando el mérito.

—No veo cómo, como mujer que pronto seré madre, podría abogar por quitarle la madre a otra niña —dijo—. Pero también debo

considerar mi propia familia y seguridad. Solo puedo esperar que todo esto quede atrás.

Madeline, con el rostro pálido, asintió y comenzó a escabullirse de la habitación como si temiera que pudieran cambiar de opinión, lo cual era una preocupación válida.

Fitz no tenía problemas en dejarla ir.

—¿Eliza? —dijo, volviéndose hacia su esposa—. Salgamos de aquí.

—Con mucho gusto —respondió ella, sonriendo mientras daba un paso hacia él.

Él no podía esperar para rodearla con sus brazos y mostrarle cuánto la había echado de menos, aunque solo hubiera sido por unas horas. Necesitaba deleitarse de nuevo en la sensación de alivio y seguridad. La expresión de ella le indicaba que sentía lo mismo, pero justo cuando daban un paso el uno hacia el otro, un gesto de preocupación cruzó su rostro.

Se detuvo por un breve momento antes de desplomarse hacia delante, y el corazón de él se hundió hasta el suelo junto con ella.

Capítulo Veintisiete

Fitz se apresuró hacia delante, atrapando a Eliza justo antes de que golpeara el suelo.

—¡Eliza! —exclamó, acunando su rostro entre sus manos, desesperado por que respondiera mientras Henrietta se amontonaba a su lado. Miró frenéticamente a su alrededor mientras Dot y Sloane pronto se unían a ellos. La noticia de que todo había sido resuelto allí se había difundido y parecía que la sala estaba prácticamente inundada de detectives, detectives que podrían haber necesitado unos minutos antes, aunque esa no era su principal preocupación en ese momento.

—¿Qué le pasa? —le preguntó a Dot, quien rápidamente se arrodilló junto a ellos, recostando suavemente a Eliza para que su cabeza quedara en el regazo de Fitz.

—Es difícil saberlo y no estamos exactamente en el mejor lugar para evaluarla —dijo—. Sin embargo, su respiración es tranquila y no parece estar sufriendo. Supongo que simplemente se ha visto sobrepasada, pero llevémosla a casa.

Archibald pasó junto a ellos, guiando a Lady Danger hacia la salida.

—Haré que Hudson vaya a su residencia, Fitzroy.

—¿Está seguro de que no querría que le echara un vistazo a su cabeza primero?

—Estaré bien. Puede verme después. Es útil tener un cuñado médico.

Fitz asintió, aunque no tenía fuerzas para mantener tal conversación en ese momento, no cuando no estaba seguro de si Eliza se encontraba bien.

Henrietta los guio a través de la puerta hasta la sala contigua, y luego hacia la parte trasera del edificio. Aquí, al menos, el aire era menos sofocante de lo que había sido en el interior y, afortunadamente, el carruaje de las damas estaba cerca.

El detective que los acompañaba —a quien Fitz no podía culpar, pues sabía lo que era lidiar con sus hermanas— lo ayudó a acomodar a Eliza dentro para lo que fue, afortunadamente, un corto trayecto a casa.

Fitz se sentó en un lado del carruaje, con Eliza tendida frente a él con la cabeza en su regazo, mientras las demás se apiñaban en el otro lado. Eliza se había acurrucado contra él como si estuvieran abrazados en la cama.

Mantuvo un brazo alrededor de ella, sosteniéndola cerca, mientras Dot colocaba una mano en su frente y la examinaba lo mejor que podía en esas circunstancias.

—Sospecho que la emoción de la noche pudo con ella —dijo Dot —. Pero nos aseguraremos de que todo esté bien, Fitz, no te preocupes.

Él asintió, aunque no pudo decir nada, pues tenía la garganta demasiado apretada.

Poco después, llegaron a casa y él llevó a Eliza dentro, pasando junto a los sirvientes que esperaban sin decir palabra hasta que pudo recostarla en el sofá del salón principal.

—¿Podrían todos mantenerse alejados excepto Fitz? —pidió Dot mientras examinaba a Eliza, asustando a Fitz cuando incluso miró debajo de sus faldas.

—Solo para asegurarme de que no hay sangrado —murmuró, lo que casi hizo que Fitz perdiera el conocimiento ante tal pensamiento.

Dot abrió un frasco de un bolso que una de las criadas había traído a petición suya y lo pasó frente a la nariz de Eliza mientras Fitz esperaba conteniendo la respiración. Después de un momento, Eliza comenzó a moverse, y Fitz inmediatamente se colocó frente a su rostro, necesitando que despertara.

—¿Eliza? —la llamó antes de darle palmaditas en las mejillas—. ¡Eliza!

—Fitz —dijo ella, con una caricia en su voz mientras abría lentamente los ojos—. Estás bien. Gracias a Dios.

—¿Que *yo* estoy bien? —dijo él, casi ahogando una risa—. ¡Eliza, te has desmayado!

Ella se incorporó, con Fitz y Dot ayudándola hasta que quedó apoyada contra los cojines del sofá. Fitz rápidamente rectificó eso tomando asiento junto a ella y sosteniéndola contra él.

—Estoy en casa —dijo ella, mirando a su alrededor, la simple expresión haciendo que todo el cuerpo de Fitz se calentara.

—Sí —dijo él—, en casa. Estás en casa. Conmigo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Dot—. Tus mejillas están ligeramente rosadas. Supongo que los esfuerzos del día te abrumaron, ¿no es así?

—Eso creo —dijo Eliza mientras tomaba una respiración profunda, parpadeando—. ¿Cómo llegué aquí?

—En el carruaje —dijo Fitz, tratando de ser paciente—. ¿Qué crees que pasó? —le preguntó a Dot mientras la puerta se abría y el médico, Hudson, entraba con su maletín médico.

—El médico podría saberlo mejor que yo, pero noté que no comiste mucho durante la cena, Eliza —dijo sin juzgar.

—No podía —dijo ella—. No con la anticipación de esta noche.

—Entre no comer lo suficiente, las muchas emociones que debiste sentir esta noche en el club y el calor de la habitación, probablemente fue demasiado —dijo Dot—. Buenas noches, doctor Hudson.

—Buenas noches a todos —dijo, antes de arrodillarse frente a Eliza—. Me han dicho que tuvimos un desmayo.

—No lo llamaría un desmayo —dijo ella, casi indignada—. Nunca me he desmayado en mi vida.

—Bueno, entonces lo llamaremos un episodio relacionado con el embarazo —dijo—. Sin embargo, supongo que su cuñada tiene razón. Es un placer verla, Lady Dot.

—¿Os conocéis? —preguntó Fitz, mirando de uno a otro.

—Lo hago. Su hermana ha sido fundamental en varios de los partos a los que he asistido —dijo el médico—. Es muy buena en lo que hace.

Fitz sabía que Dot destacaría en cualquier cosa que eligiera, pero no tenía idea del alcance que había logrado en su trabajo.

—Ahora, echemos un vistazo rápido —dijo mientras Dot, con amabilidad pero firmeza, tiraba de Fitz hacia atrás. Él la siguió a regañadientes, aunque no estaba del todo contento con ello.

Se situó lo más cerca posible, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras observaba al médico con Eliza. No pasó mucho tiempo hasta que Hudson retrocedió antes de explicar sus pensamientos, dirigiéndose a todos ellos.

—Lady Dot, creo, está en lo cierto —dijo—. Mi mejor consejo es que intente mantener su vida lo más tranquila posible hasta que llegue el bebé. ¿Puede hacer eso?

—Sinceramente espero que sí —dijo ella, y Fitz asintió.

—Prometo que así será —dijo él—. Lo que sea que necesite.

—Me alegra oírlo —dijo el médico—. Si me necesita para cualquier cosa, sabe dónde encontrarme. Mientras tanto, iré a atender a mi cuñado.

—Imagino que no es la primera vez —comentó Fitz con ironía.

—En absoluto —se rio Hudson—. Ese hombre siempre se está metiendo en un lío u otro. Si no es en el trabajo, es en casa.

—¿En casa? —preguntó Eliza.

—Digamos que su esposa tiene una propensión a recoger cada animal abandonado que se ha cruzado en su camino. No todos son tan amistosos como deberían ser.

—Ya veo —dijo Eliza, aunque aún parecía curiosa. Sin embargo, antes de que pudiera hacer más preguntas, era hora de que descansara.

—Gracias, doctor —dijo Fitz, estrechando la mano del hombre—. Agradecemos todo lo que hace.

Lo acompañó hasta la puerta, entregándole un generoso pago antes de regresar con Eliza.

—Ahora —dijo—. Has tenido un día bastante agitado. Mejor te llevo a la cama.

Ella se incorporó hasta quedar sentada, pero antes de que pudiera empezar a caminar hacia las escaleras, Fitz se agachó y la levantó en sus brazos.

—¡Fitz! —se rio ella—. ¿Qué estás haciendo?

—Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo —gruñó él—. Usar la fuerza bruta para llevarte donde se supone que debes estar.

—Estoy perfectamente bien para caminar —dijo, aunque acurrucó su cabeza en el hombro de él.

—Puede que sea así, pero tendrás atendida cada una de tus necesidades durante el resto de este embarazo, ¿entendido?

—Muy bien —dijo ella, mirándole con una sonrisa.

Cuando llegó a lo alto de las escaleras, la llevó directamente a su dormitorio, acostándola en la cama ligeramente más grande.

—Necesito prepararme para dormir —dijo ella—. Mi doncella estará esperando.

—Le diré que puede retirarse por esta noche —respondió Fitz—. Yo me ocuparé de ti.

Lo hizo con toda la delicadeza y ternura que pudo, acostándola y quitándole todas las prendas antes de ayudarla a ponerse el camisón, limpiándole el rostro, las manos y arropándola con las mantas.

—¿Te acostarás conmigo? —preguntó ella, tendiéndole las manos.

—Por supuesto.

Se metió bajo las sábanas con ella, la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él.

—Me has asustado hoy —murmuró.

—¡Tú me has asustado a mí!

—Mantengamos las cosas... aburridas a partir de ahora, ¿de acuerdo? —dijo Fitz, apartando mechones de pelo de su rostro.

—Lo aburrido me parece perfecto —dijo ella, con los ojos ya cerrándose.

Fitz depositó un beso en su sien, la atrajo contra él y pronto ambos se quedaron dormidos, envueltos en su amor mutuo.

* * *

—Bien —dijo Fitz desde su lugar en la cabecera de la mesa a la mañana siguiente—. Por fin puedo decir que todo está bien. Estamos fuera de peligro y todos podemos reanudar nuestras vidas como nos plazca.

Eliza le sonrió desde su lugar junto a él, mientras Fitz extendía la mano y le apretaba el muslo por debajo de la mesa.

—Maravilloso —dijo Lady Fitzroy desde su lugar en el extremo opuesto—. Ahora podemos volver a la sociedad y encontrar maridos para todas vosotras.

Georgiana y Sloane gimieron en voz alta, mientras que Dot parecía bastante especulativa.

—Ya que ahora sabemos que Lord Mandrake no supone una amenaza para nuestra familia, ¿le has permitido que me corteje? —preguntó, y Eliza siguió su mirada hacia Fitz, quien se movió bastante incómodo.

—Si eso es lo que quieres, Dot, que así sea.

—Gracias —dijo tímidamente antes de bajar la mirada hacia la mesa. Eliza apenas podía imaginar qué podía ver en un hombre tan aburrido como Lord Mandrake, pero si hacía feliz a Dot, que así fuera.

—Maravilloso —Lady Fitzroy sonrió radiante—. En cuanto al resto de vosotras, ya tengo preparada una lista de posibles pretendientes.

—Madre, no estoy del todo segura de que nos interese ninguno de los pretendientes que tienes en mente, y menos aún que nosotras les interesemos a ellos —dijo Sloane con tono punzante, participando en la conversación por una vez.

—Tonterías —dijo su madre, espantando sus palabras con un gesto—. Ahora que Fitz está casado, estoy segura de que se nos ve como una familia particularmente conveniente.

Eliza tuvo que contener una carcajada ahogada al oír eso. Aunque ella difícilmente era una mujer que aportara conveniencia, haría todo lo posible por ayudar a las hermanas de Fitz, pero solo si era lo que ellas querían.

—Lo que necesitéis —murmuró.

—Muy bien —Lady Fitzroy sonrió radiante antes de que Henrietta interviniese.

—Hay algo que me ha preocupado —dijo—. Si Lord Brighton estaba interesado en verte muerto o demasiado enfermo para el Parlamento, ¿por qué no intentó nada cuando nos visitó en Appleton?

—Archibald le preguntó eso, de hecho —dijo Fitz—. No quiso responder, pero según Madeline, no se atrevió a intentar nada él mismo. Estaba encantado de pagar a otra persona, pero no tenía estómago para llevarlo a cabo con sus propias manos.

—Creo que eso es aún peor —reflexionó Eliza, y Fitz asintió.

—Exactamente.

—¿Qué le pasará? —preguntó Dot.

—Comparecerá ante la Cámara de los Lores, que decidirá su destino —dijo Fitz—. Os advierto que el juicio probablemente atraerá mucha notoriedad, pero nos mantendremos lo más discretos posible al respecto. Supongo que probablemente será exiliado o encarcelado, pero lo sabremos a su debido tiempo.

Eliza no pudo evitar estremecerse.

—¿Y tu proyecto de ley? —preguntó.

—Lo presentaré cuando se calmen todos los comentarios —dijo —. No quisiera que este escándalo ensombreciera lo que estoy intentando hacer.

—Bueno —dijo Eliza, mirándolo con admiración—. Estoy orgullosa de ti, Fitz.

—Todas lo estamos —añadió su madre, y, a pesar de ser el desayuno, él levantó su taza de té.

—Por las mujeres más maravillosas del mundo, que me han permitido ser el hombre que soy. Os estoy agradecido a todas.

Mientras entrechocaban sus copas, Eliza no pudo evitar reflexionar sobre lo afortunada que era de haber encontrado una familia tan cariñosa como la que había dejado atrás.

Estaría eternamente agradecida de haber encontrado su final feliz.

Epílogo

Fitz caminaba de un lado a otro frente a la puerta del dormitorio de Eliza. —¿Ha pasado demasiado tiempo, verdad? —le preguntó a Georgina, que estaba sentada frente a él, con una mano en la barbilla.

Era muy consciente de que a ella se le había encomendado la tarea de vigilarlo mientras su madre, la madre de Eliza, Dot, Sloane y Henrietta estaban dentro con Eliza y el médico, aunque Georgina no había ocultado su desdén por el trabajo.

—El parto lleva su tiempo, Fitz —dijo Georgina, poniendo los ojos en blanco—. Tienes que tener paciencia.

—No soy un hombre paciente.

—No me había dado cuenta.

Él le lanzó una mirada ante su tono sarcástico.

—Estoy preocupado por ella.

—Lo sé —dijo ella, suavizando el tono—. Puedo entender que te sientas intranquilo debido a los sonidos que provienen de esa habitación.

—¡Georgie!

—Es la verdad —dijo encogiéndose de hombros.

Al siguiente grito desde el interior, se levantó y se dirigió con paso firme hacia la puerta.

—Ya está. Voy a entrar.

—No creo que los hombres deban entrar ahí —le gritó ella, pero él no iba a dejarse disuadir.

Se detuvo en shock ante la escena que tenía delante, odiando la expresión en el rostro de Eliza. Corrió hacia ella, prácticamente tirando a Henrietta para tomar su mano.

—Eliza —dijo, apretando las manos de ella contra su pecho—. Estoy aquí.

Ella le apretó la mano con tanta fuerza que él casi gritó de dolor, y Henrietta le lanzó una mirada presumida de "te lo dije" mientras retrocedía, acunando su propia mano.

—El bebé está llegando —dijo Dot desde su posición al final de la cama, y Fitz observó, con los ojos bien abiertos, cómo su hijo se deslizaba hacia el mundo gracias a un gran esfuerzo de Eliza.

Momentos después, el bebé lloró, y la mandíbula de Fitz se abrió, impactado de que un ser humano —uno que él había ayudado a crear— estuviera frente a él.

Mientras Dot limpiaba al bebé con un trozo de lino, Fitz se inclinó y cubrió de besos todo el rostro de Eliza, secando las lágrimas que caían de sus ojos cuando ella abrió los brazos y aceptó al bebé.

Fitz se sentó a su lado, rodeándola con sus brazos.

No estaba seguro de qué había hecho para merecer esto —la mujer más increíble del mundo como su esposa, un bebé sano en sus brazos, familia a su alrededor y un creciente apoyo para su propuesta—, pero lo aceptaría con toda la gratitud del mundo.

—Te quiero, Eliza —le susurró al oído antes de besarla una vez más.

—Y yo te quiero, Fitz —dijo ella, inclinando hacia él su rostro lleno de lágrimas—. Siempre lo haré.

—Es nuestro felices para siempre —dijo él.

—Lo es —dijo ella, con una sonrisa temblorosa—. Y lo mejor de todo es que apenas estamos empezando.

* * *

Querido lector:

¡Espero que hayas disfrutado de la historia de Fitz y Eliza! Me divertí mucho con estos dos y me encantaría saber lo que piensas.

Siempre puedes enviarme un email a ellie@elliestclair.com, publicar en mi grupo de Facebook o, por supuesto, dejar una reseña.

¿Te preguntas qué podría pasar con Dot y Mandrake? ¡Sigue leyendo para ver un adelanto de Su honorable vizconde!

Si aún no recibes mi boletín de noticias (*newsletter*), ¡no esperes más, únete a nosotros! Recibirás un libro gratis, así como enlaces a sorteos, noticias, rebajas, descuentos, etc.; sabrás que, entre otras cosas, soy adicta al café, que lucho denodadamente para que mis plantas sobrevivan y que descubro casi a diario los tremendos líos en los que se puede meter un perro adorable pero con aspecto de lobo.

Español

English

También puedes entrar a formar parte de mi grupo de Facebook, Ellie St. Clair's Ever Afters, para así estar en contacto diario.

Hasta la próxima, y… ¡feliz lectura!

Con amor,

Ellie

Su honorable vizconde
Empresas de nobleza
Libro 3

Ella desafía las convenciones. Él vive por las reglas. ¿Puede el amor superar las diferencias?

Lord Mandrake valora el orden, la precisión y la tranquilidad. Una noche perfecta es un libro junto a la chimenea, y en el momento en que conoce a Lady Dot, sabe que ella está destinada a acompañarle. Enamorarse de ella es sencillo, pero ganarse su mano resulta todo lo contrario. ¿Por qué le mantiene a distancia, incluso cuando saltan chispas entre ellos?

Lady Dot vive por su vocación. Aunque poco convencional, su trabajo como partera satisface su alma, incluso cuando amenaza su posición en la sociedad. Aceptar el amor de Edward significaría el fin de su independencia y la vida que tanto le ha costado construir.

Cuando una chismosa intrigante descubre el secreto de Dot y exige su silencio a un alto precio, ella no tiene a quién recurrir excepto a Edward. Juntos, deberán superar en astucia a una villana decidida a arruinar a Dot y descubrir si el amor es suficiente para vencer el escándalo y el sacrificio.

Esta es una novela romántica de la época de la Regencia con protagonistas opuestos que se atraen, donde él se enamora primero, en un clásico enfrentamiento entre el gruñón y el rayo de sol.

Un anticipo de Su honorable vizconde

—Dése prisa, señorita, ella la necesita con urgencia.

Dot siguió a la figura sombría por el callejón, sus ojos moviéndose de un lado a otro en busca de señales de peligro.

Estaba comprometida con su trabajo, pero eso no significaba que estuviera interesada en arriesgar su vida.

Tenía que ser inteligente. Astuta. Burlar tanto a aquellos que pudieran adivinar su verdadera identidad como a los que pudieran descubrir su identidad secreta.

—Por aquí —dijo el hombre de la capa pesada, guiándola a través de una pequeña puerta hacia la diminuta casa, cargada con los aromas y sonidos del parto. Una única ventana dejaba pasar un resquicio de luz de luna, mientras que velas colocadas de manera desordenada por toda la habitación proporcionaban un tenue resplandor.

—Sally, la comadrona está aquí. Aguanta.

Dot entró apresuradamente en la habitación, tan orgullosa y sorprendida como siempre de que el anuncio de una comadrona se refiriera a *ella*.

—Veamos cómo vamos —dijo, arrodillándose junto a la cabeza de la mujer y acunando su mejilla en un gesto rápido de consuelo antes de moverse más abajo para comprobar el progreso del bebé—. Mira eso, no falta mucho.

Dot trabajaba con otra mujer en la habitación, que rápidamente se presentó como la hermana de Sally. Apenas una hora después, el

bebé salió, y Dot unió a la madre con su pequeño, asegurándose de que todo estuviera bien.

El orgulloso padre, que la había ido a buscar y la había traído hasta aquí no hacía mucho, entró en la habitación, todo sonrisas mientras Dot se desvanecía en el fondo, limpiando para permitir a la familia su tiempo juntos.

Su corazón se llenaba de plenitud al ver la alegría y la unión que compartían. *Por esto* hacía lo que hacía. Amaba cada momento del proceso, desde ayudar a las mujeres cuando recibían la feliz noticia hasta que el bebé se acomodaba en sus brazos.

No era ingenua. No todas las situaciones eran felices, pero también le complacía ayudar a las mujeres en situaciones difíciles y proporcionar consuelo cuando fuera necesario.

Nadie más que conociera lo entendía, y ciertamente no su familia.

Pero al menos querían verla feliz, aunque eso significara que emprendiera una profesión que podría arruinarlos a todos.

El único problema era que no estaba segura de que alguna vez tendría la misma oportunidad que las mujeres a su cuidado, no cuando su posición en la vida estaba tan alejada de su vocación.

Pero esa era una preocupación para más tarde, cuando estuviera en casa, refugiada en la seguridad de Mayfair.

Algunas de sus visitas como comadrona se extendían a veces durante días. Que esta fuera tan corta significaba que la hora era lo suficientemente temprana como para que todavía hubiera gente en las calles, pero lo suficientemente tarde como para que la mayoría de ellos estuvieran regresando de tabernas u otros lugares menos recomendables. Dot debería haber escuchado a su hermano y haber traído a un mozo de cuadra o un lacayo, pero había querido evitar cargar a cualquiera de los sirvientes con lo que podría ser una larga noche sin dormir.

No iba a apartar a este hombre de su familia para que la acompañara a casa, y cuando se despidió de todos, apenas la notaron, tan absortos estaban en su recién descubierta alegría.

Con una pequeña sonrisa en su rostro y su bolsa de suministros en sus brazos, Dot se deslizó por la puerta, envolviéndose la capa

alrededor de la cabeza, con la esperanza de pasar por alguien que pertenecía al vecindario. Había comprado la capa en un mercado cerca de allí y lejos de Mayfair para mezclarse, ya que la mayoría de las familias a las que atendía eran aquellas que necesitaban ayuda pero no tenían los medios para permitirse una comadrona habitual o un médico que las atendiera.

Dot se apresuró por el callejón, decidida a regresar a la casa de su hermano sin ser notada. Se detuvo bruscamente cuando vio a un grupo de hombres apiñados alrededor de una puerta, retrocediendo cuando uno de ellos la vio.

—¡Eh! ¡Tú, ahí! —gritó, dando un paso adelante, pero Dot ya estaba dando la vuelta y corriendo en la dirección opuesta, su corazón acelerándose.

Estaba segura de que podría arreglárselas si la situación lo requería. Tenía una daga en el bolsillo y bastante conocimiento sobre cómo combatir a un adversario.

Sin embargo, si alguna vez se descubriera quién era... ahí es donde residía el verdadero peligro.

Los pasos resonaron detrás de ella, pesados y aumentando en velocidad, y Dot comenzó a correr, abandonando ya la pretensión de que no era consciente de quién la seguía.

Alguien la agarró del hombro por detrás, y ella luchó contra el agarre, esperando poder dejar atrás a sus perseguidores o al menos encontrar un refugio en algún lugar, pero todavía estaba bastante lejos.

De repente, tan rápido que no pudo evitarlo, una figura alta salió de un portal y se interpuso en su camino. Tropezó con el hombre, extendiendo sus brazos para amortiguar la caída. Vagamente, notó que la tela de su chaqueta bajo sus dedos era bastante fina, pero antes de que el hecho pudiera registrarse realmente, sonó un chasquido de pistola y su respiración se detuvo.

—Os sugiero a todos que retrocedáis. Ahora —espetó la voz acerada.

Dot se dio la vuelta, viendo a los hombres que la perseguían levantar los brazos y retirarse.

—No hay problema aquí, solo queríamos hablar —dijo el hombre más locuaz—. Ya nos vamos.

Cuando Dot volvió a mirar a su salvador, sabía que debía ser cautelosa. El rechazo de un grupo de hombres por otro extraño en la oscuridad dentro de este vecindario no significaba necesariamente seguridad.

Al mirar hacia arriba —bastante hacia arriba— el reconocimiento amaneció.

Conocía esta voz. Conocía esos ojos. Conocía a este hombre.

Lord Mandrake.

* * *

Había pocos lugares donde Edward quisiera estar menos que en una taberna de Shoreditch a medianoche en mitad de semana.

Esta sería la última vez que haría esto.

Aunque, ya lo había dicho antes.

Reprimiendo la frustración de haber logrado poco más que asegurarse de que este incidente no llegara a las hojas de escándalos, salió por la puerta de la taberna y se dirigió a la calle, con la intención de regresar a casa, a su chimenea, libro y cómodas zapatillas tan rápida y eficientemente como fuera posible.

Hasta que una joven cayó en sus brazos, casi rebotando contra su pecho. Aunque quedó desprevenido por un momento, su entrenamiento y experiencia le permitieron reaccionar antes de darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

Edward extendió los brazos y sujetó a la mujer antes de que cayera hacia atrás en el barro. Debía haber estado corriendo a toda velocidad por cómo respiraba, las bolsas en sus brazos golpeando sus caderas mientras seguía mirando hacia atrás a los hombres que la habían perseguido.

Primera regla. No mirar atrás.

Ella empujó contra su pecho, intentando continuar, pero hacerlo solo sería en su detrimento; estaba demasiado asustada para darse cuenta. Edward la sujetó firmemente contra sí mientras tranquilamente alcanzaba detrás de él, encontraba su pistola y la apuntaba a sus perseguidores.

Aquello hizo que se detuvieran inmediatamente.

Debieron haber leído la seriedad en su mirada, porque empezaron a balbucear excusas y a retroceder.

Edward los observó alejarse, manteniendo la pistola y la mirada apuntadas hacia ellos, hasta que doblaron la esquina y ya no representaban una amenaza.

Solo entonces guardó su arma y aflojó su agarre sobre la joven, dándole espacio para que retrocediera y se apartara de él.

Suspiró para sus adentros, sabiendo que su chimenea y su libro probablemente tendrían que esperar un poco más.

No tenía ningún deseo de detenerse a ayudarla. Ya había limpiado suficientes líos por una noche.

Pero no sería el hombre que era si simplemente se marchara y la dejara allí, solo para que alguien más con intenciones igualmente malignas la encontrara.

Bajó la mirada, listo para regañarla por permitirse ser sorprendida sola en mitad de la noche, pero olvidó cada palabra cuando su corazón pareció dejar de latir por la impresión.

Conocía esos hermosos ojos azules. Ojos que le atormentaban cada noche cuando los veía en sus sueños.

Conocía esos sedosos mechones de cabello que se habían soltado de su moño y caían en cascada alrededor de su rostro. Cabello del color del oro bruñido, seda por la que anhelaba pasar sus dedos cada vez que la veía.

Y bajo esa horrible capa hecha de tela áspera y apagada que era indigna de cualquier mujer, y menos aún de la reina que era, había curvas en las que había resistido el impulso de posar sus manos cada vez que tenía la oportunidad de bailar con ella.

Una vez por evento. Según lo que se esperaba y aceptaba.

Esta era Lady Dot Spencer.

La mujer de sus sueños.

La que estaba decidido a convertir en su vizcondesa.

Y quien frustraba todos sus esfuerzos por formar parte de su vida.

—¿Lord Mandrake? —dijo ella, con la boca formando una O, mientras el miedo que había dominado aquellas fuertes facciones patricias era reemplazado por sorpresa y —esperaba estar en lo cierto al evaluarlo— algo de alivio.

—Lady Dot —dijo él, mirando de un lado a otro. Su sorpresa fue rápidamente reemplazada por un cóctel de emociones, incluyendo enfado porque estuviera aquí sola y preocupación por lo que posiblemente la habría traído a Shoreditch, especialmente a esta hora. Le enfermaba pensarlo—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Yo... —Abrió y cerró la boca una o dos veces mientras su alivio era reemplazado por fastidio. Levantó una ceja hacia él—. Eso no es de vuestra incumbencia.

—¿Mi incumbencia? —Se quedó boquiabierto mientras la miraba —. Si no hubiera estado aquí, esos hombres os habrían atrapado y... y *arruinado*.

—Bueno, menos mal que estabais aquí para salvarme —dijo ella con una sonrisa forzada que lo frustró aún más.

—Bromear sobre esto no va a ayudar en nada —dijo, tomando aire para calmarse mientras aceptaba que no iba a recibir ninguna respuesta en ese momento—. ¿Estáis sola en Shoreditch?

—Sí.

—Venid, entonces. La prioridad es devolveros a casa.

—Puedo volver a casa por mí misma.

Él la miró con incredulidad—. ¿Podéis? ¿Es eso lo que intentabais hacer ahora mismo?

—Me asaltaron.

Resopló mientras negaba con la cabeza—. Muy bien. Intentémoslo de otra manera. Por favor, aceptad un viaje en carruaje hasta vuestra casa, Lady Dot. Si no por vos, por mí, ya que si no lo hacéis, solo os seguiré hasta casa.

—No hay necesidad de eso, os lo aseguro. Casi estoy fuera de esta sinuosa calle y podré contratar un coche de alquiler.

—Un coche de alquiler.

—Sí —Alzó la barbilla como desafiándole, y él se clavó las uñas en las palmas.

—No podría vivir conmigo mismo si os dejara continuar sola —Se sintió orgulloso de mantener su voz uniforme.

Se miraron mutuamente en silenciosa evaluación. Ella podría haber sido treinta centímetros más baja que él —como la mayoría de las mujeres— pero compensaba su falta de estatura con su terquedad, uno de sus pocos defectos.

—Muy bien —finalmente accedió—. Con una condición.

Una condición. Él era quien la estaba ayudando. No podía esperar a oír lo que tenía que decir.

—No le contarás a mi hermano sobre esto.

Así que Lord Fitzroy no conocía el paradero nocturno de su hermana. Interesante.

—Y —continuó ella—, no usarás esto contra él de ninguna manera.

—Jamás chantajearía a nadie —dijo él, poniéndose tenso.

—Por supuesto, *tú* nunca harías tal cosa. —¿Se estaba burlando de él?—. Aun así necesito que lo prometas.

—Muy bien, Lady Dot. Lo prometo. —Cualquier cosa para avanzar en esto—. Ahora, ¿podemos volver a mi carruaje?

Estaban recibiendo una buena cantidad de miradas mientras permanecían de pie en medio de la estrecha y sinuosa calle. No estaba seguro de si era por la belleza de ella o por la ropa de él, pero se convertirían en el objetivo de todos, desde pilluelos callejeros hasta carteristas o criminales más peligrosos.

Cuando ella asintió secamente, él le tendió el brazo para cogerle las bolsas, pero ella negó con la cabeza y las apretó contra su cuerpo.

—Por favor, permitidme llevar eso por vos —solicitó con los dientes apretados, pero ella volvió a negar con la cabeza.

—Estoy bien.

Mientras caminaban hacia el carruaje, ella le miró.

—¿Qué estabais haciendo en esa taberna, Lord Mandrake? Me habéis hecho parecer una mala juez de carácter, pues no creía que fuerais el tipo de hombre que frecuentaría un establecimiento así. Pensaba que esa era una de las razones por las que vos y mi hermano nunca os llevasteis bien... porque juzgabais sus actividades nocturnas, al menos las que mantenía antes de conocer a Eliza.

—Guardad vuestros secretos, Lady Dot, y yo guardaré los míos —dijo mientras salían a la calle más concurrida y él la guiaba hacia su cochero y carruaje que esperaban—. Ahora —dijo, tendiéndole una mano—, subid.

Mientras ella pasaba junto a él, se frotó la cara con una mano. Esta noche sellaría su destino o cerraría esta puerta para siempre.

De cualquier manera, tenía que hacerse. No podía seguir haciendo esto con ella.

Aunque no desease jamás decir adiós.

Su honorable vizconde è in arrivo su Amazon!

Otras Obras de Ellie St. Clair

Empresas de nobleza

El duque que huyó

Son conde osado

Su honorable vizconde

Su pícaro devoto

Las damas poco convencionales

Dama de misterio

Dama de fortuna

Dama de la providence

Dama de charada

Los Remington en la Regencia

El misterio del duque de Debonair

El secreto del apuesto detective

La pista del bastardo brillante

En busca del rebelde recluido

Los escándalos de las inconformistas

Diseños para un duque

Inventando al vizconde

Descubriendo al barón

El experimento del criado

Los escándalos de las inconformistas: Serie Completa

Las Rebeldes de la Regencia

Dedicada al amor

Sospechosa de amor

En la senda del amor

Vencida por amor

Rebeldes de la Regencia Serie Completa: Libros 1-4

Y fueron felices para siempre

El duque de sus sueños

Su duque llegará algún día

Érase una vez un duque

Un duque rentable

El amor del vizconde

Novias Florecientes

Un duque para Daisy

Un marqués para Marigold

Un conde para Iris

Un vizconde para Violet

Navidad

Su deseo de Navidad

* * *

Libros de ingles: www.elliestclair.com

Acerca de la autora



A Ellie siempre le ha gustado leer y escribir, y también la historia y las historias. Lleva muchos años escribiendo cuentos cortos, pequeños ensayos y, sobre todo, lo que verdaderamente le apasiona, novelas románticas.

Ha habido romanticismo en todas las épocas de la historia, y a Ellie le encanta explorar distintos periodos, culturas y localizaciones geográficas. Independientemente del lugar y el momento, el amor siempre triunfa. Tiene debilidad por los «chicos malos» y por las heroínas con carácter, por lo que nunca faltan ambos en sus novelas.

No hay nada que guste más a Ellie y a su marido que pasar tiempo en casa con sus dos hijos y el perro cruce de husky que forma parte de la familia. Durante el verano lo más normal es encontrarla paseando cerca del lago, y todo el año empujando el cochecito de bebé por todas partes. Pero lo que nunca le falta es el portátil en el regazo ni un libro entre las manos.

También le encanta escribirse con sus lectoras, así que… ¡ponte en contacto con ella, no te arrepentirás!

www.elliestclair.com
ellie@elliestclair.com